

LA CRUZ Y
EL LIRIO DORADO

Fernando Fernán-Gómez

Lectulandia

Florenca. Año 1478. La familia Pazzi intenta acabar con la vida de Giuliano y Lorenzo de Médicis. Para ello, Iacopo y Francesco de Pazzi —respaldados por el papa Sixto IV, el cardenal Riario y el arzobispo Salviati— organizan una conjura que habrá de llevar a cabo el padre Maffei. Un crimen premeditado y sangriento de consecuencias imprevisibles para la Historia y que hará de Maffei una polémica cabeza de turco.

Con un pulso trepidante y una prosa arrolladora, Fernando Fernán-Gómez construye una novela histórica donde el misterio, la tensión y el vigor literario se convierten en moneda de cambio: un relato apasionante que, además de recrear con maestría el universo florentino de los Médicis, cuestiona la obediencia, el miedo, el odio ancestral y la ambición humana. En fin, la Historia vista, escrutada y revisada por el talento rebelde y siempre inquieto de Fernando Fernán-Gómez.

Lectulandia

Fernando Fernán-Gómez

La cruz y el lirio dorado

ePub r1.0

Titivillus 28.01.16

Título original: *La cruz y el lirio dorado*
Fernando Fernán-Gómez, 1999

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Al profesor Mario Penna,
director que fue del Instituto Italiano de Cultura, de Madrid.*

In memoriam

Permíteme que te diga: estar vacío de todo lo creado es como estar lleno de Dios, y estar lleno de todo lo creado, tanto como estar vacío de Dios.

Maestro Eckhart

Se vive como se sueña: solo.

Joseph Conrad

I

LOS PRECEDENTES: ALFIERI, MAQUIAVELO, POLIZIANO

Antes de adentrarme en la narración, debo advertir que este capítulo más que capítulo es un preámbulo, quizás no del todo necesario, pero hasta cierto punto útil. Lo denomino «capítulo» —debo confesarlo a fuer de sincero— para vencer la aversión de algunos lectores a los proemios, prefacios, prólogos, introducciones o preámbulos.

Sobre Alfieri

Nació el insigne poeta italiano en 1749 y murió en 1803. Desde el corazón de la centuria hasta la Revolución Francesa, su vida ocupó la segunda mitad del XVIII.

Las luces iluminaban el siglo y a sus cerebros más señeros; llegaban hasta capas más bajas, más oscuras. Pero anegados en el lujo, los cortesanos de Luis XVI y la alta burguesía no atisbaban su inmediato funesto porvenir.

Los enciclopedistas plantaban los cimientos de la Revolución. El fuego de la libertad prendía en los espíritus más eminentes de Europa, que se desprendía, con siglos de retraso, de los últimos restos medievales. Para unos esa libertad era la del individuo frente a la opresión de los poderosos; para otros, la de los pueblos sojuzgados por naciones —o dinastías— extranjeras.

En el gran poeta trágico italiano Vittorio, conde de Alfieri, prendieron los dos fuegos. De la unión de los dos en el pensamiento del aristócrata surgió un hombre enemigo declarado del absolutismo.

Fue Alfieri contemporáneo de Goethe (nació el mismo año que el genio alemán), de Schiller, de Beaumarchais, de Casanova, de Laurence Sterne, de los enciclopedistas...; sus últimos años coinciden con los de la ascensión de Napoleón Bonaparte.

Huérfano de padre desde muy tierna edad, recibió una cultura superficial, ortodoxa y conformista, adecuada a su clase social, en uno de los más prestigiosos centros de enseñanza de su tiempo, la Academia Militar de Turín. A la muerte de su

tutor abandonó la carrera militar, para la que no se sentía llamado, y viajó por toda Europa: Florencia le sedujo, Suecia le pareció horrorosa, y España un desierto. Conoció y trató personalmente a Luis XV y a Federico de Prusia, y este trato exacerbó su sentimiento libertario, su afán de justicia.

De tantos pueblos distintos, tantas personas y personajes diferentes, tantas experiencias en plena juventud, sus dotes de observación, su espíritu analítico y satírico, le llevaron a la conclusión de que la humanidad está constituida por dos grandes clases igualmente despreciables, cada una por distintas razones: los esclavos y los tiranos.

La poesía, el teatro, la literatura —así lo pensaba y manifestaba— no debían ser únicamente una diversión más o menos refinada de la clase alta, sino un instrumento que despertase sus conciencias.

Entre 1775 y 1790, de los veintisiete a los cuarenta y un años, desde la juventud a la plena madurez, escribió sus veinte tragedias; sigue en casi todas ellas, en cuanto a la estructura y al tratamiento de los personajes, los modelos de la antigüedad clásica, pero las utiliza como vehículo de su exaltada pasión por la libertad y se toma para ello buena cantidad de libertades.

En una de estas tragedias, *La conjuración de los Pazzi*, sigue con tanta independencia y desembarazo la narración de Niccolò Maquiavelo en *Historias florentinas* que puede afirmarse que no se ciñe al famoso relato, sino que procede con absoluta autonomía, sin poner freno a su imaginación ni a las supeditaciones de la combinación dramática: utiliza el suceso histórico, la conspiración de la familia Pazzi para asesinar a Lorenzo y a Giuliano de Médicis, sus adversarios políticos y económicos, simplemente como punto de partida, como bastidor en el que tejer una intriga teatral prerromántica, útil para difundir sus ideas: el rigor ético, el patriotismo, el amor a la libertad.

Con total desenfado, transforma a Guglielmo y a Raimondo, miembros de la familia Pazzi que apenas tomaron parte en la conspiración, en auténticos héroes de la tragedia; convierte a los históricamente considerados traidores —la familia Pazzi— en buenos, y a los buenos —Lorenzo de Médicis, su hermano Giuliano— en malos, en tiranos, en opresores. Raimondo no sólo es un héroe, sino el mártir ejemplar.

Sobre Maquiavelo

Niccolò Maquiavelo, de sangre noble, nació en Florencia en 1469. Su padre, Bernardo Maquiavelo, fue jurisconsulto y tesorero de la Marca; su madre descendía de los antiguos condes de Borgonovo. En 1498, a los veintinueve años, fue nombrado canciller de la segunda Cancellaría dei Signori. El mismo año, los Signori le confiaban temporalmente el cargo de secretario de los *Diez de libertad y de paz*, que poco después obtenía de forma permanente.

Aparte las *Historias florentinas* y el famosísimo tratado *El príncipe*, dedicado a

Lorenzo el Magnífico, fue autor de *Arte de la guerra*, varios discursos, las comedias *Clitia*, *Adria* y la gran obra maestra *La mandragora*, con la que abrió las puertas al moderno teatro europeo.

Si no se hubiera especializado en materia tan árida y desagradable como la política y si no hubiera dado origen —erróneamente— al «maquiavelismo», su gloria literaria sería comparable a la de Dante o Petrarca.

Un día de otoño, más de cuarenta años después de que los Pazzi y sus secuaces, con la anuencia, y algo más, del papa Sixto IV, tramaran su conjura y, mal o bien, la llevaran a cabo, y tres siglos antes de que Alfieri escribiera su tragedia, recibió el antiguo secretario Niccolò Maquiavelo, a través de unos oficiales del Estudio florentino y pisano, el encargo de parte del papa Clemente VII —en el siglo, Lulio de Médicis— de escribir la historia de Florencia. Percibiría doscientos florines por dos años de trabajo. A pesar de lo difícil que es hallar las equivalencias del valor del dinero a lo largo del tiempo, parece que no era mala paga.

Se retiró el autor de *La mandragora* a su villa de San Casciano y comenzó el trabajo. Según nos cuenta, en San Casciano no lo pasaba mal: iba a la calle de la hostería, charlaba con los transeúntes, les pedía noticias de sus países, se enteraba de cosas diversas y comparaba los distintos gustos y fantasías de los hombres, en lo que llegaba la hora del almuerzo, «y como con los obreros los manjares que proporciona mi modesto patrimonio de la ribera del Po. Al terminar de comer vuelvo a la hostería. Allí están generalmente el hostelero, un carnicero, un molinero y dos fundidores. Con ellos me abribono por todo el día, jugando a las cartas»^[1].

Llegó la obra hasta el año 1492, y no hasta adentrarse en el siglo XVI, como era el propósito inicial.

Pocos años le faltaban para concluirla, pero la muerte le llegó antes, el 22 de junio de 1527, en Florencia.

El mérito histórico del texto, *Historias florentinas*, se considera por la crítica actual no tan evidente como la precisión de las doctrinas políticas que en él expone el autor.

En cuanto al rigor histórico, parece ser que Maquiavelo era proclive a obrar demasiado por su cuenta. Si algún episodio aparecía confuso, lo resolvía con arreglo a su lógica personal. Si de algo no había noticia en las crónicas y ello creaba lagunas en el proceso histórico, él rellenaba las lagunas con su imaginación.

Así procedió al narrar el episodio de la conjuración de los Pazzi, cuya fuente fue *Comentario a la conjuración de los Pazzi*, de Poliziano.

En la crónica de Maquiavelo, los buenos de la tragedia de Alfieri, los hermanos Iacopo y Francesco de Pazzi, y el heroico defensor de las libertades de Florencia, enemigo acérrimo de los Médicis, su cuñado Guglielmo, casado con Bianca de Médicis, son los malos.

Los jóvenes hermanos Médicis, Lorenzo el Magnífico y Giuliano, cultos, amantes de las artes y mecenas de artistas, partidarios del reciente humanismo, son los buenos,

los defensores del pueblo y de sus libertades.

Para su trabajo, Maquiavelo siguió la crónica de Poliziano, escrita en el mismo año de 1478 en el que tuvo lugar el trágico acontecimiento; podría decirse que cuando aún estaba caliente la sangre de las víctimas.

Sobre Poliziano

Poliziano nació en 1454 en Montepulciano y murió en 1494 en Florencia. Insigne humanista y comentarista literario, la posteridad le ensalzó de manera especial por su obra poética en la lengua popular de su época, el italiano, a la que él, en vida, no había concedido demasiada importancia. Disfrutó el mecenazgo de Lorenzo de Médicis, quien le confió la educación de su hijo Piero, labor a la que Poliziano se entregó con entusiasmo.

Angelo Abrogini Poliziano vivió en la Florencia de la conjuración de los Pazzi. Tenía entonces veinticuatro años, y aunque compuso aquel mismo año de 1476 la crónica, y es de suponer que circularía bajo mano, transcurriría mucho tiempo antes de que fuese publicada, en 1553, casi un siglo después de ser escrita. Pero es indudable que el secretario de los *Diez de libertad y de paz* Niccolò Maquiavelo pudo conocerla mucho antes de esta fecha, en el tiempo en que fue redactada.

Protegido de Lorenzo el Magnífico, amigo y colaborador en fiestas y en composición de canciones, a Angelo Abrogini se le asignó a los veintitrés años el priorato de San Pablo con sus rentas, y para que pudiera desempeñarlo fue ordenado sacerdote.

Por afinar un poco más esta fugaz imagen de Poliziano y la de su mecenas Lorenzo, consigno aquí una información que se considera no muy fiable: se dijo en aquel tiempo que, sobre las muchas muestras que había dado, Lorenzo el Magnífico dio una prueba más de su amplitud de criterio, de su generosidad y de su espíritu moderno. Descubrió las relaciones culpables de su mujer, Clarice, con el joven Angelo, y lo único que hizo fue alejar a éste de Florencia, enviarle a Fiesole, a que se le pasara el arrebató.

Allí tuvo tiempo y calma para redactar su crónica del trágico suceso.

(Pero la noticia y sus fuentes no son muy de fiar, ya digo.)

Ve Poliziano a los Médicis, desde el ya difunto Cosme el Viejo hasta los que puedan venir, como los legítimos señores de Florencia por derecho humano o divino. Ellos son además los depositarios de la moral ciudadana, los benefactores del pueblo.

La otra poderosa familia, la de los Pazzi, enemiga de los Médicis desde tiempo atrás, desde varias generaciones, y sus secuaces, no son más que una jauría de seres abyectos, ambiciosos de la peor ambición, la de la avaricia, ante la cual están dispuestos a fraguar la ruina del Estado florentino.

Francesco de Pazzi es un depravado; su hermano mayor, Iacopo, un cobarde pelele; los demás que componen su entorno, incluso los clérigos, una banda de

facciosos, de sicarios, de asesinos a sueldo, sin ningún escrúpulo.

Había decidido el papa Sixto IV fundar en la Romaña un estado independiente que pasara a ser dominio de su hijo, el cardenal Girolamo Riario. Tal decisión tropezó desde el primer momento con la voluntad de los hermanos Médicis, Lorenzo y Giuliano; y el papa, expeditivo, convencido de que la voluntad de los poderosos y engreídos Médicis no sería domeñable, envió a Florencia a Salviati, arzobispo de Pisa, y al cardenal Riario, aparentemente en embajada de buena voluntad, pero en realidad con la misión de tramar una conjura, apoyada en la familia Pazzi, riquísimos banqueros adversarios de la familia Médicis desde tiempo atrás, con el fin de quitar la vida a ambos hermanos.

De un lado, el papa Sixto IV, su hijo el cardenal Riario, Francesco y Iacopo de Pazzi, el arzobispo Salviati, el condotiero o bandido Gian Batista Montesecco... El honrado pueblo de Florencia.

Del otro lado, Lorenzo el Magnífico, su hermano Giuliano, su hermana Bianca, el indeciso Guglielmo... El honrado pueblo de Florencia.

Esta novela que tienes en tus manos, lector, es la narración —imaginaria— de lo que le ocurrió durante la conjuración de los Pazzi a un personaje al que no han prestado atención ni Angelo Abrogini Poliziano en el siglo xv ni Niccolò Maquiavelo en el xvi ni Vittorio, conde de Alfieri, en el xviii: uno de los hombres que blandieron las armas homicidas.

II

DOS HOMBRES EN LA TORMENTA

1478

Se detuvo, indeciso, porque llevaba ya más de media hora de camino y no debía de estar lejos el torrente; sí, hacía casi una hora que se echó a andar y conocía bien aquellos lugares: el torrente debía de estar cercano, pero el fragor de los truenos que se sucedían, uno tras otro sin tregua, sin el menor instante de silencio, impedía escuchar el rumor del agua al despeñarse ni al golpear sobre la tierra del fondo.

Había salido de la ciudad por la puerta A Prato; después siguió, como tantas otras veces, la dirección del Arno, dejándolo a su izquierda, alejándose de su ribera. Pero en la noche cerrada el paisaje era irreconocible, aun para quienes, como él, lo hubieran visto muchas veces al claror del día, y más irreconocible aún a la violenta luz de los relámpagos, que más que iluminar contribuía a deslumbrar, a trazar sombras informes, a enceguecer la mirada.

Destacaban por breves momentos las oscurísimas, casi negras siluetas de los árboles, pero en seguida las disipaban la oscuridad y el telón de la lluvia.

Malo era quedarse allí quieto, aguardando a que escampase lo que era bastante más que un chubasco, pero quizás fuera peor intentar dar un paso con el peligro de caer al invisible torrente.

Había creído que salir de Florencia por la puerta de A Prato y caminar hasta la casa de su padre, a su casa, sería un agradable paseo —en su infancia, de Florencia a casa y de casa a Florencia, lo había dado muchas veces, bien solo o bien en grupo de amigos, y alguna vez con Claudia—, pero la tormenta se desencadenó de forma tan repentina, inesperada, que nada en el aire había hecho presentir su amenaza. Por ello, el joven dominico, que viajaba a pie, al no ser larga la distancia que precisaba recorrer, había osado adentrarse en el bosque.

Y ahora vagaba perdido, desorientado, dando vueltas sobre sí mismo, sin saber hacia dónde caían las murallas de la ciudad y hacia dónde la casa, sin atreverse a avanzar ni a retroceder.

Perdido, perdido... Sí, estoy perdido. Debo admitirlo. ¿Cómo es posible?

¿Perdido aquí? En estos bosques pasé mi infancia, la mitad de mi vida. No debo de estar ya lejos de mi casa, aunque me sea imposible ver sus luces, a juzgar por el tiempo que llevo caminando, desde la atardecida, desde poco después del ángelus.

Mas no debo fiarme de esta cuenta, pues puedo haber caminado en redondo, haber vuelto sobre mis pasos, y encontrarme en el mismo sitio que cuando salí de la ciudad.

En este momento no sé si estoy en el camino o fuera de él; no puedo saberlo, porque el agua de la lluvia y el barro lo han borrado. Cuando llegué a este claro del bosque...

Pero ¿estoy en un claro? Sí, pienso que es un claro, porque no veo árboles cercanos. Cuando llegué a este claro venía de... por allí, a mi derecha... Sí, ese era mi camino. La ciudad ahora debe de estar a mis espaldas.

¡Oh, Dios! ¿Cómo es posible? A la luz del día conocería todo esto. Desde aquí vería los olivares y los viñedos. Aunque, ¡quién sabe! Hace ya muchos años que correteábamos por aquí mi hermano Adriano y yo. Él siempre me ganaba en la carrera y en trepar a los árboles. Era más ágil y más fuerte que yo, más veloz.

Y por aquí, por este mismo bosque, vine muchos días con Claudia, la hija del molinero, el hombre blanco de mis sueños infantiles.

Ella era la que me traía a mí, aunque entonces yo no supiera comprenderlo. Entre los dos recogíamos flores silvestres para que ella se adornase la rubia cabellera: margaritas, amapolas, petunias, caléndulas... Blancas, rojas, amarillas... Y entre ellas, lirios rojos de Florencia. A veces, ella se hacía una corona.

Siempre le faltaba una de algún color para las guirnaldas que tejía con manos hábiles y había que seguir buscando.

Pero ¿por qué pienso ahora en eso tan lejano, tan terminado, tan disuelto en el tiempo? ¿No tengo bastante para ocupar mi cabeza con haberme perdido? ¿Despierto esos recuerdos y rebusco en ellos para distraerme? Sí, para ahuyentar el miedo, para eso lo hago.

Oyó un sonido distinto a los demás, a los que hasta el momento le acompañaban, al tamborileo de la lluvia, al zumbir del viento, al rumor de las hojas. Un sonido cercano, ronco pero débil, mucho menos fuerte que el de los truenos. No era un animal quien lo producía, una alimaña; no, porque suelen desaparecer, esconderse, refugiarse cuando la tormenta anuncia su aparición con el primer relámpago.

¿Qué ha sido? Un ruido cercano... El ruido del torrente... No; ese ruido es continuo y éste ha sido seco, aislado. Ha sido como una voz... Un sonido humano... No, no ha hablado nadie; eso me lo hace creer mi deseo de no estar solo.

Un relámpago más intenso y prolongado que los anteriores deslumbró y espantó al atemorizado clérigo, que se recuperó del susto con dificultad.

Por fortuna, lo que creyó el tronco de un árbol era, efectivamente, el tronco de un árbol, y en él pudo apoyarse para recobrar el aliento. Temblaba no sólo de temor, sino de frío, pues el dominico vestía ropa de camino, sobre el pecho las insignias de la

orden, pero el grueso paño y las recias polainas de cuero no eran suficientes para impedir que el agua recibida durante media hora larga le calase hasta los huesos.

De nada me ha servido el resplandor del relámpago para reconocer el terreno, nada he visto. Sigo sin saber si estoy en el camino o fuera de él. Mis pies siguen pisando un barro espeso, y nada más.

Ahora recuerdo que nunca durante aquellos años, quiero decir mis años de niño y de mi primera mocedad, había visto el bosque en la tormenta.

Y es otro, otro bosque; en la tormenta es otro bosque, no es el mío, el bosque de mi casa, de la hacienda de mi padre, de mis campos. Las hojas verdes de los árboles ahora son negras, y hace un instante, a la luz de los relámpagos, eran blancas. Blancas como podrían ser las hojas de los árboles de un sueño. Blancos también los troncos, las ramas y blanco el suelo... Pero los relámpagos no dejan tiempo a ver si hay flores, como cuando Claudia y yo veníamos a recogerlas...

No estaba quieto, no podía; como si sus pies hubieran cobrado voluntad propia, daba pasos cortos en una dirección, en la contraria. No quería alejarse.

Pero ¿alejarse de dónde? ¿Hacia dónde? Daba pocos pasos, los necesarios para que los pies no se le hundieran en el fango.

Pero ¿no he vislumbrado un brillo hacia ese lado? ¿No sería el torrente? Claudia y yo lo mirábamos desde arriba. Ella echaba flores que caían en la lagunilla formada al pie de la cortada, la que todos llamábamos «la charca». De ella parte el riachuelo que da fuerza al molino.

Cuando Claudia echaba las flores, o la corona que había tejido, sonreía y me miraba. Pero yo nunca me atreví a deslizarme por la cortada y recogerlas. Se las iba llevando muy despacio la corriente.

El agua del riachuelo tenía fuerza bastante para mover la rueda del molino, pero no era peligrosa. Yo me extasiaba mirando cómo la corriente golpeaba las palas de la rueda, y cómo, a su impulso, la rueda giraba, giraba...

Pero el torrente era algo muy distinto; siempre me atemorizó. No, no debo avanzar. Mejor no dar ni un paso más. Recuerdo... Sí, sólo eso, que el torrente surgía de pronto... en un desnivel del suelo... como a traición... Mejor, no moverme, pero ¿cómo permanecer aquí toda la noche?

Tras el ruido de un trueno, en el silencio se percibió con nitidez el rumor del torrente.

No, no debo moverme; está aquí, junto a mí, a un paso... Algo se ha movido, algo ha sonado... Sí, como si alguien hubiese corrido.

Tenso, apretado contra sí mismo para ofrecer menos presencia al peligro, se esforzó en escuchar, aguzó el oído.

Y antes de que pudiera decidirlo por sí mismo, se oyó gritar:

—¡Favor!

Escuchó de nuevo, inútilmente.

—¡Favor! ¡Socorredme! ¡Me he perdido en la tormenta!

Silencio, ni siquiera le respondió su eco. Sólo escuchó el tenaz martilleo de la lluvia.

Y, sin embargo..., estoy seguro de haber oído pasos. Quizás alguna alimaña, alguna bestia del bosque no ha hallado refugio y huye atemorizada.

Se dejó caer al suelo, incapaz de reprimir los temblores que sacudían todo su cuerpo.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué terminar así? ¿Por qué? ¿Por qué deseas que mi vida acabe de este modo si he venido tan sólo a servirte?

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre, venga a nosotros tu reino...

Sonó una voz, pero el fragor de la tormenta impidió oír lo que decía. El joven dominico Maffei, que algo había percibido, suspendió la oración. Quedó en silencio, expectante, trémulo. Volvió a oírse de nuevo la misma voz. Maffei, inmóvil, preguntó desentonadamente:

—¿Qué?... ¿Quién va?

Aguzó la mirada en la dirección en que creyó haber oído la voz y alcanzó a divisar la silueta de un hombre que se movía entre los troncos de los árboles, se acercaba.

El hombre volvió a hablar igual que antes, quizás repitió la misma frase, pero el ruido de la lluvia, del viento, de las hojas cubría sus palabras. Stefano Maffei preguntó, frenético:

—¿Qué decís?

El hombre había llegado al claro del bosque y al fin era visible a los ojos del joven dominico.

—Que alcéis los brazos, eso digo.

El amedrentado clérigo obedeció.

—Y que os alcéis vos mismo también, si os quedan fuerzas. ¡Vamos, alzaos!

El hombre surgido de la oscuridad empuñaba una daga y se acercó, amenazador, a Maffei, quien, con dificultad, temblorosos sus alzados brazos, se levantó.

—¿Quién sois? —preguntó.

—Poco importa.

—Necesito ayuda —consiguió decir Maffei.

—¿Ayuda?

—Sí, por eso gritaba.

—Ya os oí.

—Estoy perdido. La tormenta me ha hecho perder el camino.

—A mí también.

—Podéis enfundar el arma. No tengáis ningún temor.

—¿Creéis que lo tengo?

El recién aparecido llevaba un arcabuz en bandolera, mas para amedrentar al fraile se servía sólo de la daga. Con la tormenta, de poco le habría servido el arcabuz.

—Quiero decir que estoy indefenso —dijo Maffei—. No pienso hacer nada contra vos.

—Pero quizás yo contra vos sí piense hacer algo.

—¿Contra mí?

—¿Quién os dice lo contrario?

Durante unos instantes el hombre amenazador se quedó en silencio, quieto, como si se recrease en contemplar el pavor que reflejaba el rostro del otro.

—¿Decís que os habéis extraviado en el bosque, que habéis perdido el camino?

—Sí.

—Pues yo os digo: yo también.

—¿No sois de Florencia?

—No. Buena ayuda vamos a ser el uno para el otro.

—Un hombre siempre puede servir de ayuda a otro hombre —dijo el clérigo—.

Nada hay peor que encontrarse solo.

—¿Hacia dónde os dirigíais?

—¿Sois de por aquí cerca?

—No, soy de muy lejos.

—Pero ¿conocéis estos lugares?

—Poco. Algo.

—Yo sí los conozco. Nací por aquí y aquí me crié. Pero esta noche, con la tormenta...

—A pesar de eso, si hacéis un esfuerzo por recordar... Con poco que me digáis, quizás yo pueda encaminaros.

—¿Creéis?

—¿Hacia dónde ibais?

¿Debo decírselo? ¿Debo confiar en este desconocido? Su aspecto no es muy tranquilizador, pero no son estos tiempos de guiarse por las apariencias. Tanto los nobles señores como los bandidos están prestos a empuñar la daga.

El agua de la lluvia ha empapado su ropa, los pelos de su barba, pero mi presencia no debe de ser mucho mejor que la suya. Confiaré en Dios. Rezaré in mente y confiaré en Dios.

—Iba hacia... hacia la casa grande... —oraba con el pensamiento al mismo tiempo que hablaba, y, por ello y por el insuperable temor, las palabras salían de su boca dudosas, imprecisas—. La casa grande que está... más allá del torrente, digo... ¿no habéis escuchado el rumor del agua al caer?

—Sí, lo he escuchado, aunque no he acertado a ver el torrente ni a la luz de los relámpagos. Pero por el ruido pienso que bien cerca de nosotros debe de estar.

—Pues... —dudó antes de proseguir, pero tras un breve silencio añadió—: No bien pasado el torrente está la casa de Adriano Maffei. Hacia allí voy yo.

Por un instante el otro le miró en silencio. Trataban los dos inútilmente de mirarse a los ojos, invisibles en la oscuridad. Luego dijo:

—¿La casa de Adriano Maffei?

—¿Sabéis cuál os digo?

—Sí.

—¿La conocéis?

¿Conoce este hombre que, daga en mano, me amenaza o se defiende, la casa de mi padre? ¿Se dirige también, como yo, a ella? ¿Con qué propósito?

—¿La casa del padre Maffei? ¿Del dominico?

Que aquel hombre conociera su condición dejó perplejo al joven Stefano.

—¿Sabéis quién es el padre Maffei?

—Sí... Bueno, lo sé aunque no le conozco. No, no le he visto nunca.

Maffei miraba fija, detenidamente, esforzándose en traspasar la oscuridad, al otro. Creía divisar unos ojos grandes, oscuros, unas cejas muy pobladas, hirsutas, barba espesa y revuelta. Consideraba su aspecto hosco, amenazador, el aire decidido, agresivo con que empuñaba la daga.

—Pero... yo no voy a casa del padre Maffei, del dominico.

—¿No?

—La casa a la que voy es de su padre.

—¡Ah!

Muy despacio, precavido, dijo el clérigo:

—Yo soy el padre Maffei.

Abandonó el otro su impasibilidad amenazante para preguntar, sin disimular la sorpresa:

—¡Ah! ¿Sois vos?

Sin saber bien a qué atribuirlo, quizás a la actitud del desconocido, Maffei se sentía menos inseguro.

—Cuando os he dicho mi nombre, ya lo conocíais.

—Sí, lo conocía.

—¿Por qué?

—No os asombréis demasiado. Son casualidades de la vida. Vos y yo teníamos que vernos mañana en Florencia para un asunto importante, muy importante. Y el asunto sigue en pie. Ya digo que no os asombréis; el asunto es secreto, pero no para unos cuantos. Si nadie lo conociese, no podría llevarse a cabo. Y entre esos cuantos estamos vos y yo. No creo que este encuentro inesperado altere en nada nuestros planes. Pero si lo creéis así, me voy por donde he venido, o por donde mis pasos me lleven, y os dejo otra vez a la buena de Dios. Mas recordad que acabáis de decir que no hay nada peor que estar solo, o algo parecido.

No se demoró Maffei en la respuesta.

—Lo recuerdo: dije exactamente eso. Y no creo necesario que nos separemos; antes, lo encuentro peligroso. Pero ¿por qué estáis enterado de todo?

—Porque sin mí no podría hacerse nada.

La voz, en la oscuridad, había sonado aún más firme, más áspera.

—¿Quién sois? ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Montesecco.

Y envainó su daga.

Sin conseguir librarse totalmente de la sorpresa, Maffei respiró más tranquilo.

—¡Ah! Sois Montesecco. Creo que, a pesar de todo, la suerte nos ha unido.

—Veremos, veremos... Si podéis ayudarme a mí y yo puedo ayudaros a vos, tendréis razón; pero si no, toda esa gran empresa se irá al garete.

—¿Creéis eso?

—De momento, padre Maffei, no creo exagerar al decir que estamos perdidos.

—Pero imagino que vos algo podréis hacer. Supongo que, por vuestro menester, a trances parecidos a éste estaréis más habituado que yo.

Con una inclinación de cabeza aceptó el forajido la observación del fraile, que consideró un elogio.

—Veamos, en primer lugar, qué podemos hacer para salir de esto —dijo, y trató de buscar colaboración en su compañero de aventura—. ¿No conseguís recordar nada, ni forzando la memoria, del lugar en que nos hallamos?

—Nada, ya os digo.

—Desde luego, ¿cómo vais a recordar nada, si este paraje está como boca de lobo?

—Ni siquiera sé a qué lado cae Florencia, ni a cuál la hacienda de mi padre.

—Pero, en fin, pensad algo que pueda orientarnos para que podamos cada uno seguir, malamente, nuestro camino. Mi único propósito era llegar a la ciudad sin llamar demasiado la atención antes de que despuntase la aurora.

—Yo sé que la casa está pasado el torrente. Luego, una vez pasado, se camina un trecho, se cruza la vaguada y allí está la casa, en un altozano.

—¿Y creéis que eso es poco? ¡No estamos descaminados, compañero! El torrente está justo aquí mismo.

Dio Montesecco un golpe en la espalda a Maffei, le empujó hacia adelante. Maffei, asustado, pillado de improviso, creyendo que iba a caer al torrente, se agarró a Montesecco.

—¡Ah!

A Montesecco le divirtió el grito de su aterrorizado compañero de viaje.

—¡No tan cerca, padre! —dijo—. ¡No tan cerca! ¡No nos mojará los pies más de lo que nos los está mojando la lluvia!

Y, entre risotadas, dio al dominico otro afectuoso empujoncillo en la espalda para animarle a que se atreviera a reemprender el camino.

A poco, se despidió la tormenta con un débil trueno lejano, y al deshacerse los últimos nubarrones, la oscuridad dejó paso repentinamente a un cielo estrellado, veraniego más que primaveral, como habría correspondido a un 26 de abril.

A su luz, sobre una suave loma, se recortaba la silueta de la casa Maffei, no muy alejada ya de la pareja de caminantes.

—¿Es aquella?

—Aquella es, Montesecco.

III

EN EL QUE AL AMOR DE LA LUMBRE SE HABLA DE LOS PERROS DEL DINERO

Montesecco se detuvo un momento para contemplar la casa y respiró tranquilo, con la seguridad de quien, tras duros avatares, ha llegado a buen puerto.

—Bien se la ve. Y a juzgar por la cercanía, estamos ya en vuestras tierras.

—Sí, hace rato. En las tierras de mi padre.

—En dos zancadas nos plantamos allí. Habrá un buen fuego para secarse.

—Y si no lo hay, lo encenderán.

—Para acortar el camino, ¿queréis que os cuente alguna de mis hazañas? Así nos conoceremos mejor.

La casa solar de los Maffei más tenía de casa de labor que de mansión señorial, aunque cumpliese ambas funciones, como tantas casas de Toscana. Había sido edificada en su partes principales por el bisabuelo del dominico Maffei —agricultor que había heredado unas cuantas fanegas y hecho una boda no mala con mujer de su misma clase y bienes—, cuando se enriqueció y ascendió en la escala social al ser de los pocos que acertaron a unir el comercio con el cultivo de la tierra.

Estaba a punto Montesecco de golpear la puerta con la culata del arcabuz, pero el dominico llamó con la aldaba. Como no llegó ningún ruido del interior, Montesecco agarró por su cuenta la aldaba y llamó repetida y enérgicamente.

Con una luz en la mano, cubierto con ropa improvisada, Vittorino, un criado ya al borde de la ancianidad, llegó a la puerta, la abrió con precaución y en su marco aparecieron las siluetas del bandido —o condotiero— Montesecco y el joven clérigo dominico Stefano Maffei, reconocido al instante por el criado que, diligente, los hizo pasar y los precedió con la luz por el amplio zaguán.

—¡Señor Stefano, qué sorpresa tan inesperada y tan grata! ¡No sabéis qué feliz me hace!

—Dame un abrazo, Vittorino —y se volvió a Montesecco—: Fue el mejor compañero de mi infancia.

—¡Perdonad estas lágrimas de viejo! Vuestra llegada me compensa de los

sobresaltos que me han dado primero la tormenta y luego los aldabonazos.

—No los di yo, sino mi acompañante, que es hombre impaciente y muy enérgico.

—Y que llega empapado y muerto de frío —añadió Montesecco—. Ardíamos en deseos de ponernos bajo techo. Disculpád si hice demasiado ruido.

—Si venís con mi señor Stefano, podéis hacer todo el ruido que os plazca.

—¿Te ha asustado la tormenta, Vittorino? —preguntó Maffei, rejuvenecido al pisar la casa de su padre.

—¡A mí qué ha de asustarme, señor Stefano! Pero cuando estaba en el primer sueño, mi mujer ha lanzado un grito que por poco salto hasta el techo.

—¿Cómo está mi buena ama, mi querida Alfonsina?

—De salud, tan buena como siempre; de genio, cada día peor.

Rió el dominico el comentario de Vittorino.

—Voy ahora mismo a despertar a vuestro padre. ¡Qué alegría se va a llevar mi señor!

—¿Y mi hermano Adriano?

—¿No lo sabéis, señor? No está en Florencia. Está embarcado con el señor Ennio Salvinni, el mercader. Ahora casi siempre anda por lejanas tierras.

—Estamos chorreando, Vittorino. Podrías, antes de avisar a mi padre, encender el fuego.

—Tenéis razón —dijo el criado, y, tras prender unos candiles, fue hacia la chimenea a preparar los leños.

Pero Maffei se le adelantó.

—O si no, deja. Yo encenderé mientras tú le avisas. Ganaremos tiempo.

—Y recordaréis vuestros años de muchacho —dijo sonriente el criado, mientras salía de la estancia.

—Es verdad —aceptó Maffei, y le explicó a Montesecco—: Yo era el encargado de encender el fuego y de mantenerlo vivo durante todo el día.

Otro recuerdo le asaltó y, antes de llegar a la chimenea, se detuvo para llamar al criado.

—¡Vittorino!

Volvió rápidamente sobre sus pasos Vittorino y se asomó a la puerta.

—Señor.

—¿Sigue habiendo vino en la alacena?

—Sí, ya lo sabéis. Al señor le gusta que siempre haya una garrafa... —se volvió hacia Montesecco—. Del mejor chianti de nuestras viñas, y ya preparado con canela y clavo.

—Me lo imaginaba, Vittorino —dijo Stefano—. Mi señor padre, entre sus muchas virtudes, no cuenta la de ser partidario de las innovaciones.

—Yo tampoco —dijo Montesecco.

—Sacad la garrafa vos mismo, mientras yo recuerdo viejos tiempos encendiendo la lumbre. Ya veis dónde está la alacena. Así tendremos calor por dentro y por fuera.

—Nos conviene, pues, aunque estemos a fines de abril, esta primavera no es nada calurosa.

Salió el criado, y Stefano fue a la chimenea a prender el fuego de ramas de enebro. Montesecco sacó de la alacena una garrafa y dos escudillas de madera de olivo y las puso sobre la mesa.

La amplia estancia, tan entrañable para el joven dominico, en el ala del edificio dedicada a casa de labor, era a un tiempo la cocina y la habitación en que pasaban el tiempo y comían los criados y se recibía a las visitas de confianza. Unas sillas, unos bancos rústicos y unos taburetes. Dos grandes aparadores con cacharros de cobre bien cuidados y pulidos. Un cofre grande, decorado con tallas. Las paredes, encaladas. En una rinconera, imagen de la *Madonna*. Dos ménsulas entalladas adornaban la jácena, y de ella, como de las otras vigas, pendían manojos de hierbas y plantas medicinales que expandían un agradable aroma.

—¿Este vino es de vuestras vides? —preguntó Montesecco.

—Sí, y como habéis oído, según costumbre toscana, lo aderezamos con canela y clavo. Pero esta noche estará demasiado frío.

—Nos sentaremos junto a la lumbre —dijo Montesecco—, y así lo beberemos algo tibio, que es lo suyo.

Tras destapar la garrafa y olisquear el contenido, hablaba mientras llenaba las escudillas.

—¿Qué, padre Maffei? ¿Estáis ahora más tranquilo que en el bosque?

—Sí, mucho más. Creo que salta a la vista. En el bosque creí morirme.

Montesecco acercó a la lumbre, que ya crepitaba, dos taburetes; se sentó en uno de ellos.

—¿Se os ha pasado el susto?

—Sí, bastante. Y agradezco vuestra ayuda.

El forajido bebió un largo trago y después escupió sobre los recién prendidos leños.

—Con el vino se os pasará del todo, ya lo veréis. Para algunos trances no hay mejor compañero. Os lo digo yo, que he estado en trances de los peores.

—Lo creo.

—Yo también os doy las gracias de corazón a vos, padre, podéis creerme. En una noche endiablada como ésta, un techo, un fuego y un buen vino no se pagan con todo el oro de los Médicis.

—Y si al techo, Montesecco, al fuego y al buen vino les añadimos una cama...

—Reverencia, si añadimos una cama, no se pagan con todo el oro del mundo.

—Mirad qué bien ha prendido el fuego. Qué pronto arde el enebro, ¿verdad?

Asintió con la cabeza Montesecco, tras lanzar un discreto regüeldo, y se inclinó hacia las llamas de la hoguera. Habló en voz baja, en tono confidencial.

—Ahora, antes de que aparezca vuestro señor padre, os falta hacer algo.

—¿El qué?

—Debéis inventar un nombre.

Stefano miró a su huésped con sorpresa y desconcierto: creyó no haber entendido bien.

—¿Inventar un nombre?

—Está claro, ¿no lo comprendéis? Debéis inventar un nombre para mí. Tomad, padre —y le alargó una de las escudillas, de nuevo llena—. Esto os inspirará.

—Gracias —dijo Stefano, aún sin comprender, mientras tomaba la escudilla.

—No creo que vuestro señor padre me haya visto nunca.

—Pienso lo mismo.

—Yo, al menos, no tenía noticias de su existencia hasta esta noche; ni siquiera había oído nunca, que yo recuerde, pronunciar su nombre. Pero el mío lo conoce todo el mundo. No lo digo por alarde. Podéis creerme. Y para un anciano despertado de improviso, y en noche de tormenta, tantas sorpresas seguidas pueden ser muy graves. El hijo, el adorado hijo Stefano, que se presenta cuando nadie le esperaba en el hogar tras largo tiempo de ausencia: «¡Hijo, hijo mío querido!» «¡Padre, padre mío!» Y, de repente: «Padre mío, os presento a mi amigo Montesecco.»

Y el buen viejo exclama: «¡Ah, horror, horror!» Y se os muere como un pajarito.

Montesecco había interpretado la imaginaria escena con gran movimiento de sus espesas cejas y cambios de voz, como si quisiera emular a los histriones que desde tiempo atrás recorrían la comarca actuando en ferias y días señalados.

—No creo que ocurriera eso —rechazó Stefano—: mi padre se conserva sano y fuerte. Mas, por otro lado, opino que tenéis razón: no es necesario que sepa quién sois.

—Nada necesario.

—Es más, lo considero una imprudencia.

—Eso creo yo. ¡Vamos, padre, no os demoréis: un nombre, un nombre!

—¿Qué os parece Cassola?

—¿Cassola? Bien, muy bien. Ya lo he utilizado. También está bien vuestro chianti.

—Hacía tiempo que no lo cataba.

—Es bueno, pero habréis tenido ocasión de beberlo mejor. Sin embargo, lo decís con nostalgia. ¿Cuánto tiempo lleváis fuera de vuestra casa?

—Hice una visita a mi padre, va para dos años. Pero hace siete que marché a Roma.

—¿Siete años? Más que suficiente. Allí se hace carrera muy deprisa. Sobre todo en vuestro oficio. Claro, que el mío es más rápido, pensaréis.

El clérigo miró al bandido fijamente a los ojos.

—Sí, pero se acaba antes.

El bandido no replicó al instante, tardó un punto.

—¿Estáis seguro? A mí me enseñaron de pequeño vuestros colegas (o me pareció entenderlo así, disculpadme si me equivoco) que el tiempo era igual para todos. Para

unos en la gloria de Dios, para otros en el infierno de Satanás.

El bandido se había adentrado en el terreno del religioso, y el religioso respondió con seguridad, sin pensárselo dos veces.

—Sí, la eternidad es igual de larga para todos; pero el infierno, Montesecco...

Montesecco, también sin pensárselo, le interrumpió con cierta dureza.

—Prohibido hablar del infierno, padre.

—Vos habéis empezado.

—Retiro lo dicho. Prefiero encontrármelo por sorpresa que no sentirlo a diario aquí.

—Porque lo que preferís, en realidad, es no creer en él.

—Será por eso.

—Pero, comprended que...

No parecía que Montesecco bromease, sino que la mención del infierno le hubiera irritado verdaderamente. Stefano le notaba descompuesto, lo que no dejaba de sorprenderle.

—Padre, hace un rato, cuando os he encontrado perdido en el bosque, he tenido la gentileza de no ejercer con vos mi oficio; no ejerzáis el vuestro conmigo.

—Me parece que no ha sido gentileza la vuestra: ha sido conveniencia, pues ambos nos hallábamos en el mismo mal trance. Pero os lo agradezco igual.

—Sí, sí, no lo niego, puede que tengáis razón. Ha sido más bien algo que podríamos llamar compañerismo. Pues, aunque sólo sea por unos días, los dos servimos al mismo amo. Aunque yo no haya hecho votos.

Maffei no acompañó la sonrisa de Montesecco. Parecía ausente. Como si no hubiera escuchado a Montesecco, permanecía en silencio, abstraído. Luego dijo con el tono apagado de quien reflexiona en voz alta.

—Y no es solamente un nombre, Montesecco, no es solamente el nombre.

—¿Qué decís?

Salió de su abstracción el padre Stefano Maffei para responder al bandido.

—Lo que habéis oído: que no es sólo el nombre lo que es preciso inventar para vos. Hay que pensar, además del nombre, quién sois, qué hacéis, cuál es vuestra familia, por qué estáis en Florencia, de qué vivís...

Montesecco frunció el entrecejo, ahuecó la voz y alzó un dedo para responder al dominico como si se tratase de un padre o un maestro que reprendiera a un niño pequeño.

—¡Cuidado, padre! Si no os andáis con cuidado, Satanás os achicharrará por tantas mentiras.

—Por poco instruido que estéis en religión, sabréis que no es él quien juzga.

—Podemos decirle a vuestro señor padre que soy otro fraile, como vos.

—Yo no soy fraile.

—Sacerdote o fraile, lo mismo da. ¿Os parece mala idea? Yo creo que con estas ropas que llevamos no nos diferenciamos mucho.

—Sí nos diferenciamos, Montesecco. Habréis oído muchas veces aquello tan verdadero de que el hábito no hace al monje. De ninguna manera se me pasa por la imaginación ofenderos, pero no tenéis el aspecto de un clérigo.

—¿Estáis seguro de que no, padre? Sé que soy lo que llaman «un hombre de aspecto sospechoso», pero los he visto peores en cualquier gremio.

Se interrumpió y se golpeó la frente como si le hubiera llegado de pronto una idea.

—¿Y artista? El maestro pintor Cassola que ha trabajado para Sixto IV y regresa a su ciudad natal.

Pero ¿cómo conversaría con el padre del dominico si éste le interrogaba?, objetó Maffei. El padre de Stefano era buen aficionado y, como no ignoraba Montesecco, los artistas siempre hablan de su arte. Montesecco meditó lo que acababa de escuchar y aceptó de mala gana la objeción del clérigo. Pero le llegó otra idea aún más brillante. ¡Dux de Venecia! Eso sí que le gustaba. Podía Stefano decir a su padre que su compañero viajaba disfrazado para llevar a cabo una importante misión y que...

—Pensemos en serio, Montesecco. Algo que resulte adecuado y creíble, no...

Pero no tuvieron ocasión de pensar más, porque en ese momento los interrumpió el señor de la casa, el padre del dominico Stefano Maffei, que entró jubiloso. Se había vestido apresuradamente, echándose un ropón sobre un sayo.

A punto de saltársele las lágrimas, el anciano abrió los brazos.

—¡Hijo mío, Stefano!

—¡Padre!

Se unieron uno en brazos del otro.

—Ni la más leve esperanza tenía —dijo el padre— de volver a verte por lo menos hasta fin de año.

—Yo tampoco lo pensaba. Y tengo la misma alegría que vos, padre.

—¿Y cuál es la causa que tan feliz me hace?

—Me han encomendado una misión de importancia en Florencia. Vengo en el séquito del cardenal Riario, y pedí permiso a Su Eminencia para desviarme y haceros esta visita. Pero a no ser por este amigo, que casualmente va allí por el mismo asunto, no habría llegado.

—¿Por qué, hijo mío?

—Me extravié en la tormenta y él volvió a encaminarme.

El padre se acercó a Montesecco.

—Os estaré eternamente agradecido.

—Es el señor Cassola... —presentó el dominico.

Montesecco saludó con aire cortés.

—De la banca, señor —afirmó con gran seguridad, con perfecto dominio de sí mismo.

—Mi amigo Iacopo Cassola —ratificó Stefano.

Perplejo, Maffei oyó decir a Montesecco:

—No me gusta ese nombre.

Maffei, aterrado, no apartaba la mirada de Montesecco. El padre preguntó, con ingenua extrañeza:

—¿Cómo decís?

Con voz velada, respondió Maffei:

—Dice que no le gusta su nombre.

Muy tranquilo, en una gran exhibición de serenidad, Montesecco amplió la explicación.

—No; decididamente, no... Lo de Cassola está bien. Pero lo de Iacopo...

Satisfecho, divertido, rió su broma y prosiguió.

—De pequeño, sí me gustaba. ¡Iacopo! ¡Iacopo! Muchos de mis amigos se llamaban Iacopo, y por eso me gustaba. Pero ahora que soy banquero me parece bien lo de Cassola. Es un apellido muy importante en Roma, aunque hayamos descendido a la banca.

Con una sonrisa cortés, preguntó el padre:

—¿Descendido?

—Sí, señor Maffei. Esa es la verdad. Las armas son la nobleza. Incluso vuestra agricultura es más digna. La banca es un recurso. Lo sabemos. Y os admiramos y envidiamos. Pero los tiempos obligan. A lo que iba: Cassola bien, pero Iacopo... ¡Por Dios! Cualquiera puede llamarse Iacopo.

Entró el criado Vittorino con unas viandas, y a una señal del padre los recién llegados se sentaron a la mesa.

—El nombre es sólo la fachada —dijo el señor Adriano Maffei en lo que se acomodaban—, es para los demás. A uno lo que le importa es el interior de la casa. Dije que os preparasen algo. Vendréis desfallecidos por el viaje.

—Sí que se agradece a estas horas —dijo el dominico.

—Desde luego —corroboró Montesecco.

—También nuestro apellido —prosiguió el padre—, el apellido Maffei, se va desgastando. Pero ámalo siempre, hijo mío.

—No tenéis que pedírmelo.

—El apellido es más que uno mismo, es la familia. Un depósito de sangre que nos viene desde muy atrás, desde el principio de la creación, y que nosotros llevaremos hasta el final de los tiempos.

Montesecco habló sin dejar de comer.

—La familia... Todos sabemos lo que es la familia... Todo lo que yo he hecho lo he hecho por la familia, por la sangre. Ha descendido a la banca por la familia, para que mi familia pueda llevar su herencia de sangre hasta donde habéis dicho vos. ¡Sangre y familia! Habla muy acertadamente vuestro padre, Maffei.

El padre se dirigió a Montesecco.

—Los Maffei, quizás lo sepáis, en otros tiempos eran algo más. Mi bisabuelo aún usaba su título de nobleza. Pero poco a poco todo ha cambiado y hoy no soy más que

un labrador.

Se volvió hacia su hijo.

—Y tú nada más que un clérigo.

—Ser labrador no es mala cosa —replicó Montesecco—, creedme. Depende de las fanegas de sembradura.

Y las fanegas pueden ir aumentando.

—Un labrador está pendiente de algo que le es ajeno: de la tierra, del sol, de la lluvia, del pedrisco. Hay años buenos y años malos. De poco nos sirve a los labradores la voluntad. Pero mi hijo tiene ciencia y gobierno. O llegará a tenerlo.

Se volvió hacia el hijo.

—Tu voluntad es un arma.

—A todos los hombres nos es ajena la voluntad de Dios —respondió el dominico.

—Sí, pero sólo en eso nos igualamos.

—Es cierto —comentó Montesecco—. En todo lo demás se ven muchas diferencias.

—Antes se diferenciaban las gentes por el nacimiento —dijo el padre—. Hoy todo está cambiando tanto, que la nobleza es mejor ocultarla.

—Hoy lo que más diferencia a las gentes es el dinero —opinó Montesecco.

Asintió el padre y volvió la mirada hacia su hijo.

—¿Oyes? Por eso hay que ganarlo, Stefano. No digo que debemos descender al comercio, a la usura...

Creyó que había cometido un desliz y se volvió hacia su huésped, hacia Montesecco.

—¡Oh, perdonad!

—¿Yo? ¿Por qué? —se sorprendió, desprevenido, Montesecco, que por un instante había olvidado su muy reciente condición de banquero.

—No sé... Quizás mis palabras...

—¡Ah, claro, la banca! Si es por eso, no tengáis la menor preocupación. ¿No han descendido al comercio, a la usura, los Pazzi, los Médicis?

—Sí, es cierto.

—Pues os equivocáis. No han descendido, porque antes no eran ni usureros. Pero, en fin, ascendido o descendido, si ellos lo hacen, ¿por qué no vamos a hacerlo los Cassola? O vosotros, los Maffei.

De nuevo el señor de la casa se volvió hacia su hijo.

—Tú, hijo mío, Stefano, estás en el camino de ascender, de recuperar el poder perdido. Tu hermano y yo, no.

—¿No son fértiles estas tierras? —preguntó el falso banquero.

—Menos que cualquier ciudad. Mi hijo, ayudado por los Riario (hubo un tiempo en que su familia debió mucho a la nuestra, y el cardenal, que es hombre muy virtuoso, no lo ha olvidado), puede prosperar y devolver a la familia Maffei el puesto y el honor que en otros tiempos tuvo.

—El honor lo tenemos, padre. No se pierde por descender de condición.

—Considero muy razonable lo que dice vuestro padre, Maffei, que demuestra un buen conocimiento del mundo.

Y pienso que vos, desde Roma, podéis hacer mucho.

—Yo aspiro a hacer mucho por la iglesia.

—Y todo lo que hagas por la Iglesia —le replicó su padre— repercutirá en gloria y provecho para nuestra familia. No te empujaría yo a ser mercader o leguleyo, pero por el camino de la religión igual podrás devolver a nuestra familia su prestigio. Veo claro el porvenir: ya no cuenta la nobleza.

Se volvió hacia Montesecco.

—¿Estáis de acuerdo?

Asintió Montesecco con un ademán ponderativo.

—¿Cómo no estarlo? Los Alberti en el exilio... Los Luchetti reducidos a la miseria... los Tarsi exterminados...

El padre fue exaltándose mientras escuchaba la enumeración.

—¡Tantas y tantas familias que ya no existen! Pero unas bandas de comerciantes...

Se interrumpió bruscamente y pidió perdón con la mirada al falso banquero.

—Seguid, seguid...

En su exaltación, el viejo agricultor no se atrevió a seguir, balbuceó...

—... de... de...

—De «perros del dinero» —remató Montesecco—. Así nos llaman.

—No me atreví...

—Pero me atrevo yo y lo digo y lo repito: «perros del dinero», que pisotean al plebeyo y al noble, al que trabaja y al que goza, y que provienen lo mismo de arriba que de abajo, porque a esos perros no los diferencia la sangre, sino su conciencia, su falta de conciencia. Y lo digo yo, que soy uno de ellos y que me reconozco arrastrado por Satanás y que me atrevo a decir que mejor que cualquiera de nosotros es el último ladrón de caminos.

—Ése arriesga su vida —afirmó el padre—. Lo he dicho muchas veces.

Montesecco se levantó, abrió sus brazos al padre. Los dos se estrecharon, conmovidos. El dominico se sumó también al parecer de los otros.

—Los tiempos cambian, padre. Y ahora más velozmente que nunca. En eso os doy la razón.

—Tan velozmente, oye lo que te digo, que todo volverá a ser como antes.

—Se tardará, padre.

—Menos de lo que piensas, Stefano. Mira a tu alrededor y verás que ya empiezan las nuevas familias a vivir como lo hacían los Maffei en tiempos de los abuelos.

Siempre habrá unas pocas familias por encima de la plebe. Yo te he dado un arma, hijo mío, para que devuelvas el esplendor a la nuestra.

—Yo soy un arma en manos de la Iglesia.

Montesecco hizo de mediador:

—Todo el mundo compagina las dos cosas.

—Tú, hijo mío, sirve a la Iglesia, sirve al cardenal Riario —dijo Adriano Maffei con convicción, estrechando una mano a su hijo—. Es un hombre de estos tiempos, pero que no olvida los antiguos. Roma defenderá siempre lo perenne. Pero no hay que retroceder, no hay que resignarse, hay que luchar.

—Así piensa Cassola —dijo el dominico—. Él ha luchado con las armas que tenía a su alcance.

—Con su talento comercial —corroboró el padre, y volvió a acomodarse en su taburete.

—Bien, llamémoslo así —aceptó Montesecco.

—Un talento que, por lo menos hasta esta generación, le falta a nuestra familia. Cambió el viejo Maffei de tema, ya menos exaltado, menos conmovido.

—Y, decidme, ¿es importante la misión que os ha traído a Florencia?

El fraile y el forajido, antes de responder, cruzaron una rápida mirada. Tras un brevísimo silencio, Gian Batista de Montesecco fue el primero en hablar.

—Muy importante.

Y corroboró el dominico:

—Muy importante.

Pero su voz se oyó sorda, como si Stefano no hubiera prestado demasiada atención a la pregunta. Dejó vagar la mirada por la estancia en la que se encontraban, por las vigas de las que pendían los manojos de hierbas, por el reluciente cobre de los cacharros, por el fuego del hogar, por el mundo de su infancia.

IV

EN EL QUE STEFANO MAFFEI VE POR PRIMERA VEZ A CLAUDIA, LA HIJA DEL MOLINERO

1467

Stefano Maffei es un niño y no sabe que el color de esta mañana, su luz, su aroma, el canto de los pájaros están grabándose en su memoria, a la que él, años más adelante, llamará su alma. Una tibia mañana de otoño, muy apacible, sin nubarrones en el horizonte; ni en las distantes montañas, los Apeninos que limitan la Toscana, ni por el lado de la cercanísima ciudad, Florencia. Los prados, los sembrados, la doble hilera de cipreses que bordea el camino desde la entrada principal hasta la primera aldea de aparceros, más allá los viñedos, suavemente iluminados por un sol recién surgido tras la silueta oscura de la ciudad, rematada por las múltiples torres amenazantes de los palacios y la cúpula solemne del Duomo. El pequeño Stefano, que aguarda a su padre cerca del carruaje, cuyas dos mulas de tiro engancha Rafaello, el cochero, ignora que aquella ciudad que se recorta a contraluz, las montañas lejanas, al norte, dibujadas poco a poco por pinceladas de sol, los colores que van despertando, verde claro de los viñedos, verde oscuro de los lejanos olivares, plata temblorosa de las acequias, azules, amarillos, rojos de las flores silvestres, el carricoche que aguarda a la puerta de la casa, el piafar de las mulas, los ladridos y las carreras de los perros, serán algo que se le quede impreso en lo más hondo de su ser para resurgir de cuando en cuando a lo largo de toda su vida, unas veces con causa previa y otras sin causa aparente, aunque quizás con una causa sumergida en el fondo del subconsciente.

Por allí anda también, diligente y despierto desde el alba, Adriano, el hermano mayor. Están adiestrándole, entre su padre, el capataz y los mayores, en el cuidado y explotación de las tierras, la rotación de los cultivos, la compra de las semillas, las cuentas con los aparceros, el trato con los proveedores de la tropa y con los mercaderes en las ferias... Cuando el padre fallezca, deberá hacerse cargo de todo. Para él, para Stefano, el padre tiene otros proyectos muy distintos, pero encaminados a lo mismo, a devolver a la familia el rango que tuvo en otros tiempos, propósito que

obsesiona noche y día al buen agricultor Adriano Maffei, padre.

Ya los cinco en el carruaje —va también Taddeo, el capataz—, dejan atrás el camino que pasa junto a la laguna, la charca y el torrente hasta llegar a Florencia, y toman por la vereda de los cipreses. El viaje hasta el molino es de aprendizaje para el joven Adriano: su padre va a ajustar cuentas con el molinero; por eso les acompaña el capataz. Para el niño Stefano, es simplemente de recreo. Cuando alguien va al molino siempre pide que le lleven. Con los ojos de la imaginación, aunque ya le tiene frente a sí tal cual es, ve al molinero aún mucho más blanco, totalmente blanco desde el pelo hasta las puntas de los pies. Murió la madre de Stefano al parirle, así que él nunca se durmió escuchando cuentos de boca de su madre. Pero sí escuchó algunos, aunque sin entenderlos muy bien, cuando, a veces, a la atardecida, Adriano Maffei, el padre, los leía al amor de la lumbre a un grupo de criados y aparceros. El que más le gustó, y, a juzgar por las carcajadas con que acompañaron la lectura, también al resto de los oyentes, fue el de unos estudiantes o novicios de un convento que llevaban al molino trigo para moler. En el molino vivían el molinero, su frescachona mujer, su bella y jovencísima hija y un niño que aún dormía en la cuna. Por una repentina tormenta, o por cualquier otro incidente que Stefano no recordaba bien, los estudiantes o novicios se veían obligados a pasar la noche en el molino. Allí, en cuanto sonaban los primeros ronquidos del molinero, entre éste, su mujer, su hija, los estudiantes, incluso la criatura de la cuna, sucedían una serie de enredos que Stefano no llegó a entender del todo.

Él no reía, no encontró el motivo, escuchaba en silencio, interesado en la aventura de los dos jóvenes, y si de vez en cuando se le escapó una risita no fue porque se contagiase de la risa de los demás, sino por lo cómicas que le parecían las caras que ponían los campesinos al soltar las risotadas. Mientras escuchaba a su padre leer el cuento, él veía el interior del molino, todo blanco de harina, blancas las paredes, blancas las banquetas, blancas las dos grandes piedras de moler, pero, sobre todo, blanco el molinero, el hombre blanco que ya, desde entonces, desde la atardecida en que su padre leyó el cuento, se le aparece al niño Stefano en sueños; no en pesadillas, sino en sueños placenteros, en las duermevelas de antes de llegar al sueño profundo.

Aparte la aparición del hombre blanco, tripudo, siempre sonriente, le gusta al pequeño Stefano ir escuchando desde el carruaje, cada vez más próximo, el ruido monocorde, rítmico de las palas de la rueda del molino al ser impelidas por el agua del riachuelo. Luego, la mirada se le queda prendida en el giro de la rueda, en los golpes del agua contra las palas, hasta que el carruaje se detiene a pocos pasos del molino, y el molinero, el hombre blanco, y Gina, su mujer, salen apresurados a recibir al padre de Stefano, el señor Adriano Maffei, con solemnidad un tanto exagerada.

—¡Claudia, hija —grita ama Gina hacia el interior de la casa—, sal de una vez y lleva a Stefano a pasear por el huerto!

Ve Stefano salir por la puerta del molino a una niña insignificante, pequeña, flaca, que se acerca a él con aire resignado, dócil ante la orden materna, le toma de una

mano y tira de él en dirección al huerto. Pero el niño Stefano no quiere ir hacia allá, sino en sentido contrario, hacia el borde del riachuelo, donde el agua impulsa la rueda.

Y hacia allí van los dos, sin hablar, sin mirarse; o sin que Stefano mire reiteradamente a la niña Claudia, porque ella sí, ella tiene la mirada en Stefano, o en el hijo del amo, en lo que éste no deja de mirar cómo gira y gira sin parar la rueda a impulsos del agua del riachuelo.

Ya Adriano, su hermano mayor, le ha explicado en otra ocasión el funcionamiento del molino. Según le ha dicho, no ha experimentado cambios desde la remota antigüedad, cuando alguien tuvo la idea de sustituir la fuerza de los esclavos por la de la corriente de agua. «El molino funciona —le había dicho— por medio de un mecanismo que transmite a la muela giratoria instalada en el interior, sobre la piedra fija, la energía de la corriente de agua del riachuelo. Esta golpea una serie de palas montadas sobre una rueda vertical haciéndola girar. Lo comprendes, ¿verdad? El agua golpea las palas. Las palas hacen girar la rueda. Dentro del molino, la gran piedra machaca el trigo y lo convierte en harina. Los hombres de la antigüedad supieron utilizar en su provecho la fuerza de la naturaleza.» Stefano comprende. Y se abandona extasiado a la contemplación de la rueda que gira y gira a impulsos del agua. Encuentra en ello más belleza, más misterio que en el rostro de la niña Claudia, que, por el contrario, procura estar muy cerca de él y no deja de mirarle.

A veces, el niño Stefano corre hasta el molino sin necesidad de que le lleve su padre o el capataz o alguno de los mayores. Pasa el camino de los cipreses y llega al molino. Es inevitable que en esas correrías le acompañe su amiga, la niña Claudia, aunque no es Claudia quien despierta su interés, sino el agua que fluye calma y los golpes o caricias del agua sobre las palas de la rueda.

Respecto a la niña Claudia, Stefano escuchó sin querer, por pura casualidad, una conversación entre la mujer de un aparcerero y una criada de la casa. Comentaban que a los molineros les iba a ser difícil casar a su hija, pues, aunque las rentas del monopolio del molino eran cuantiosas, y la cara de la niña Claudia agradable y alegre, y abierta su sonrisa, a pesar de que pasaba el tiempo, no se desarrollaba, seguía como flacucha y enclenque, nada útil para el trabajo ni para tener hijos que ayudaran. De jovencita sería la clase de mujer a la que hombres y mujeres mirarían no con desprecio, pero tampoco con admiración o envidia, sino con compasión.

Stefano está de acuerdo con lo que había oído ocasionalmente. Y lo que le atrae de sus viajes al molino, no es la hija del molinero —pocas veces la mira—, es el agua, los golpes del agua contra las palas, el constante girar y girar y girar de la rueda.

Pero aquello a Claudia le aburre. Es lo que ve a diario, y ya casi ni lo ve. Desde luego, no lo mira. Suele convencer a Stefano de que vayan hasta el torrente. En una

de estas excursiones, la niña quiere hacerse una corona de flores silvestres.

Pide su ayuda a Stefano y entre los dos recogen margaritas, caléndulas, amapolas, lirios rojos de Florencia, petunias; blancas, amarillas, rojas, lilas. Cuando Claudia termina de tejer la guirnalda, antes de ponérsela en la cabeza, se arrodilla y, ante la asombrada mirada de Stefano que ahora no aparta de ella la vista, va andando a gatas hasta el borde del terraplén. El agua del torrente le salpica. Alarga los brazos hacia el vacío con la corona en sus manos. Arroja la corona al vacío. En el vuelo, la guirnalda se deshace y caen a la pequeña laguna del fondo las flores.

El espanto se pinta en el rostro de Stefano cuando oye decir con tierna voz a la niña Claudia, como si lo que pide no fuera nada del otro mundo:

—Stefano, acércate aquí, baja por el terraplén, coge las flores y tráemelas.

Chorros de agua caen en el terraplén y rebrincan en las peñas. Stefano está dispuesto a jurar que en ese momento ha aumentado el ruido del agua al despeñarse. Da dos tímidos pasos hacia delante. Y ve al fondo, en la charca, las flores como diminutos barquichuelos de colorines que navegasen a la deriva.

La niña se ha levantado y, de pie frente a su amigo, espera la decisión de éste. Stefano no sabe si es un cobarde o un valiente. Un cobarde que no se atreve a lanzarse al terraplén, que más que terraplén es una cortada, o un valiente que se atreve a decir que no ante la demanda de una niña, que pronto será mujer.

Por lo uno o por lo otro, Stefano dice que no.

Claudia se enfurruña. Lanza una mirada de desconsuelo a las flores. Regresan al molino y no vuelven a cruzar palabra, ni miradas, lo cual para Stefano no es nada nuevo.

Stefano, después de dejar a la niña Claudia en el molino, vuelve solo a casa, unos trozos corriendo, otros andando, otros paso a paso, muy despacio, como sin andar. Sólo pensando. Pensando. Pero es muy difícil saber lo que piensa. Cuando llega, ya brilla en el cielo el lucero de la tarde.

Pasa el tiempo; y Stefano, aunque esto no sea fácil de comprender, vuelve a ver por primera vez a Claudia, la hija del molinero.

Poco a poco ha ido espaciando sus visitas al molino. Está en una edad en la que mudan las aficiones, y a veces se siente cierto rubor ante el recuerdo de lo que fueron las costumbres infantiles; la niñez empieza a transformarse en un recuerdo y, al pisar el umbral de la adolescencia, surgen el deseo y la obligación de hacerse hombre. Stefano ya conoce perfectamente el mecanismo del molino; le produce asombro recordar que se ha pasado horas y horas mirando cómo el agua golpeaba las palas de la rueda. La niña Claudia, su inevitable compañera, nunca ha despertado su interés; luego, ¿por qué tanta excursión hasta el molino? Puede ir a las aldeas de los aparceros

o a los lejanos olivares o al torrente; incluso algunas tardes, con un grupo de chicos de su misma edad, se alarga hasta la cercana Florencia. Si va al molino, es porque su padre le lleva en el carricoche con Adriano, el hermano mayor, y con Taddeo, el capataz.

Se han apeado todos, y, con la exagerada y protocolaria alegría de siempre, los reciben el molinero y la molinera. La niña Claudia no ha salido a hacer los saludos de rigor.

Pero poco después Stefano procura acercarse discretamente, sin llamar la atención de los otros, a Adriano, su hermano mayor. ¿Adriano no ha visto que, a la llegada, mientras se saludaban unos a otros, una muchacha atisbaba desde la puerta, sin salir de la casa ni acercarse a ellos? A Stefano le ha parecido una muchacha muy bella. Pero no sabía que el molinero tuviese otra hija, que la niña Claudia tuviese una hermana. ¿Es hija de algún pariente? ¿Adriano sabe algo? ¿Y por qué Claudia no ha salido a recibirlos? ¿Están las dos muchachas medio escondidas dentro del molino?

Adriano escucha con asombro la sarta de preguntas que le hace su hermano menor, y cuando Stefano al fin se calla, porque se le han acabado las preguntas o para tomar aliento, entre risotadas le saca de su error.

—No sé por qué hoy Claudia no ha salido todavía a recibirnos. Quizás no se encontraba bastante limpia o bien vestida. Pero esa muchacha que tú has visto en la puerta no es hija de ningún pariente, sino de los molineros.

—Entonces, ¿es hermana de Claudia? ¿Dónde estaba hasta ahora?

—Calma, calma, Stefano. Es hija de los molineros, pero no es hermana de Claudia.

—Eso es imposible.

—Déjame hablar y escucha, Stefano —pide el primogénito, sin dejar de reírse ante la perplejidad del desconcertado Stefano—. No hay dos muchachas, sólo una.

Llega la voz del padre desde el interior del molino:

—¡Adriano!

—Nuestro padre me llama, tendré que explicártelo muy deprisa: esa muchacha que tú has visto, y que te ha parecido muy bella...

—Sí, sí...

—Es Claudia.

—¡No puede ser!

—Sí, lo es. Lo que pasa es que tú hace unos cuantos meses que no vienes por el molino, y en ese tiempo a Claudia se le han despertado las tetas.

—¡Cómo!

—Ya no es la niña Claudia, es una mujer. Tú la has visto ahí, medio escondida, en la puerta...

—Sí...

—... y no le has visto el pelo, ni las cejas, ni la nariz, ni la boca, sino que la mirada se te ha ido a las tetas, a las puntas de las tetas, y por eso no la has reconocido.

Stefano, perplejo, balbucea:

—No puede ser...

Pero las llamadas autoritarias de Adriano Maffei, padre, impiden que los hijos sigan la conversación. El hermano mayor se aleja de Stefano y, todavía entre risas, sin abandonar su marcha se vuelve para insistir, por medio de la mímica, valiéndose de sus dedos índices, en que a Claudia se le han despertado las tetas.

Hasta Stefano llega la voz de la molinera que, como si no hubiera pasado el tiempo, le ordena a su hija Claudia que acompañe a Stefano a dar un paseo, que le lleve a que vea cómo han florecido los almendros.

V

STEFANO Y CLAUDIA

Van a ver cómo han florecido los almendros, pero ninguno de los dos se entretiene en mirarlos. Cambian algunas, muy pocas, palabras. A Claudia le resulta ahora más difícil hablar que cuando era niña. Dan la vuelta y van hacia el torrente. En el recorrido, Stefano lanza furtivas miradas de reojo a Claudia. Es rubia y de pelo rizado, peinado con bucles. Su tez es pálida, quizás demasiado para una campesina; parece una muchacha de la ciudad. Es cierto, que, como decían las comadres a las que Stefano oyó comentar, no parece muy robusta. Las cejas y las pestañas las tiene mucho más oscuras que el pelo. Las cejas, arqueadas. La nariz breve, recta. La boca, pequeña y de labios gordezuelos. Las mejillas tienen un no sé qué que incita a acariciarlas. Y, tal como decía Adriano, el hermano mayor, se le han despertado las tetas.

No ha sido ésa la última vez que, en sus paseos, Claudia y Stefano han llegado hasta el torrente. El muchacho menudea sus visitas al molino, y a los molineros, cosa muy natural, no les parece mal la asiduidad del hijo del amo. Quién sabe en lo que puede terminar aquella amistad de niños, ahora adolescentes.

Claudia no es para Stefano sólo una amiga, es su confidente. Más que el criado Vittorino, por el que siente un cariño filial, más que su hermano mayor, Adriano. Pero hay una confidencia que no se atreve a hacerle: alguna vez, Stefano, después de pasar la tarde con Claudia junto al torrente, cuando la acompaña hasta el molino y regresa solo a su casa, unos trozos corriendo enloquecidamente, y otros pasito a paso, incluso deteniéndose a suspirar, apoyado en el tronco de un ciprés, o dejándose caer en un repecho, no se esfuerza en contener el llanto. Son las tardes en que a ella, a Claudia, le ha dado por recordar su infancia, la infancia de los dos, cuando ella y él cortaban flores silvestres y ella las echaba al torrente y él, el niño Stefano, era incapaz de bajar a recogerlas para hacerle a ella una corona. Ya no son niños, son dos muchachos, y Claudia, quizás con el diablo en el cuerpo, se divierte repitiendo el juego infantil. Pero ahora ríe mientras echa las flores al torrente, ríe sin dejar de mirar a su amigo, ríe ante el temor de él, ríe porque comprende que él quiere lanzarse por la cortada y empaparse con el agua del torrente y recuperar las flores y ofrecérselas a ella,

comprende que eso es lo que él quiere hacer y que no tiene valor para hacer lo que quiere. Sólo tiene valor para no hacerlo. Y la risa de ella le llena a él de belleza y de desprecio hacia sí mismo. Más tarde, ya de noche, en la cama, antes de que le llegue el sueño, le vuelve el llanto.

Adriano Maffei, el padre, el agricultor, tiene decidido desde muchos años antes que su primogénito, el que lleva su mismo nombre, Adriano, sea el que se encargue del cuidado de la hacienda de los Maffei. Y que el menor, Stefano, profese en la Orden de Predicadores, en los dominicos. Está convencido de que, sirviendo a la Iglesia, Stefano podrá prestar al mismo tiempo grandes servicios a su familia y contribuirá a que ésta recupere el rango que tiempo atrás tuvo en la sociedad florentina.

Pero Stefano no está nada seguro de tener vocación religiosa, y cree que sin vocación no se debe profesar. Su padre, en cambio, piensa que si se ingresa en el convento en la adolescencia o en la infancia, la vocación llega como una bendición divina. Una vocación auténtica, no impuesta; un don del Espíritu Santo.

A Claudia eso le resulta muy difícil de entender. Ni a su padre ni a su madre les ha pasado jamás por la imaginación la idea de meterla monja. Pero si se lo hubieran propuesto, ella se habría defendido con todas sus fuerzas. Todavía, si esa rarísima idea, encerrarse para toda la vida, renunciar a los placeres, saliese de una misma... Pero, como en el caso de Stefano, porque le parezca bien a su padre, hacerse fraile...

Stefano intenta explicarle a Claudia que los dominicos no son frailes, sino clérigos, pero eso confunde aún más a Claudia. Ella lo que quiere decir, sin más complicaciones, es que si sus padres un día le dicen que se meta monja, se escapa de casa. ¿Que adónde iría? Pues ya vería, a los caminos, a donde fuera, todo menos encerrarse con otras cuantas monjas. Aún, que la metan a una en la cárcel por haber hecho algo malo, lo comprende; pero encerrarse por gusto, no le entra en la cabeza. Y si es por gusto de otros, aunque sean los padres, mucho menos.

Aunque Stefano no esté seguro de sentir vocación ni de que se la pueda enviar el Espíritu Santo si ingresa en el convento de Santo Marco, intenta explicarle a Claudia lo que es la vocación religiosa. Pero ¿cómo hacerlo, si él mismo no lo sabe? Se lo explicarán si va al convento; si no va, no lo sabrá nunca. Reconoce que tiene una gran confusión mental. Pero de algo está seguro: debe obediencia a su padre.

Vittorino, el criado, como otro padre para Stefano, fue quien le contó que su madre murió al traerle al mundo. ¿Yo la maté?, preguntó aterrorizado el niño. De ninguna manera quería decir eso el bueno de Vittorino, sino, simplemente, que el señor Adriano sufrió muchísimo, y no por eso dejó de querer a su hijo, a Stefano, que, desde que lo supo, desde que alcanzó a comprenderlo, se prometió no causar nunca más dolor a su padre.

Ese sentimiento trágico de Stefano le resulta muy comprensible a Claudia, y también comprende que pueda aumentar el amor filial, pero si le hubiera ocurrido a ella... Deja por unos instantes de rebatir los argumentos de su amigo. Se encierra en

sí misma. Piensa. Si aquello le hubiera ocurrido a ella... Sí, habría sentido una pena infinita por su padre, quizás incluso le habría querido más de lo que le quiere. Es posible que se hubiera sentido culpable. Pero de eso a meterse monja... No, eso nunca. No le entra en la cabeza.

Intenta el ignorante Stefano —ignorante por falta de experiencia, por exceso de juventud— convencerse a sí mismo de que en su interior no tiene lugar un combate entre dos deseos, el de obedecer ciegamente a su padre, prescindiendo de la propia voluntad, y el deseo carnal de Claudia. De este último se niega a reconocer la existencia.

Cree que ignorándolo evitará que crezca, se desarrolle y se convierta en encarnizado enemigo del otro deseo, y quizás en enemigo victorioso.

En ausencia de Claudia, su imagen recordada le persigue, se le aparece a cada instante, casi de una manera continuada, son fugaces los momentos en que no la tiene ante sí. En su presencia procura no deleitarse mirándola. Pero teme que ella perciba este deleite. La fresca y límpida sonrisa de la niña Claudia poco a poco se había ido convirtiendo en maliciosa sin que la malicia le restase encanto, al contrario. Y en esa maliciosa sonrisa advierte Stefano que Claudia le dice sin rubor: estás gozando mirándome, te gusta verme, mirarme; y al mismo tiempo me dices que te vas a meter fraile, pobrecito amigo mío, cómo debes de estar sufriendo. ¿De verdad es ese el mensaje que Claudia le envía con su sonrisa?

No se muerde la lengua para decirle lo que piensa: debe sobreponerse a su cobardía, que otra cosa no es, debe darle a entender a su padre con buenas palabras, evitando enfrentamientos desagradables, pero con firmeza, que no tiene vocación religiosa, que no cree que la vocación le llegue por encerrarse en el convento, que no desea profesar. Y si su padre se obstina en que se meta fraile, debe escaparse de casa. No será el primer joven de Florencia que se lance a la aventura.

A Stefano eso le parece un disparate, un absurdo. Nunca ha pasado por su imaginación hacer algo así. Causaría a su padre un enorme dolor y él quedaría marcado para siempre por el estigma del mal.

Y por fin el inexorable paso del tiempo trae el día que los dos, sin comunicárselo, creyeron que no llegaría nunca. Al terminar este verano, Stefano Maffei ingresará como escolar en el seminario conventual de Santo Marco de la Orden de Predicadores, los dominicos.

Claudia ha defendido su posición con denuedo. Stefano ha estado más pasivo y en algún momento ha llegado a creer que con esa pasividad hacía concebir esperanzas a Claudia, y se lo ha reprochado a sí mismo. No ha tenido valor para decirle a Claudia que su decisión estaba tomada. No se le oculta que entre él y la hija de los molineros hay algo más que amistad, aunque se niega a aceptarlo para que su batalla interior no sea tan cruenta.

Claudia le ha dado la razón en cuanto a que escaparse de casa habría sido absurdo. Pero conserva una última esperanza: que Stefano adelante su edad de hombre y le diga a su padre que se niega a ingresar en el convento. Sufrirá el anciano Maffei, pero no tanto como si su hijo se hubiera escapado.

Stefano acude a despedirse y Claudia le espera en la explanada del molino, junto al riachuelo. Llega el muchacho, y antes de hablar, antes de mirar a Claudia a los ojos, se queda un tiempo viendo cómo el agua golpea las palas de la rueda, cómo la rueda gira y gira. Es ella la primera que habla, le pregunta en voz baja.

Stefano, aunque no tenga a su hermano mayor por confidente, ha hablado con él, le ha expuesto sus dudas. Adriano ha sido lacónico y brusco, no por despego, sino porque ese es su temperamento. Le ha aconsejado que no se caliente la cabeza, que no sufra, que le diga a su padre que no quiere ser fraile y sanseacabó. Stefano ve una súbita luz en los ojos de Claudia, que, esperanzada, vuelve a preguntar. Como si una parte del ánimo de Adriano se le hubiera contagiado, Stefano ha afrontado la presencia de su padre, que le ha abrazado, conmovido y tembloroso, y le ha besado en la frente.

El calor húmedo de ese beso palpitante le ha llegado a Stefano a lo más hondo. Como si se despeñara en un torrente, su memoria le ha llevado a recorrer todo el tiempo vivido hasta ese momento. Le ha llevado incluso más allá de sus recuerdos, y de los recuerdos de recuerdos, a su nacimiento, a la muerte de su madre, a los sufrimientos de su padre. Y no ha seguido el consejo de su hermano. Ni el deseo de Claudia. Ni quizás su propio deseo. Ha aceptado ingresar en el convento de Santo Marco, en la Orden de Predicadores, los dominicos. Para concluir su confesión ha apartado la mirada de Claudia, la ha llevado a la rueda del molino. Ahora vuelve a mirarla a ella y ve sus ojos húmedos, los labios entreabiertos como para hablar, pero sin pronunciar una palabra, la lágrima que rueda por la mejilla. Stefano le coge una mano, que tiembla como la de él. Echan a andar los dos, así, levemente enlazados, hasta el borde de la explanada, el bosquecillo, donde ya no estarán a la vista de la gente del molino. Allí Stefano, no con suavidad y ternura, sino con una brusquedad que ni él mismo esperaba, estrecha contra su cuerpo el trémulo cuerpo de Claudia. Acercan los dos sus caras. En su boca entreabierta siente Stefano el aliento de ella. Y muy despacio, muy despacio, unen sus labios en un beso fugaz. En seguida ella se deja caer lentamente al suelo, y él se arrodilla frente a ella, junto a ella. Sin pronunciar una palabra los dos han comprendido lo mismo, que deben besarse de nuevo, y así lo hacen arrodillados uno junto al otro en un beso tierno, suave, pero prolongado. Cuando separan sus bocas, Stefano retira la mano que tenía en la espalda de Claudia, y la que tenía en la cálida cintura. Ordena a su mirada que se aparte de los azules, empañados ojos de Claudia, que no recorran la tersa mejilla ni el delgado y armonioso cuello. La mirada se resiste, pero Stefano consigue al fin llevarla fuera del cuerpo de Claudia, a la áspera tierra del bosquecillo. Y Stefano dice con titubeante voz, que delata las contradicciones y desentonos de la adolescencia:

—Claudia, esto ya no volveremos a hacerlo. Nunca.

Ante la sorpresa y la incomprensión de Stefano, los brazos de Claudia se aflojan, sus párpados se cierran muy despacio y la muchacha, sin sentido, cae blandamente sobre la tierra.

VI

LOS PODEROSOS PAZZI Y LOS PODEROSÍSIMOS MÉDICIS

La familia Médicis era la más importante de Florencia; su casa imperaba en la ciudad de la cruz y el lirio dorado. Años atrás, a comienzos del siglo, que ya se acercaba a su final, los Strozzi eran los banqueros más ricos de Florencia; pero comenzaron a ascender los Médicis, originarios de Mugello, que se habían instalado en Florencia en el siglo XII, y por su talento natural, aplicable especialmente a los negocios —en sus comienzos fueron cambistas—, acumularon poco a poco una muy considerable fortuna.

Con ellos estaban destinados a competir otros grandes banqueros: los Pazzi. La peste que tiempo atrás, en el nefasto año de 1376, asoló el país, originó una fuerte depresión económica, que a su vez fue causa de revueltas y motines entre las clases bajas, especialmente los obreros de la lana, más numerosos y mejor organizados que los de la seda y los de las artes mayores.

Un banquero aún no muy prestigioso ni acreditado, pero que ya disponía de fortuna muy respetable, en los tumultos de los obreros contra los oligarcas que detentaban el poder optó por ponerse del lado de los revoltosos. Se llamaba el tal Silvestro de Médicis, y transmitió a sus sucesores la reputación, que había de durarles muchos años, de protectores del pueblo.

Aquella gran insurrección de trabajadores, la primera que tuvo lugar en Europa, muy pronto fue utilizada por las artes menores en provecho suyo; pero algunos años después los oligarcas de las artes mayores, entre los que se encontraba la familia Pazzi, adversaria de los Médicis desde los tiempos de las guerras entre güelfos y gibelinos, recobraron la hegemonía y la conservaron durante algún tiempo. Hicieron desterrar y decapitar a algunos partidarios, secuaces y familiares de los Médicis, que eran también sus competidores en los negocios.

Pero los Médicis habían alcanzado el prestigio de benefactores de la clase baja. La reiterada lucha entre oligarcas y populares, dos enemigos igualmente debilitados, se resolvió con el triunfo de una facción que se revelaba como más fuerte que las

otras dos, la de una de las más ricas familias de mercaderes florentinos, que había de convertirse, en cuanto a la banca, en la más poderosa de Italia: los Médicis. Giovanni de Médicis, el verdadero fundador de la dinastía, fue elegido árbitro, y su hijo Cósimo regresó del exilio aclamado por el pueblo.

Todas las grandes familias capitalistas combinaban negocios de diverso tipo: banca, comercio, producción de lanas o sedas... En cada una de las filiales de los Médicis primaba una de sus actividades. Se dedicaba en primer lugar la casa de Florencia a operaciones de banca y al comercio; la de Inglaterra, a la exportación de telas; la de Brujas, sobre todo al comercio de las especias... También se dedicaban, todas ellas, a la compra de tierras en gran escala.

No se contaban los Médicis entre las familias selectas de la lana, que habían recuperado el poder tras la reacción oligárquica, pero maniobraron con habilidad entre los distintos partidos sin comprometerse con ninguno de ellos, y lograron a la par aumentar su prestigio entre las clases bajas por medio de la concesión de créditos sobre el trabajo. Tras la reacción oligárquica se habían aliado con los gremios menores de manera no ostensible, pero únicamente se unieron con la oposición democrática cuando estaba claro su ascenso, y así, Silvestro de Médicis, había podido beneficiarse con el triunfo de los obreros de la lana. Aquellos mercaderes, poco antes nuevos ricos, habían llegado a convertirse en familia poderosa.

La cautela con que se desarrollaron en el juego político les había evitado seguir la suerte de los Alberti y otros más, que se colocaron abiertamente junto a los gremios menores y fueron derrotados con ellos. Giovanni de Médicis, ya el hombre más rico de Florencia después de Palla Strozzi, hizo fructíferos negocios como banquero del papa Juan XXII. Después de la deposición de este papa de tan poco grato recuerdo, pasó a ser banquero de su sucesor, Martín V. Su hijo Cosme, al heredarle, prosiguió con los negocios y la política de su padre.

En su incesante batallar, los comerciantes oligárquicos de la lana —los Strozzi, los Pazzi...— consiguieron derrotar a Cosme de Médicis, pero su marcha y el cierre de su banca, que trasladó a Venecia, arruinaron la economía de Florencia. Llamado por sus conciudadanos, retornó vencedor al cabo de un año, derrotó a los oligarcas y gobernó la ciudad apoyado en sus amigos y colegas más fieles. Manejando hábilmente el sistema de impuestos, arruinó a los competidores que se negaron a llegar a un acuerdo con él. Aunque el auge de los Médicis se había iniciado con la asociación del padre de Cosme, Giovanni, con la curia, su esplendor se hizo patente cuando comenzó la decadencia de las demás familias principales, porque el dinero tendía a concentrarse en unas pocas casas lo bastante firmes para superar las crisis, a la par que las utilizaban para eliminar competidores.

Artistas, sabios y humanistas no conseguirían equipararse a las personas de alcurnia hasta que Cosme de Médicis comenzó a invitarlos a residir en su villa Careggi o en su palacio de Florencia. El mismo trato mantenía con ellos Lorenzo y les confiaba la misión de difundir por toda la península la cultura y el arte de Florencia. A veces eran sus embajadores oficiales.

En una ciudad como Florencia, cuyos habitantes estaban siempre dispuestos a echarse a la calle en favor o en contra de unos o de otros, los Médicis lograban mantener el equilibrio. Intentaban calmar las inquinas y, en primer lugar, las rivalidades, por medio de enlaces matrimoniales. Cosme casó con una Bardi, y arregló el matrimonio de su nieta Bianca con Guglielmo de Pazzi. Piero hizo que su cuñado Giovanni Tornabuoni se casara con la hija de Luca Pitti, que había intentado asesinarle; Lorenzo casó a su sobrino Lorenzo Tornabuoni con Giovanna de los Albizzi, familia que, además de hacer desterrar a varios Médicis, había intentado envenenar a Cosme el viejo.

Las tintorerías de Florencia habían alcanzado gran maestría en los trabajos del teñido de la lana. Tenía su fundamento este arte en un mineral, el alumbre, que permitía fijar el color sobre el tejido. El mundo occidental, por medio de Génova, que tenía la exclusiva de su venta, lo importaba de Focea, pero el predominio de los turcos en aquella zona impulsó a los pañeros a buscar nuevos yacimientos y los hallaron en Tolfa, cerca de Roma.

Lograron los Médicis durante un tiempo adueñarse de esta explotación, pero la concesión de este privilegio por el papa Sixto IV a la familia de los Pazzi fue entendida como una agresión por Lorenzo el Magnífico, que inmediatamente tomó venganza expoliando a un miembro de la familia Pazzi de una herencia dudosa.

A la muerte de Felipe de Médicis, arzobispo de Pisa, el papa, contra la voluntad de la Señoría de Florencia, invistió de aquel arzobispado a Francesco Salviati, enemigo de la familia Médicis. Al no prestarse la Señoría a darle posesión, se siguieron entre el papa y la familia Médicis, a causa de este enfrentamiento, nuevas ofensas. Además, Sixto IV hacía a la familia de los Pazzi grandes favores y perjudicaba a los Médicis.

Lorenzo de Médicis, el Magnífico, rebosante de ardorosa juventud y de potencia, ansiaba intervenir en todo y que los demás aceptasen su opinión; o lo que era igual, su deseo.

Al no poder la familia Pazzi, de tan cuantiosa fortuna y tan probada nobleza, soportar las injurias reiteradas, los menosprecios y las que, desde su apreciación, eran notorias injusticias que iban en detrimento no sólo de su honor, de su fama, sino de su hacienda, los hermanos Iacopo y Francesco de Pazzi empezaron a pensar en la posible venganza.

Por el mismo tiempo, había decidido el papa fundar en la Romaña un estado

independiente que pasara a ser dominio de su sobrino (para las personas malpensadas, hijo) el cardenal Riario, decisión a la que se opusieron Lorenzo el Magnífico y su hermano Giuliano. En vista de lo cual, los Pazzi, apoyados por Sixto IV, decidieron obrar en consecuencia.

VII

LOS HERMANOS PAZZI Y EL MENSAJERO

Iacopo y Francesco de Pazzi esperaban en la sala noble de su palacio, desde una de cuyas ventanas, un poco al sesgo, se dominaba un ángulo de Vía Larga, donde se alzaba el palacio Médicis. Hacia aquella ventana se dirigió, inquieto, el hermano mayor, Iacopo, el que, según algunos, no era, como su hermano menor, un traidor depravado, sino, simplemente, un cobarde pelele.

—Por favor, Iacopo, vuelve a sentarte, no te impacientes, que me estás poniendo nervioso también a mí con tus paseos. Deja ya de mirar por la ventana, siéntate y aguarda con tranquilidad a que llegue Bernardo Bandini.

—Él traerá la noticia —dijo Iacopo.

—Sí, él. Anda, ven, siéntate.

Iacopo de Pazzi obedeció a su hermano menor y volvió a su asiento.

—No comprendo cómo puedes tener esa calma —dijo Iacopo, a quien le excitaba aún más la serenidad de su hermano.

—Porque estoy seguro de que todo saldrá bien.

—Acuérdate de los Malfatti, de los Lavelli —replicó Iacopo, sombrío, inclinándose hacia Francesco.

—No somos tan estúpidos como el viejo Lavelli.

—¿Crees que no? A veces estas situaciones graves le vuelven a uno estúpido y le dejan sin la frialdad necesaria para darse cuenta de ello.

—¿Estás arrepentido?

—No digo eso.

—Aunque fuésemos estúpidos nosotros, no lo es el cardenal Riario. El plan que ha trazado es perfecto.

—No lo dudo, Francesco. Pero en estas circunstancias, en este momento, es natural que no esté tranquilo.

—Ayer lo estabas. O disimulabas mejor.

—No disimulaba. Pero ayer era otra cosa. La noche tampoco la he pasado mal, aunque por un momento pensé que no iba a poder dormir. Pero en cuanto ha sonado la hora del banquete...

—Confía en Riario, confía en Montesecco. Son hombres de experiencia.

Iacopo tardó algo en hablar. Repasaba interiormente los detalles del plan.

—No es que tenga ninguna duda sobre el plan, no es eso. Lo he aprobado después de pensarlo y discutirlo. Yo mismo os he convocado uno por uno a todos vosotros.

—Y a todos nos pareció bien. Había que hacerlo.

—Sí, un día u otro había que hacerlo. Pero no a todos nos pareció bien.

—Tú dijiste...

—Guglielmo se negó.

—¿Y vas tú a contagiarte ahora del miedo de Guglielmo? —preguntó con energía, con ostensible desprecio hacia su hermano, Francesco de Pazzi—. Él siempre lo ha tenido.

—No es un cobarde.

—Siempre ha sido pusilánime, un frío.

Iacopo de Pazzi no era tan intransigente con los demás como su hermano Francesco. Si Guglielmo de Pazzi se comportaba así, con excesiva prudencia, quizás lo hiciera por Bianca, su esposa, una Médicis. Y en ese caso sería que temía, que veía el peligro tal vez con más claridad que su padre y su tío.

Pero Francesco era más malévolo. Según él, Guglielmo no era cobarde ni enamorado, ni lo uno ni lo otro, no había que darle más vueltas: era un calculador. Él pertenecía a las dos familias; no era, como Iacopo y Francesco, simplemente un Pazzi. Si se hundían los Médicis, podía ser un Pazzi; pero si se hundían los Pazzi era un Médicis. Por lo tanto, ¿para qué iba a complicarse?

—Sí, sus razones son justas —aceptó Iacopo—. Como las nuestras. Porque nosotros tenemos una sola familia.

Iacopo se había levantado y volvía a sus paseos nerviosos hacia la ventana.

—Dentro de pocos años seríamos los parientes pobres de los Médicis —dijo Francesco—. Y adiós a la banca Pazzi.

No había nada en el ambiente que delatase la sombra de una sospecha por parte de los Médicis. La ciudad se había despertado como cualquier otro sábado. La gente estaba informada de la visita del cardenal Riario y aguardaba impaciente en Vía Larga para ver pasar el cortejo. Su Eminencia fue recibido con afecto y cordialidad y se intercambiaron los presentes. La sonrisa iluminaba el rostro de Lorenzo. *Es la primera vez que veo al Magnífico y siento que se me oprime el corazón. No al conocer su rostro, sino al ver su sonrisa. Qué frágil es siempre el porvenir del hombre y cómo parece un niño cuando su destino está en manos de los demás.* Tras la mesa presidencial del banquete lucían dos grandes reposteros colgados para la ocasión, uno con las cinco bolas del escudo de los Médicis y otro con la cruz y el lirio dorado, las armas de Florencia. El cortejo del cardenal llenaba el palacio, pero Florencia estaba desde hacía tiempo habituada a estos acontecimientos, y ya había

presenciado otros con más derroche.

Mas Lorenzo de Médicis, antes de empezar el banquete, le dio a Su Eminencia el cardenal Riario la información que trastornó todo: su hermano Giuliano no podía asistir al almuerzo ni a la fiesta que se celebraría a continuación. Había tenido aquella misma mañana un accidente de caza. Estaba en cama, por prescripción del médico, con fiebre muy alta.

El cardenal Riario se acercó a uno de los religiosos de su séquito, el joven dominico Stefano Maffei, y habló con él unas cuantas palabras con aire indiferente, como si comentase el lujoso adorno de las mesas o cualquier trivialidad semejante.

A los pocos minutos, Stefano salía del palacio y recorría con paso veloz la Vía Larga en dirección a la Vía del Proconsolo, en la que se hallaba el palacio de los Pazzi.

Quizás Dios ha escuchado mis secretas oraciones y evitado esta efusión de sangre. Sé que me debo al cardenal Riario, no sólo por voluntad de mi padre, sino por lo mucho que ha hecho por mí, y he superado mis escrúpulos de conciencia, pero no es la justificación del acto lo que ahora me atormenta, sino el temor a que llegado el momento no hubiera podido soportar la visión de la sangre brotando de los cuellos de los Médicis, empapando los manteles, ni evitar el desmayo. Pero no debo perderme ahora en estas divagaciones, sino esforzarme en recordar las palabras que he de transmitir a los hermanos Pazzi.

En su punto de observación de la ventana, Iacopo de Pazzi no pudo evitar un estremecimiento.

—Aquel que llega desde Vía Larga parece el padre Maffei. Juraría que viene hacia aquí.

Francesco se levantó rápidamente y fue a la ventana.

—¿No te equivocas? Es imposible que haya sucedido ya.

—No me equivoco. Es el padre Maffei.

—Sí, y se dirige hacia aquí.

—Algo ha fallado, Francesco. Algo no ha salido bien. En este momento no puede haber finalizado el banquete. Quizás no haya ni empezado.

Se apartó bruscamente de la ventana. Pero no fue a sentarse, sino que dio unos pasos inciertos, sin dirección concreta. Se retorció las manos.

—Cálmate, Iacopo. Ya no se ve al padre Maffei. Ha debido de entrar en el palacio —se separó también de la ventana—. Ahora es más importante estar sereno que acertar una adivinanza.

—Si es preciso huir...

—Digo que no adivines nada, Iacopo —pidió con resignación Francesco.

—... dirígete a la casa de Prato, el boticario.

—¿Qué dices? —Francesco quería simular que la idea de huir le parecía

descabellada.

—Antonio de Prato, ya sabes de quién te hablo.

—Sí, sí, lo recuerdo muy bien, en eso quedamos. Pero espera a que llegue Maffei, aplaza un poco tus oráculos.

—Prato nos lo debe todo. Nos ayudará.

—Pero... tú no le habrás contado nada.

—¿Crees que soy un imbécil? —preguntó, irritado, Iacopo—. ¿Que he olvidado nuestro juramento? Pero hemos de estar prevenidos frente a cualquier eventualidad, y tengo mis razones para fiar de ese hombre. Nos lo debe todo.

Le interrumpió la llegada del padre Maffei, sofocado por la carrera y por la tensión de los acontecimientos.

—Venid, padre Maffei, y contadnos. ¿Qué ha sucedido?

—Os traigo un mensaje del cardenal Riario. Ante todo, que no os alarméis. No hay motivo para ello.

—Sentaos, padre. Habéis venido muy deprisa —dijo Francesco.

—No estoy fatigado.

Iacopo se precipitó hacia él, casi le arrastró y le obligó a sentarse en una jamuga.

—Os hemos visto desde la ventana. Ahí empezó la alarma de mi hermano.

—¿Qué significa vuestra presencia aquí? —preguntó Iacopo—. Habéis abandonado el banquete, ¿no es cierto?

—El cardenal Riario me envía a daros noticias porque piensa que debéis estar informados. Dentro de poco habríais aguardado el griterío, las campanas... Y habríais aguardado en vano, pues no sucederá nada.

—Comprended nuestra impaciencia y explicaos de una vez —pidió Iacopo.

—El cardenal Riario desea que no toméis ninguna decisión por vuestra cuenta, pero también quiere obrar de acuerdo con vos. Por eso demanda vuestra opinión sobre los últimos, inesperados acontecimientos.

—No los conozco —dijo Iacopo.

—No ha podido hacerse nada. Montesecco no ha tenido ocasión de realizar el plan.

—Aún es pronto —opinó Iacopo.

—Calculábamos que quizás no hubiese empezado todavía la fiesta.

—Así es. Pero, de cualquier modo, hoy, aunque todo estaba muy bien dispuesto, no se podrá actuar.

El dominico les puso en antecedentes de lo que había ocurrido, el accidente de caza de Giuliano de Médicis, su ausencia del banquete y la imposibilidad, por lo tanto, de eliminar a los dos hermanos Médicis al mismo tiempo.

Quisieron los Pazzi saber qué pensaba de eso el cardenal Riario, si no le parecía sospechoso aquel accidente tan inoportuno, o tan oportuno.

Pero Riario, según les transmitió el padre Maffei, pensaba simplemente eso: que Giuliano no podía asistir porque había sufrido un accidente de caza y estaba enfermo,

en el lecho. ¿Deseaban los Pazzi que él, Maffei, trasladase algunos temores al cardenal?

El primero en responder, aunque dudosamente, fue Iacopo.

—Yo no sé... Pero, en fin, podría pensarse que todo fuera una precaución de Lorenzo porque conoce o sospecha la conjura.

—El cardenal insistió desde el principio —añadió Francesco—, obstinadamente, en que era necesario deshacerse a un tiempo de los dos hermanos. Ese ha sido siempre su punto de vista.

Al dominico le constaba que Riario seguía opinando lo mismo. Pero no había motivo para intranquilizarse, nadie sospechaba nada, nadie sabía nada. Guglielmo de Pazzi, el hijo de Iacopo, el único que podía haber hablado, no lo había hecho.

—Los vuestros están en sus casas y aguardan la noticia. Rocalta se acerca a la ciudad con sus tropas, pero los Médicis, ni saben ni sospechan. Agradecen la visita de Su Eminencia; la ven como una mano que les tiende Sixto IV.

El propio pueblo de Florencia no sabe que dentro de poco se lanzará a la calle al grito de ¡libertad! Pero permitidme que os comunique las conclusiones a que ha llegado el cardenal.

—Las aguardo impaciente —dijo Iacopo.

—La indisposición de Giuliano de Médicis impide que hoy se haga nada.

—Sí, y todos estamos acordes en que deben desaparecer los dos a un tiempo.

—¿El accidente ha sido grave? —preguntó Francesco.

—Parece que no. Según Su Eminencia puede trastocarse el plan en dos sentidos. Uno, eliminar hoy, durante el banquete, al menos a Lorenzo, y quizás intentar llegar después hasta la habitación de su hermano Giuliano.

—Eso resultaría imposible —dijo Iacopo—. Los adictos de Lorenzo lo serían de su hermano al momento y lo impedirían.

—Los partidarios de los Médicis lo son tanto del uno como del otro —añadió Francesco.

—Así opina Su Eminencia. Y si Montesecco no llega hasta el propio lecho de Giuliano, lo cual, como decís, es imposible, mañana, esta tarde, ahora mismo, en cuanto cundiese la noticia, las turbas estarían invadiendo vuestros palacios.

—Las represalias serían lastimosas para todos —dijo Iacopo—. No se puede poner en peligro la vida de nadie, por una ligereza.

—Ni a la Iglesia de Roma —concluyó el dominico.

—Las razones del cardenal son las nuestras —corroboró Iacopo—. Hoy no puede hacerse. Pero habéis dicho que el plan puede trastocarse en dos sentidos.

—El segundo parece más indicado. Como las tropas de Rocalta están llegando a la ciudad y mañana estarán en Florencia, de no hacerse hoy habría que hacerlo mañana.

El cardenal me envía, como mensajero, a solicitar vuestro consejo.

Cruzaron una mirada los dos hermanos.

—¿Y qué consejo voy a darle? —preguntó el mayor, Iacopo—. ¿Cómo vamos a hacerlo mañana? ¿Qué ocasión tenemos? Vos, padre, ¿qué pensáis?

Que le dirigieran tal pregunta asombró a Stefano.

—¿Yo? Yo en esto no soy ni consejero. Modestamente, os traigo la voz del cardenal. Pero no tengo pensamiento ni opinión. Es esta una ocasión demasiado alta para mis merecimientos. Como os digo, no soy más que un mensajero.

Iacopo, impaciente, irritado, se separó de los otros dos y volvió a sus paseos nerviosos.

—Entiendo bien. Sois un hombre de la Iglesia, humilde, ¡al servicio siempre de más altos intereses!

—Calma, Iacopo —a Francesco le alarmaba la intemperancia de su hermano.

Pero el hermano no le escuchó.

—¡En fin, que, como muchos de vuestros colegas, cuando llegan los momentos decisivos preferís no aclarar nada, mantener la boca cerrada!

—No os irritéis conmigo, señor. No soy más que un mensajero. Sólo puedo deciros, si esto os sirve de orientación, que cuando vine hacia acá monseñor Riario conversaba con Lorenzo después de haber visitado las galerías de las estatuas.

—¿A qué viene eso ahora? ¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que quizás vuelvan mañana al palacio; con su séquito, naturalmente.

Iacopo suspendió su agitado paseo y, sin calmarse, preguntó al mensajero:

—¿Vos creéis?

—Es posible.

—Tendríamos una nueva oportunidad.

—Se lamentaba Su Eminencia de no ser suficiente un solo día para admirar las colecciones de Lorenzo. Como sabéis, también el cardenal es un gran amante de las artes. La colección de vasos griegos de su palacio despierta la admiración de cuantos la visitan. No sería sorprendente que Lorenzo invitase de nuevo por la mañana al cardenal.

Y si Giuliano, como es de suponer, está repuesto, saldría a hacer los honores.

—Esperémoslo.

—Y creedme, señor de Pazzi, nada más puedo deciros. Disculpadme ahora. Autorizadme a que me retire y dadme pronto vuestra respuesta. Su Eminencia me rogó que regresase cuanto antes al banquete.

Iacopo consultó con la mirada a Francesco.

—Decidle que lo que él disponga está por nosotros aceptado.

—Agradecerá vuestra decisión, señor.

VIII

LA VOZ QUE LLEGA DE ROMA

Concluido el banquete, con sus doce platos, desde el queso con anchoas para abrir boca hasta el pastel de codornices y el jabalí, pasando por las ostras hervidas, para rematar con el helado de nata, Bianca de Médicis y su marido, Guglielmo de Pazzi, fueron a visitar al joven Giuliano, que yacía en el lecho, pero sin ningún aspecto de enfermo, vivaz como siempre, iluminado su bello rostro por la sonrisa que encandilaba a las florentinas.

—¿Te encuentras mejor, te ha hecho efecto la cura? —le preguntó su cuñado, Guglielmo de Pazzi.

—Me encuentro como nuevo —respondió Giuliano, quizás exagerando un tanto.

—¿Estás con ánimos para charlar un poco?

—Sí, ¿no lo veis?

—Parece que el cardenal Riario quiere subir a visitarte —dijo Guglielmo, con cierta prevención ante la posible respuesta intemperante del doliente.

—Puedo charlar, aunque sea con Riario.

Pero en realidad, Guglielmo había respondido a la ligera, sin pensarlo, pues no prestaba demasiada atención a las palabras de su cuñado; tenía la mirada puesta en su hermana Bianca, y dijo, divertido, refiriéndose a ella:

—¿Sabes lo que me ocurre? Que no la conozco, Guglielmo, no la conozco. Cuando la veo, sí, sé que es Bianca.

—Tu hermana Bianca —agregó ella.

—Eso es, mi hermana —corroboró Giuliano, y siguió dirigiéndose a Guglielmo —: Mi hermana que ahora es algo más, y a mí me parece que la veo por primera vez.

Preguntó Guglielmo, no muy interesado, sino por seguir la conversación:

—¿Por qué crees que te sucede eso?

—Quizás porque ya no entiendo el lenguaje de su mirada. Antes, cuando sólo era mi hermana, cuando nos veíamos a diario, me enviaba mensajes por encima del hombro de nuestro padre, sin que él los percibiera, y yo los descifraba al instante, al punto los entendía. Pero ahora habla otro idioma, indescifrable para mí. El tuyo, ¿no es verdad, Guglielmo?

Siguiendo la mirada de Giuliano, Guglielmo se volvió hacia su mujer.

—¿Querías decirle algo por encima de mi hombro? —le preguntó sonriente, como dispuesto a entrar en el juego.

—¿Yo? No le hagas caso. Le miraba con pena, sólo con pena.

—¿Por qué? —preguntó Guglielmo.

—Sé lo que es para él perder un festejo como éste.

—¿Esa mirada tuya de antes, la del momento en que entrasteis aquí, quería decir «qué pena»? —preguntó, esforzándose en que se advirtiera su incredulidad, Giuliano—. No sé, no sé... En nuestro lenguaje de antes yo habría leído «qué miedo». ¿Te habla también a ti de esa manera, Guglielmo? ¿Con unas lucecitas que enciende y apaga alrededor de sus pupilas? ¿Te envía así mensajes cifrados por encima de los hombros de los demás?

Se volvió Guglielmo a mirar a Bianca, interrogante.

—Sí —respondió Bianca, y se anticipó a cualquier pregunta de su marido—, pero siempre le digo lo mismo.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —exclamó, burlesco, Giuliano—. Me lo imagino sin necesidad de conocer ningún código secreto: ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo! Pero eso no es lenguaje cifrado, no tiene ninguna clave. Lo entiende todo el mundo, desde los niños hasta los ancianos, yo creo que hasta los animales. ¿Quién se ama más en Florencia? Y las piedras de Florencia responden a coro: «¡Guglielmo y Bianca! ¡Bianca y Guglielmo!» No, eso no sirve. Lo bueno de los mensajes es que haya alguien que no los entienda.

—Me alegra muchísimo encontrarte tan animado y tan ingenioso como siempre, Giuliano —dijo Guglielmo, al parecer con absoluta sinceridad—. Temí que las consecuencias de tu accidente pudieran ser más graves.

—¡Bah! Si no ha sido nada, querido cuñado, de verdad, nada. Una simple caída. Pero Lorenzo se obstinó en que me quedase en cama; amor fraterno, ¿comprendéis? —cambiaba la mirada del uno a la otra, y la detuvo en su hermana—. Pero no me mires con miedo, Bianca. Mañana habrá pasado todo.

—No te miro con miedo.

—Ni con pena, por mucho que pienses que me gustan las fiestas. Lorenzo la repetirá si yo se lo pido. Guglielmo apartó la mirada de los dos. Habló como si se consultase a sí mismo.

—No creo que invite dos veces seguidas al cardenal.

—No, tienes razón. Por cuestiones de política. Para él la política es lo primero.

—Pero no descuida lo demás.

—Desde luego que no. Es un hombre de nuestro tiempo.

—Es capaz de perderse una buena fiesta por la prosperidad de Florencia.

—O por la de la familia Médicis, que viene a ser lo mismo —corrigió, no sin cierta ironía, Giuliano.

Detuvo la mirada fijamente en su cuñado.

—¡Eh, tú, Guglielmo, míranos! Cuando mi hermana Bianca dejaba de enviarme mensajes con las lucecitas de sus ojos, también me estaba diciendo algo. Y también lo decía cuando se encerraba en el silencio y no contestaba a mis preguntas.

Unos instantes estuvo sin apartar la mirada de Guglielmo, y sin decir nada:

—El silencio habla, Guglielmo.

Pero Guglielmo de Pazzi prefirió dar por terminada la conversación.

—A pesar de tu buen aspecto, creo que debes de tener algo de fiebre, Giuliano. Procura reposar.

Bianca de Médicis se acercó más a su hermano para hablarle en voz baja, con ternura.

—Sí, quédate tranquilo.

Se estrecharon las manos. ¿Pensó Giuliano que también ahora Bianca le hablaba con un lenguaje cifrado? Llevó la mirada de Bianca a Guglielmo y volvió a mirarla a ella.

—Creí que sólo eras tú quien me hablaba así —dijo quedamente—. Y todos lo hacen en Florencia. Pero la verdad es que casi siempre dicen lo mismo: «¡Cuidado, Giuliano! ¡Cuidado, Lorenzo! ¡Cuidado, los Médicis!»

Cayó sobre la cámara un espeso silencio.

Giuliano de Médicis prosiguió en el mismo tono:

—«¡Cuidado, los Pazzi! ¡Cuidado, Guglielmo!»

Alzó Guglielmo los ojos hacia su cuñado, que dejó que los otros dos pudieran sentir el peso del silencio y luego señaló los ojos de Guglielmo.

—Vamos, descíframelo —le dijo a su hermana—. ¿Qué quiere decir ahora?

Bianca siguió el juego y miró a los ojos a Guglielmo.

—No sé...

—Cuidado, Giuliano.

Era Guglielmo quien había hablado.

—¡Bah, si es eso, buena pérdida de tiempo! Yo siempre tengo unos ojos dentro que me están diciendo: «Cuidado.»

Bianca seguía mirando a Guglielmo.

—Ahora él es mi hermano, pero a veces no entiendo sus signos.

Tomó entre las suyas una mano de su marido.

—Me mira como tú de niño, Giuliano, por encima de los hombros de todos, pero yo no le entiendo. Le miro al fondo de los ojos, avanzo por ellos a tientas como en una larga cueva y me pierdo sin encontrar nada.

Se volvió hacia Giuliano.

—¿Sabes cuándo no le entiendo?

—¿Cuándo?

—Cuando él no quiere.

Giuliano soltó una carcajada.

—¡Pues ya le has entendido!

En ese momento un criado anunció que el cardenal Riario había entrado en el palacio.

Con el cardenal Girolamo Riario subían por la amplia escalinata de mármol hacia la planta noble Lorenzo de Médicis y el padre Bagnone, del séquito del cardenal. Puso a los otros dos en antecedentes el Magnífico de que por fortuna no había nada que temer y Giuliano pronto se hallaría repuesto.

Otro criado se adelantó a los visitantes y al anfitrión y entró en la cámara de Giuliano.

—Su Eminencia el cardenal Riario —anunció.

—Señor Giuliano de Médicis, hijo mío —dijo el cardenal a modo de saludo, en alegre tono de broma—, un joven tan despierto y tan alegre como vos, ¿cómo tiene un accidente en víspera de una fiesta?

Giuliano se incorporó en el lecho sin ninguna dificultad.

—Eminencia...

—No os incorporéis. A no dudarlo, el médico os habrá prescrito reposo, a falta de más amplios conocimientos por su parte.

—Sí, eso ha dicho.

—¿Cómo te encuentras, Giuliano? —preguntó Lorenzo—. Mi pensamiento era que debíamos dejarte descansar, pero el cardenal mostró tanto interés...

—Se lo agradezco muchísimo. Ha sido un accidente de lo más estúpido.

—Lamentable —dijo el cardenal—. Pero, ahora que no nos oye, quizás el estúpido sea el médico. Ya, ya sé que no lo hay mejor en Florencia. Y Florencia tiene fama en medicina. Pero por desgracia para todos nosotros, que también el cuerpo tiene su importancia, la medicina está en pañales, como vulgarmente se dice.

—¿Pensáis eso, Eminencia? —preguntó Bianca—. Yo estoy de acuerdo con vos. Los médicos...

El eclesiástico se permitió interrumpir a la dama.

—Los médicos, mi señora Bianca, poco saben de medicina, menos de enfermedades y nada del cuerpo humano. Confiemos en que pronto se recupere la sabiduría de los antiguos.

—Parece que en nuestros tiempos se está dando un gran avance —dijo Lorenzo.

El cardenal se acercó al lecho.

—Pero todavía es poco. Una cosa está clara: con fiebre no es bueno asistir a un banquete.

—El médico me ha ordenado dieta absoluta —confirmó Giuliano.

—La fiesta promete otras satisfacciones, pero sin buena alimentación no es fácil disfrutar de ellas. Y a un joven de vuestra vitalidad eso quizás le aumentaría la calentura. Me iré de Florencia sin haber tenido el honor de compartir con vos el pan y el mantel. Y, en fin, lo que os deseo es que mañana a la tarde ya podáis comenzar de

nuevo a alegrar los ojos de las florentinas. Pero, seguid mi consejo, desconfiad de los médicos del cuerpo. Los pobres ignoran demasiado. Yo, cuando siento enfermedad, que, gracias a Dios, me ocurre pocas veces, confío más en las oraciones.

—No descuido las oraciones, Eminencia —dijo Giuliano de Médicis, sonriente—. Creo que a todos nos merece más confianza Dios que la medicina.

—Yo en eso me comporto como una campesina vieja. Me agrada que penséis lo mismo. De vuestro aspecto deduzco que en pocas horas estaréis algo mejorado. ¿Por qué no nos acompañáis mañana a misa mayor? Quizás os fuera beneficioso; no desgasta tanto una misa como un banquete.

Terció Guglielmo:

—El médico le ha prescrito reposo.

El cardenal insistió. Daba por seguro que a poco que él se lo insinuara, el Flipócrates florentino encontraría que un breve paseíto por Vía Larga vendría muy bien a la salud de Giuliano de Médicis. Riario, por su parte, en representación de la Iglesia de Roma, estaba dispuesto a certificar que la salud del alma ayudaba a la del cuerpo. A Lorenzo no le parecía mal consultar con el físico la propuesta del cardenal, ni a Giuliano. Y para Riario sería no sólo un honor, sino un placer compartir con Giuliano de Médicis una misa, ya que era voluntad de la Divina Providencia que no compartiera un banquete. Inmediatamente después de terminar la misa, regresaría Giuliano a su cámara, a su lecho de convaleciente.

Sería beneficioso para todos que, por lo menos una vez, el pueblo de Florencia los viera a los tres juntos. Lorenzo era nada menos que Lorenzo de Médicis, el Magnífico; él, Riario, en aquella ocasión era Roma. Pero Lorenzo y Giuliano eran una familia, algo más significativo que ser uno u otro. Sixto IV amaba a Florencia, amaba a Giuliano, amaba a Lorenzo, pero el cardenal Riario tenía razones para suponer que sentía aún más predilección por la familia Médicis. Y estaba seguro de que al día siguiente el estado de salud de Giuliano sería espléndido.

—Pensadlo, Giuliano. Y aconsejadle en este sentido, Lorenzo. Y vos, mi señora Bianca, como hermana suya.

Y también vos, Guglielmo, sois ahora un Médicis. Siempre que, en verdad, no penséis que pueda resultar perjudicial para su salud. Para la salud del alma hay ese esperanzador punto de contrición en el último instante de la vida, pero la del cuerpo debe cuidarse a cada momento. El tiempo perdido nadie nos lo devuelve. Ni siquiera Dios, para el que el tiempo es bien poca cosa. Y no os robo más tiempo de vuestro reposo, Giuliano. Si no se realiza con medida, esta obra de misericordia se convierte en una tortura.

IX

DE LOS MISTERIOS A «AMOR Y PSIQUE»

UNA FÁBULA PAGANA

En los misterios, que se representaban en cualquiera de las varias plazas de Florencia, en grandes tinglados contruidos especialmente, o en los atrios de las iglesias, aunque en el resto de Europa ya habían pasado de moda, participaban muchísimos actores improvisados, a veces llegaban a quinientos. Casi todos eran obreros que pertenecían a los gremios o corporaciones.

Pero hace ya algún tiempo, a las autoridades eclesiásticas, no sólo a las italianas, sino a las de todos los países de la cristiandad, empezó a parecerles que esos actores utilizaban las representaciones religiosas para diversión y no para devoción; y por su parte, entre los improvisados actores —todos eran improvisados, porque profesionales aún no existían— los que se consideraban a sí mismos como buenos intérpretes, dotados para ese raro oficio, comenzaron a desertar de los misterios y dramas litúrgicos y a entregarse, con ocasión de fiestas o ferias, a la representación de farsas, casi todas vulgares y chabacanas.

Acabado el festejo, vuelven a sus oficios normales, albañiles, carreteros, guarnicioneros, curtidores, tintoreros...

En cuanto al teatro, cree Adriano Maffei, padre, y en eso está de acuerdo su hijo mayor, que eran aceptables los misterios, aunque en algunas representaciones los actores que interpretaban personajes cómicos, casi siempre demonios o endemoniados, llegaron a profanar lugares sagrados; por eso es preferible la costumbre de que las representaciones tengan lugar en los atrios y no en el interior de los templos. Pero esas farsas chabacanas que se representan en los mercados y en las ferias, deberían ser prohibidas. Desde hace años cada vez son más abundantes, y no comprende Adriano Maffei cómo no advierten el clero y las autoridades civiles que son cosa del demonio.

Stefano no cree que esta representación a la que desea acudir se parezca a lo que su padre dice. De lo que está hablando el seminarista Stefano no es de misterios ni de farsas populares, sino de una representación teatral al estilo de las que ofrece

Pomponio Leto en Roma. De lo que puedan ser esas representaciones, el viejo agricultor no tiene la menor idea. Su hijo debe ilustrarle.

Pomponio Leto es un profesor de la recién fundada Universidad de Roma, gran erudito, apasionado propagandista del humanismo, que más que en la Roma papal del cuatrocientos vive, ayudado por sus vastos conocimientos y por su fértil imaginación, en tiempos de la gloriosa antigüedad, en la gran urbe republicana o imperial; él y sus discípulos, en pleno siglo xv, miden el paso del tiempo por el antiguo método de idus y calendas, como si no estuvieran en la era cristiana y no existiera desde hace siglos el calendario gregoriano.

Pomponio Leto hace representar en su propia casa, no en italiano, sino en su idioma original, el latín, las comedias de Plauto y Terencio, las tragedias de Séneca y algunos intentos originales de sus alumnos más destacados. Muchachos aficionados de las mejores familias romanas se encargan de incorporar los personajes, tanto masculinos como femeninos, pues aún no se considera decente que las mujeres, ni siquiera por diversión, se dediquen a ese menester.

El resultado, según cuentan algunos viajeros, no siempre es muy brillante. No supera a los antiguos misterios que muchos recuerdan, ni los jóvenes de la burguesía y la aristocracia igualan en el arte de representar a los histriones ni a los cómicos populares que actúan en las ferias. Mas como el público lo constituyen también las familias principales, todo se perdona, incluso se aplaude.

En otras ciudades se imitan ya estos espectáculos de Pomponio Leto. En Florencia prepara uno el acaudalado comerciante Mauro Fonghi, uno de cuyos hijos domina a la perfección la lengua latina, es muy aficionado a la declamación y tiene grandes deseos de lucirse en público.

—Vos, padre, tenéis desde hace tiempo buena relación con Mauro Fonghi, si se lo pedís, no tendrá ningún inconveniente en invitaros a la representación.

—¿A quién, a mí? —pregunta el señor Maffei, como si le ofrecieran a catar un manjar podrido, pues no es partidario de esa clase de diversiones, demasiado modernas para él.

—Yo os acompañaría. Siento curiosidad por ver cómo son estos nuevos espectáculos y cómo se desenvuelven los actores. Algunos de ellos son conocidos nuestros, amigos míos de la infancia, como el hijo de Mauro Fonghi.

—Pongo en duda, hijo Stefano, que asistir a esta clase de espectáculos esté bien visto por el clero. No debes olvidar que eres un hombre de la Iglesia, un seminarista.

Y que mucho debe la familia Maffei a la familia Riario. Y no olvides que es la familia del papa.

—¿Cómo voy a olvidarlo, padre?

—Y la del cardenal Riario, tu actual protector. La familia Riario, en el pasado, avaló créditos a la familia Maffei, en vida de tu abuelo, cuando llegaron los tres años sucesivos de sequía. Y nuestra familia correspondió con favores aún más importantes.

—Siempre lo tengo presente, padre —dice Stefano sonriendo—, pero todo eso no

tiene ninguna relación con que yo quiera ver representaciones teatrales al estilo de la antigüedad. Lo he consultado en Santo Marco con el prior y con mi director espiritual, y ninguno ha visto inconveniente si asisto a esos espectáculos con ánimo de estudio.

—Una cosa es que tu director espiritual y el señor prior lo autoricen, lo que no pongo en duda, puesto que tú lo dices, y otra que esté bien o mal visto por el resto del clero.

—¿Recordáis al señor Lamberto Quadri, el notario, el primo del señor Mauro Fonghi?

—¿Cómo no voy a recordarlo? Lamberto Quadri es un buen amigo de esta casa, pariente lejano de tu pobre madre, que gloria haya. Solía pasar aquí algunas tardes con nosotros.

—Muchas tardes.

—Y venía siempre por la vendimia.

—Es hombre de profunda religiosidad.

—Sí que lo es.

—Pues él ha escrito en versos latinos la obra que va a representarse en casa de su primo, *Amor y Psique*, adaptada de Apuleyo.

No puede el viejo Adriano Maffei disimular su asombro.

—¿Que ese hombre ha escrito algo? ¿Y en latín?

—Sí, una comedia mitológica.

—¡Pero si es una acémila!

El asombro de su padre y el desprecio hacia su amigo hacen reír a Stefano.

—Pues, querido padre, es una acémila que ha escrito una comedia mitológica.

—Pero ¿ese hombre lo ha pensado bien? Un hombre prestigioso, respetado, un notario... Exponerse así, en público, al juicio de los demás... Puede fracasar, caer en el ridículo... No sé... No sé... —dice, dudoso, el viejo Maffei, que no quiere apearse de sus principios—. Se invoca ahora que en la antigüedad se profesaba un gran amor al teatro, pero, aparte algunas virtudes, los antiguos, antes de la llegada del cristianismo, eran paganos y no hay por qué seguir su ejemplo a ojos ciegos.

Se prolonga un poco la discusión, nada crispada, sobre todo desde que el padre ha sabido que el autor de la obra es su amigo Lamberto, y se ha apoderado de él una curiosidad malsana. Está a punto de ceder a la demanda de su hijo cuando una segunda petición de éste le hace pasar del posible asentimiento a la sorpresa y de ésta a la indignación, pues Stefano pretende que a la representación en casa de Mauro Fonghi los acompañe también Claudia, la hija de los molineros, su amiga de infancia.

El viejo agricultor Adriano Maffei, el buen burgués, güelfo de toda la vida, y «güelfo negro», los más favorables al papa, no tiene capacidad suficiente para comprender esta petición. ¡Un clérigo acudiendo a la representación de una comedia en compañía de una mujer! ¡Y ese clérigo es un Maffei! ¿Los años de permanencia en el convento de Santo Marco están trastornando el juicio a su hijo?

Stefano le recuerda que él no es un religioso —aún no ha profesado—: es un escolar, o sea, no es nada. Y si su padre teme el escándalo, puede decir a quien se interese por ello que Claudia es una sobrina.

—¡Para evitar un escándalo, una mentira!

—Sería una mentira piadosa, padre.

Pero el viejo Maffei se destapa: hace ya tiempo que no ve con buenos ojos la amistad de su hijo con la hija del molinero. No ha tomado Stefano los votos, es cierto. Pero está en camino de ello. La amistad con la niña Claudia podía tolerarse cuando eran dos niños, pero ahora no es permisible. Stefano debe comprenderlo.

Pero Stefano no lo comprende. ¿Puede creer su padre que a él le mueva hacia Claudia otro afecto que no sea el de amigo, el de hermano? ¿Le ha pasado por la imaginación que pueda haber entre ellos una relación de hombre y mujer?

—¡Claro que me ha pasado por la imaginación! —clama Adriano Maffei.

Aunque viejo, Maffei padre es un hombre. Y aunque escolar seminarista conventual, su hijo Stefano es un hombre, como el otro, Adriano, que asiste a la discusión, sonriente, sin intervenir; y aunque muy joven, Claudia, la hija de los molineros, es una mujer.

Pretexta Stefano que es Claudia quien en realidad tiene verdadero interés en asistir a la representación. Contra todo lo que pueda sospechar su padre, de lo que hablan principalmente Stefano y Claudia en sus excursiones es de poesía, de la nueva cultura, el humanismo, de la antigüedad. Claudia, que no ha recibido educación, es una criatura muy sensible. Stefano le lee fragmentos de *La Divina Comedia* y sonetos de Petrarca. Por todo ello se atreve Stefano a suplicar a su padre que le ayude a llevarla a la representación de *Amor y Psique*. Nunca pediría a su hermano Adriano que los acompañase, pues sabe que nada de eso le interesa.

Adriano, muy divertido, agradece que no se cuente con él y abandona el lugar de la refriega.

Refriega que no se prolonga, pues el padre ya está convencido, aunque lo disimule porque no se ponga en entredicho su autoridad. Pero desde que supo quién era el autor de la obra, supo también que acudiría a la representación.

En el amplio patio de la casa-palacio de Mauro Fonghi se ha levantado un escenario de grandes proporciones. Los carpinteros y los tapiceros han trabajado durante un mes, la mitad del tiempo que los «actores» han dedicado a los ensayos.

El «todo Florencia» ha acudido a la cita, aunque la noticia de que la representación sería en latín ha estado a punto de retraer a muchos. Terciopelos, rasos, sedas, brocados, encajes, oro, plata. Alternan el camino y la estrella de los Fonghi con la cruz y el lirio dorado de Florencia. En los ropajes abundan el púrpura y el azul cobalto. Escotes generosos. Joyas en las manos, en los brazos, en los pechos, en los cuellos, en las orejas, en las cabelleras, en los zapatos, en los cinturones.

El mismo lujo, el mismo derroche y el mismo estilo de vestuario en el público y en los actores. El vestido blanco y plata que luce la jovencísima Bianca de Médicis, sentada, como espectadora, junto a su hermano Giuliano, es muy parecido al que lleva en la representación el joven y hermoso Longhi en su papel de Psique, la menor y más bella de las tres hijas de los reyes.

Lo cierto es que el muchacho Fonghi resulta convincente en el personaje de aquella núbil, la fama de cuya belleza provoca los celos de Venus, pues su culto se abandona mientras comienzan a ofrecerse honores divinos a Psique, y llama a su hijo, Cupido, en la tradición romana un pícaro niño desnudo, con flechas y alas, pero al que Apuleyo describe como un bellísimo joven, también armado con carcaj y flechas y dotado de alas, que en la representación de los Longhi es incorporado por un joven aristócrata florentino muy acorde con la descripción de Apuleyo. Venus le ordena que vengue el honor de su madre.

Antes de la representación se ha servido un exquisito y abundante ágape; es la hora de la siesta, pues hay que aprovechar la luz antes del crepúsculo vespertino, y quizás ello sea la causa de que, sin haber transcurrido aún media hora de espectáculo, Adriano Maffei haya podido entretenerse dando suaves y discretos codazos a su hijo, para señalarle, con disimulada alegría, los dormidos que va descubriendo entre el elegante auditorio. Hasta el momento en que Venus ordena la venganza, seis o siete.

Venus le muestra a su hijo, Cupido, a la bellísima Psique: la venganza consistirá en que Cupido la induzca a enamorarse del ser más vil que haya en la tierra. Pero Cupido, al ver a Psique, cae rendidamente enamorado de ella.

—Ocho —murmura Maffei junto a la oreja de su hijo, y se acompaña de un codazo.

Se suceden numerosas aventuras. Quizás demasiadas, piensa Stefano Maffei, con el espíritu crítico aguzado por la juventud. Claudia está extasiada, contemplándolo todo, pero no entiende nada de la representación y así se lo hace saber por señas a Stefano, que le recomienda paciencia, que ya se lo explicará. Y es ahora él quien da un discreto codazo a su padre, pues se ha dormido y empieza a lanzar leves pero indiscretos ronquidos.

A Claudia le ha gustado mucho la representación de *Amor y Psique*. No sabe explicar por qué le ha gustado, porque la verdad es que no la ha entendido bien; no ha entendido casi nada. En su lugar preferido del bosque, cerca del torrente pero sin miedo a resbalar por el terraplén, sentados los dos sobre la húmeda hierba, Stefano intenta ayudarle a comprender lo que ha visto.

A él no le gusta, es una fábula pagana, muy alejada de la realidad y también de la religión verdadera. Sólo puede servir para trastornar a un alma ingenua, un alma sin orientar.

Pero ella, Claudia, querría entender, por lo menos, los sucesos, muchos de los

cuales no ha entendido por recitar los actores en latín. Comienza Stefano por explicarle la diferencia que hay entre el público y los actores, entre lo que sucede en el escenario, donde los actores se mueven y hablan, y lo que sucede abajo, donde los espectadores, una vez comenzada la representación, están quietos y en silencio. Los de abajo son los que son. Los de arriba no son los que son: son otros. Lo que sucede abajo, sucede; lo que sucede arriba, no sucede en realidad.

Antes de esta prolija explicación, Claudia mezclaba los dos términos. No comprendía por qué el joven Fonghi no bajaba a abrazar a Stefano, si eran tan amigos. Ni cómo el señor Mauro Fonghi, que estaba sentado en primera fila, no se sorprendía al ver que a su hijo le habían crecido alas y vestía como una mujer, sino que permanecía tan tranquilo, sin decir nada.

Cuando Claudia ha asimilado, aunque no del todo, la explicación, pasa Stefano a contarle el desarrollo de los sucesos, que es lo que a ella parece interesarle más.

—Psique es tan bella, que su padre desespera ya de poder casarla, pues los hombres se asustan ante su belleza.

—¿La belleza puede dar miedo? —le interrumpe Claudia.

—Sí, porque el afán de poseerla arrastra a muchos peligros.

—¿En el convento de Santo Marco os enseñan que las mujeres somos peligrosas?

—Sí.

—Pero yo no te asusto, ¿verdad, Stefano? No soy lo bastante bella.

—Sí lo eres.

—Prefiero no serlo, para no asustarte.

—No puedes asustarme, porque yo he renunciado al amor de las mujeres.

Y prosigue su narración.

Cuando Cupido, enviado por su madre Venus para hacer que Psique se enamore del hombre más vil de la tierra y, al verla, se enamora de ella, pide a Céfiro que la lleve a un fantástico palacio, donde voces sin cuerpo se ponen a su servicio.

—¿Por qué se oían voces si ella estaba sola?

—Estaba en el palacio y esas voces eran de sus sirvientas.

—Yo no vi a las sirvientas.

—Eran invisibles.

El esposo de Psique, Cupido, también invisible como las servidoras, penetra en ella y le hace gozar.

Pregunta Claudia:

—¿Ahí fue cuando algunas damas se escandalizaron?

—Sí, aunque la acción está sólo sugerida por el recitado...

—Por eso yo no la he entendido.

—... y representada con mucha discreción.

Cupido hace feliz a Psique con su amor, pero le impone la condición de que nunca más intente ver su rostro. Todos los días, cuando llega el alba, desaparece Cupido. Psique incurre en contradicciones en cuanto al aspecto de su esposo, y sus

hermanas deducen que no le ha visto nunca; lo cual indica que es esposa de un dios y está encinta de él. Dominadas por la envidia y la ira, dicen a su hermana menor que sin duda su marido es un hombre de una fealdad monstruosa y por eso no permite que ella le vea.

Claudia escucha, fascinada, la narración de Stefano.

Psique, por la noche, enciende una lámpara, y a su luz no ve junto a ella un monstruo, sino a un dios bellísimo: Cupido. Mientras, arrobada, transida de amor, le contempla, cae de la lámpara una gota de aceite y despierta al dios, que, sorprendido, echa a volar y desaparece.

Sigue otra serie de peripecias y peligros, que Stefano no recuerda bien, casi todos causados por la inquina de las dos envidiosas hermanas y también por Venus, a quien no le hace gracia ser abuela, y decide imponer a Psique, entre otros trabajos, el de llegar hasta el infierno a pedir a Proserpina un tarrito de cosmético. Todo el mundo, personas y animales, ayuda a Psique en su dificultoso viaje; pero ella, cuando por fin tiene en sus manos el tarrito, se aplica una porción de cosmético para estar aún más bella ante Cupido. Al instante la embarga un sueño mortal.

—¿Muere Psique? Yo no entendí que moría. Después se la ve de nuevo con Cupido.

—Porque el dios Cupido, que no puede resistir la ausencia de Psique, la encuentra y la resucita. Después vuela hacia Júpiter y le pide que autorice su matrimonio con Psique.

—Pero ¿no estaban ya casados?

—El anterior matrimonio de Cupido y Psique es nulo.

—¿Por qué?

—Porque en el Olimpo no están admitidos los matrimonios de dioses con mortales. Pero Júpiter, que nunca ha logrado, ni deseado, rechazar las demandas de Cupido, da a beber a Psique una copa de ambrosía que la hace inmortal, y Psique y Cupido quedan unidos para siempre.

Una vez concluida su narración, advierte Stefano a Claudia que en estos espectáculos, que tienen como modelo las comedias o tragedias de la antigüedad, lo importante no es la serie de sucesos, sino lo que representan los personajes. Así, para entender bien lo que sucede en el escenario, lo que el poeta, en este caso Apuleyo, ha deseado expresar, conviene saber que la bellísima Psique representa el alma, y que Cupido no es sólo el dios del amor, sino el Amor en sí. Psique —el alma, el espíritu— es la enamorada del amor. Allí donde haya amor, Psique siempre se entregará.

Claudia no había entendido nada de esto, pero había disfrutado como nunca viendo los vestidos y el movimiento de los actores y oyendo sus voces, aun sin entender lo que decían. Desearía pasar más tardes como aquélla, pero más que con los de abajo, los que son los que son, le gustaría estar con los de arriba, los del tablado, los que no son los que son.

—¡Lástima no saber latín!

X

DOS MANERAS DISTINTAS DE ESTAR EN LA CATEDRAL DE FLORENCIA

Un sacerdote oficiaba en un altar lateral. Había muy pocos fieles en los bancos, dos o tres hombres y unas cuantas beatas madrugadoras. El espacioso ámbito del templo, Santa María del Fiore, la catedral de Florencia, estaba coloreado por la luz de un sol aún no muy luminoso que se filtraba a través de los altos vitrales.

El padre Stefano Maffei, el padre Paolo Bagnone y el asesino a sueldo Montesecco cruzaban la gran nave. Junto a la puerta, agazapados, tres o cuatro hombres del forajido.

Los dominicos andaban con desenvoltura, con paso decidido. Montesecco se rezagaba, andaba mucho más despacio que los otros, mirando a un lado y a otro con perplejidad o admiración. El asombro que le producían los ángeles, las vírgenes, los santos que se transparentaban en los policromos vitrales le impedía andar más ligero.

Se volvió hacia él el padre Bagnone y le habló en un susurro, por encima del hombro.

—Por aquí, Cassola. Desde ese altar se domina muy bien el presbiterio.

A Montesecco le resultaba difícil escuchar. Le tenían fascinado el juego de los mármoles verdes y rosas, el cántico que llegaba del coro, el aroma del incienso y los humos de las velas y hachones, los grandes espacios vacíos. La luz multicolor de los vitrales le turbaba, pero si agachaba la cabeza para ver únicamente el suelo, no podía evitar que la mirada se le fuese de nuevo hacia lo alto, como si se hubiera quedado prendida en el baile de los colores con el sol.

—Debéis fijaros bien en el presbiterio y en la puerta de la sacristía.

Pero Montesecco no entendía las palabras, aunque le llegaban al oído. Escuchaba los cánticos que llegaban del coro. La mirada se le iba del coro a los vitrales del crucero, verde, azul, rojo, amarillo, violeta, púrpura, y volvía al coro. Se veía envuelto en el brillo de aquellos colores, como si acabase de desenterrar el cofre de un tesoro.

El padre Maffei y el padre Bagnone se detuvieron y se acercaron a una de las

columnas del crucero.

—Arrodillaos —le dijo Maffei a Montesecco en voz baja, pero en tono autoritario.

El bandido, que, sobrecogido como se hallaba, no había entendido la orden, preguntó:

—¿Qué decís, padre?

—Que os arrodilléis.

El bandido dejó de contemplar la iglesia y se arrodilló tal como le habían ordenado.

—Simulad que rezáis.

Obedeció muy torpemente, mientras pasaba su mirada de Maffei a Bagnone. Éste, que, como Maffei, se había arrodillado un instante, se levantó con mucha soltura, en contraste con la rigidez de Montesecco.

—Voy a comprobar la disposición de los primeros bancos. Regreso en seguida.

Y se alejó hacia el altar mayor con paso decidido, como si se hallase en plena calle o en un salón de gente de confianza, ante el asombro de Montesecco, que se entregó de nuevo al ambiente que le rodeaba. Le llamaba la atención de pronto un cambio de tono en las voces que llegaban del coro. Volvía a perderse la mirada en los vibrantes haces de polvillo dorado.

El dominico Stefano Maffei se había incorporado y estaba de pie junto a la columna.

—Levantaos, Cassola —le dijo a Montesecco, que no atendió.

Maffei le tocó en la espalda y repitió:

—Levantaos, Cassola.

Esta segunda vez el absorto bandido comprendió la intención del religioso.

—Perdonad, padre. Olvidé mi nuevo nombre —dijo, mientras se levantaba.

—Hay gente en la iglesia. Podrían oírnos.

—Sí, sí. Comprendo.

Quedaron un momento en silencio. Concluyó la misa y los escasos fieles comenzaron a abandonar el templo. Quedaron sólo cinco o seis beatas, desperdigadas en la enorme nave. El padre Bagnone volvió a reunirse con sus compañeros.

—Todo está tal como nos dijo Su Eminencia.

—Ahora, cuando hayan salido los de la misa y queden sólo aquellas tres viejas del fondo —Maffei hablaba a Montesecco—, os explicaremos...

Pero Montesecco no estaba junto a ellos. Vagaba por el ámbito de la iglesia, dejándose envolver por las luces de colores, contemplando extasiado los altos muros, acompañando con la mirada a los fieles que se dirigían hacia la salida del templo. Bagnone llamó en voz baja.

—¡Acercaos, Montesecco!

Maffei le corrigió:

—Cassola.

—¡Acercaos, Cassola! —rectificó Bagnone.

Pero como ni Montesecco ni Cassola hacían caso, Maffei fue junto al bandido, le agarró de un brazo y le llevó junto a la pilastra en donde estaba Bagnone.

—¿Qué os ocurre, Cassola? ¿No habíais visto nunca una iglesia? —le preguntó mientras tiraba de él.

—Sí, vi algunas de niño —respondió el bandido—. Pero como ésta no eran.

—Venid acá. Vamos a explicároslo todo.

Ya no quedaban fieles en el templo.

—Date una vuelta, Maffei. No vaya a quedar alguna beata. Y vos, Montesecco, prestad atención. No tenemos mucho tiempo.

Los jefes de la conjura, los hermanos Iacopo y Francesco de Pazzi, el cardenal Riario, sobrino del papa Sixto IV, y el arzobispo Salviati, se habían reunido con urgencia el día antes y decidido que no debía demorarse el llevar a cabo lo acordado. Porque era imposible que al ser conocida por muchos la conjura, si se retardaba, no se descubriese. Por ello decidieron de total acuerdo que Montesecco y sus hombres mataran a los hermanos Médicis, Lorenzo el Magnífico y Giuliano, en la iglesia catedral de Santa María del Fiore, donde, al estar el cardenal, los dos hermanos acudirían.

Después de inspeccionar la nave de la iglesia, tal como le había indicado su compañero, regresó Maffei.

—No, por aquí no queda nadie.

—Tened presente que es cuestión de vida o muerte no fallar el golpe, Montesecco.

—Cassola —rectificó Maffei.

—Es igual —dijo Montesecco, con extraña voz ahogada.

—Atended. Venid con nosotros —dijo Maffei en lo que los tres se desplazaban hacia el altar mayor—. Si sale alguien ahora, no lo olvidéis, somos quienes somos: tres personas del séquito del cardenal Riario que están admirando el templo. Os lo advierto, Cassola, para que pongáis en vuestra mirada todo lo que tengáis de artista, o de banquero. Aquí estará la silla con reclinatorio de Lorenzo de Médicis. Aquí, junto a él, la de Giuliano...

El padre Maffei se desplazaba de un sitio a otro, acompañando su explicación.

—Vos estaréis aquí detrás, en esta silla. Como veis, a menos de dos metros de Lorenzo de Médicis. Ese otro hombre vuestro...

—Landi. Yo le transmitiré lo que digáis. Para evitar sospechas no andaremos juntos.

Volvió a desplazarse Maffei.

—Estará aquí, algo más lejos, dos bancos detrás de Giuliano, ¿comprendéis?

—Además, que, como muy bien sabéis, porque estáis al tanto de lo que ha

ocurrido, contra los deseos de todos ha sido inevitable obrar con alguna precipitación.

—Es igual —aceptó Montesecco.

—Deberá saltar por encima de estos bancos.

—Es joven y ágil.

—Bien. Este es el lugar de Lorenzo de Médicis. Ahora no está su silla, pero aquí estará.

Se colocó en posición parecida a la que tendría Lorenzo.

—Y vos estaréis ahí... Apenas dos metros. ¿Es fácil hacerlo?

—Es fácil.

—Y aquí estará Giuliano, ¿comprendéis? Ese Landi, allí...

Stefano ocupó la posición que tendría Landi.

—Por esos bancos tendrá que saltar —dijo Stefano—. Aquella es la puerta de la sacristía. No es por ésa por la que debéis huir. Ni por aquélla del fondo. Sino por ésa, por la que hemos entrado ahora. En el recorrido hacia esa puerta estarán todos los nuestros. Ellos correrán, gritarán también como los demás, sacarán las dagas, las espadas, pero os dejarán el paso libre, os facilitarán la huida.

Hacía tiempo que Montesecco no atendía. No estaba pendiente de Bagnone ni de Maffei, ni de la puerta que le indicaban.

—Esa es la puerta, digo —insistió Stefano—. La misma por la que hemos entrado nosotros.

Se interrumpió y se acercó a Montesecco, que se había alejado unos pasos.

—¿Qué os ocurre? —le preguntó.

—No lo haré.

—¿El qué?

—¿Qué decís?

—Que no —respondió Gian Batista Montesecco sin mirar a ninguno de los dos.

XI

SE HA DESPERTADO LA CONCIENCIA DEL BANDIDO

Deseaba Stefano no haber entendido lo que quería decir con su reiterada negativa Montesecco. Tras un silencio, preguntó:

—¿Que no mataréis a los Médicis?

Montesecco no respondió, ni alzó la mirada del suelo.

—¿Os parece mal trazado el plan? —preguntó Bagnone—. Tiene su riesgo, lo comprendo, pero vuestro oficio es el riesgo.

El asesino alzó la mirada. Miró despacio a uno de los cómplices, luego al otro. Dijo al fin en voz muy baja, casi inaudible, pero firme:

—No quiero hacerlo.

Y alzó la cabeza. La volvió hacia uno de los vitrales. Una luz dorada le bañó el rostro.

—Comprended que no pueden darse más seguridades —dijo Stefano, al que comenzaba a intrigar la inesperada actitud del bandido—. Todas las precauciones posibles están tomadas. Casi todos los seguidores de los Pazzi, que no son pocos, estarán entre esta silla y la puerta. Y otros cuantos en el crucero.

—Y una vez fuera de la puerta —añadió Bagnone—, contamos con el pueblo de Florencia. Es el día de su libertad, y lo sabe.

—Y, además, contamos con Roma para protegeros si ocurriera algún imprevisto.

—Por nuestra parte cumpliremos hasta el fin lo pactado. Me sorprende que vos, a última hora, no queráis cumplir.

—¿Encontráis alguna nueva dificultad en el plan, algún riesgo con el que no se haya contado? ¿Creéis que puede fallar algo?

Pero Montesecco no respondía. Seguía pendiente de la luz que se filtraba a través de los vitrales.

Ordenó Bagnone con voz áspera, ya irritado, alzando el tono:

—¡Contestadnos de una vez! ¿Habéis enmudecido? No os quedéis callado como un muerto. Explicaos, Montesecco; éste no es un asunto trivial y todos debemos dar cuenta de nuestros actos. ¿Por qué, de repente, no queréis hacerlo?

—¿Creéis que os será fácil volver a Roma después de esto? —preguntó Stefano

—. ¿Sabéis lo que estáis planteando? Una traición. Porque es una traición, lo veis claro, ¿no es cierto?

—Sí.

No comprendía Maffei la actitud del bandido; intentó transmitirle esta incompreensión.

—Estáis acostumbrado a venderos a unos y a otros, es vuestro trabajo, vuestro oficio; y quizás también estéis acostumbrado a incumplir el trato en el último instante. Puede que unos os perdonen porque os teman y otros lo olviden porque podáis serles útil en la próxima ocasión. Pero esta vez, Montesecco, la ocasión es distinta a todas las que se os han podido presentar. Esta vez están en juego intereses mucho más altos. No se trata de una carga de seda ni de oro, de inclinar la balanza de una escaramuza o de vengar la deshonra de una familia burguesa. Es algo más grande lo que está en juego, algo por encima de todos nosotros.

—Sí, muy por encima —dijo Montesecco.

—Veo que lo comprendéis. Ya estáis en la conjura, lo estáis casi desde el primer momento. Si no llegamos hasta el fin, no faltará quien nos delate. Para los enemigos de los Pazzi y de la Iglesia y de las libertades, el delito ya está cometido. El populacho de Florencia se pondrá de parte de la familia Médicis, y ni en la ciudad ni en la Señoría vais a encontrar amparo. Ni en toda Toscana. Seréis sólo un asesino a sueldo que fracasó por cobardía. Tampoco penséis contar con Roma.

Intervino el padre Bagnone para decir, con un repunte de agresiva ironía:

—Hay un procedimiento para que los Médicis, a pesar de todo, le otorguen su gracia.

—¿Cuál?

Sin contestar, Bagnone miró fijamente a Montesecco, en lo que Maffei aguardaba su respuesta. Y fue el propio Maffei quien habló, al comprender la intención de Bagnone.

—No, Montesecco no nos delatará. No es tan torpe, no es nada torpe. Sabe que no escasean los hombres como él: abundan. No sería demasiado cara su cabeza. Pero se engaña si cree que el cardenal Riario permitiría a Iacopo de Pazzi una venganza sangrienta. Sólo la limpieza de la causa puede justificar un acto sangriento. Suprimir a un tirano y con él la tiranía puede ser necesario. Pero un asesino como Montesecco sólo es acreedor a misericordia. Siempre tendrá la infinita misericordia divina; pero ya que no por esta traición, por sus delitos anteriores la justicia de los hombres no tardará en descargar sobre él. Más aún si se obstina en prescindir de quienes pueden ayudarle.

—Siempre he contado con eso —dijo Montesecco.

Bagnone y Maffei se dispusieron a escucharle, pero el bandido volvió a encerrarse en el silencio. Maffei intentó otro camino...

—No pienso ahora en nuestra sagrada misión ni en el tiempo que corre en contra nuestra. Pienso en vos, en vuestra vida y en vuestra salvación. Vos, que tantos

crímenes habéis cometido, que os vanagloriabais de ello, ¿por qué retrocedéis ahora ante una acción tan limpia de culpa? ¿Quizás no os atrae, como pensáis, la violencia, sino el mal? Pensad también en vos mismo. No penséis como nosotros, en Florencia, en Roma, en la Iglesia. Seguid siendo vos mismo, como lo habéis sido siempre, y pensad en vos. ¿Es sensato, es lógico, es útil, que teniendo ocasión de prestar a la Iglesia un servicio tan grande, sin dejar de ser vos mismo, desperdiciéis esta ocasión de reconciliaros con ella? Si yo, por medio de la oración, del estudio, de lo que es mi vida...

—Le estáis hablando como si fuera la primera vez que se tratara el caso — interrumpió el padre Bagnone—. No fueron necesarios tantos razonamientos.

—Es cierto, padre Bagnone. Montesecco comprendió pronto los únicos aspectos de la cuestión que podían interesarle: la utilidad de sus servicios para los fines superiores de la Iglesia y su propia seguridad posterior.

—Y la bolsa —añadió Bagnone.

—Sí, y la bolsa, tenéis razón. Todo lo comprendía, todo lo aceptaba y en todo estaba de acuerdo. Pero ahora, súbitamente, ha cambiado de forma de pensar.

—Algo ha sucedido, por consiguiente, dentro de él.

Y nos lo va a decir, para que se busque el remedio. Vamos, Montesecco, estos asuntos son muy graves y el tiempo apremia. ¿Por qué no queréis hacerlo? ¿Por la bolsa?

—No —contestó Montesecco.

—¿Teméis por vuestra seguridad? —preguntó Maffei.

—Siempre temo. No más en esta ocasión.

—¿Escrúpulos de conciencia? —preguntó, sonriendo, Bagnone.

El bandido hizo una pausa, en la que miró al fraile frente a frente, con una sombra de amenaza.

—¿Lo decís por burla?

El padre Bagnone respondió con sequedad, señalando las distancias, al asesino.

—Contestad de una vez, Montesecco. Nosotros, el padre Maffei y yo, también tenemos que rendir cuentas de todo.

XII

EN EL QUE SE CONOCE LA RESPUESTA DEL ASESINO A SUELDO

No me preguntéis por qué no quiero hacerlo. Yo mismo no lo sé y llevo largo rato preguntándomelo. Para hacerlo o no hacerlo no preciso pensar en la Iglesia ni en Florencia ni en mí. Ni en los Pazzi o los Médicis, ni en libertades o tiranías. Es una cosa mucho más simple, aunque en apariencia no lo sea. Para vos, padre Maffei, todo tiene una causa y una consecuencia, se parte de un suceso y se llega a otro, y uno, para obrar, debe estar siempre pensando el pro y el contra. Si hago tal cosa, sucederá tal otra, o tal otra o tal otra, pero cualquiera de estas tres cosas sucederá a causa de haber hecho la cosa primera. Si yo hubiese pensado tanto, si hubiese procedido siempre así, aún no habría hecho nada en mi vida, ni bueno ni malo. Vos, para matar a un hombre, y aun para beberes un vaso de vino, debéis revolver antes todas vuestras tripas, o escarbar en el fondo de vuestra alma, como gustéis. Yo preciso solamente tener un arma, fuerza en los brazos y las espaldas bien guardadas. Matar a un hombre es meterle un hierro en la nuca. Hay que pensar, sí; hay que pensar en acertar a la primera. Y yo, ahora, no puedo hacer eso.

—Tenéis miedo —aventuró el padre Bagnone.

—Sabéis que no es eso; aunque no me conozcáis a mí, conocéis mis hechos. Quizás he herido a muchos hombres sólo para demostrar que no lo tengo. Y si lo tengo, si eso que siento cuando empuño el arma se llama así, no ha sido nunca tan fuerte que impidiera mi propósito.

—Quizás estemos engañados al pensar que acaba de tomar esta decisión ahora —dijo Bagnone.

—¿Y eso qué cambia? —preguntó Maffei.

—Si la ha tomado ayer o esta mañana, puede haber intervenido alguien. Quizás ahora Montesecco sabe algo que nosotros ignoramos.

—Montesecco no tiene miedo. Pero tampoco valor para traicionar al cardenal Riario, a la Iglesia, al papa. Menos aún no estando entre los suyos, sino aquí, entre nosotros. Él sabe que no todos piensan tanto como yo antes de obrar.

—Esta decisión, como decís, la he tomado ahora mismo.

—Y sabéis claramente vuestras razones —le dijo Maffei—. Pero no queréis decirlas. ¿Teméis no ser comprendido? A veces, el temor a no ser comprendido nos empuja al silencio. Si es eso lo que os sucede ahora, hablad. Aunque el padre Bagnone y yo seamos torpes en nuestro oficio, nuestro oficio es comprender.

Montesecco recorrió con la mirada el ámbito del templo, y respondió sin mirar a ninguno de los dos dominicos.

—Ha sido por el sitio.

—¿Por el sitio? —preguntó Bagnone, sorprendido.

—Sí, por este lugar, que no es el lugar del que habíamos hablado. No puedo hacerlo aquí, en la iglesia. No puedo. Lo he pensado. Le he dado vueltas en mi cabeza y he llegado a la conclusión de que aquí, en la iglesia, no puedo hacerlo.

—¿Cómo decís eso ahora, en el último momento? —le preguntó Maffei.

—Cuando hablasteis con el cardenal, y también con Iacopo de Pazzi, todos estabais de acuerdo, y también Francesco de Pazzi y Salviati, en que éste era el lugar más seguro.

Añadió el padre Bagnone:

—Estarán aquí todos los hombres de los Pazzi y también los del cardenal, los que han venido de Roma.

—Pero aquí, en una iglesia, es muy difícil matar, muy difícil... Mucho más que difícil: imposible.

—¿Qué diferencias encontráis entre este sitio y otro cualquiera? Si las hay, todas están a favor de éste. Os habéis negado a hacerlo en la plaza o en Vía Larga, cuando los Médicis vinieran hacia el templo, a oír la misa.

—Sí, me he negado, tenéis razón. Y cuando el cardenal Riario me lo propuso me pareció éste el mejor lugar; mejor que Vía Larga o la plaza. Y según habíamos dicho, durante la misa, en el momento de alzar. Casi todos los ojos cerrados, me decía el cardenal... Y yo estaba de acuerdo. Nadie miraría hacia donde miraríamos mis hombres y yo. Era un plan razonable. Pero al venir aquí, con vuestras paternidades, a estudiar el terreno, a planear la acción definitiva, hemos tenido mala suerte. Celebraban los oficios, llegaban cánticos del coro, las velas estaban encendidas, habían quemado incienso...

A cada momento más asombrado y con más dificultad para entender al forajido, Bagnone le interrumpió.

—Pero ¿de qué estáis hablando? ¿Teméis que mañana os deslumbren las velas, que os haga llorar el incienso y se os nuble la vista?

—Repito que no os burléis, padre. Me estoy jugando la protección de Roma. Lo sé. La de los Médicis la doy por perdida. No estoy tranquilo, podéis comprenderlo. No me gusta matar en la iglesia, pero fuera de ella las cosas cambian.

El padre Bagnone, quizás por comprender la velada amenaza de Montesecco, se quedó en silencio.

—Yo no me burlo —dijo Maffei—. Pero comprendo las razones del padre Bagnone para burlarse.

—Utilizad algo de vuestra comprensión conmigo y acabemos este asunto. El cardenal necesita tiempo para tomar una decisión.

—Habéis dado unas razones que no parecen vuestras. Como si lo que saliera de vuestros labios no naciese en vuestra alma ni en vuestra cabeza. A veces, uno se comporta como si fuese otro.

Era Stefano Maffei quien había hablado.

—Cuando está endemoniado —dijo el bandido.

—Y sin necesidad de estarlo —replicó Maffei.

No estoy muy convencido de la veracidad de esto que acabo de decir. ¿Yo puedo dejar de ser yo sin necesidad de estar endemoniado? ¿El demonio no será el otro? Gian Batista Montesecco, el asesino, no habla con la voz de ningún otro. Se rebusca las palabras, las razones, dentro de sí mismo. No sabe las respuestas antes de que se le formulen las preguntas. ¿Siento hacia ese bandido admiración, envidia? Me parece imposible. Es un hombre fuerte, agresivo, amenazante. Su oficio es sembrar el terror. Pero en este momento, ¿se siente desvalido?

—No entiendo. No entiendo —decía con voz ronca, hundiendo la barba en el pecho, el asesino—. Ni necesito entender. Tengo ya mi propio modo de ver las cosas y no voy a cambiarlo.

Stefano le rebatió.

—Y, sin embargo, lo habéis cambiado al encontrar un sitio en el que no se puede matar.

—Pero lo he encontrado yo, Montesecco, y todo lo que hace Montesecco es una acción de Montesecco. Aunque sea lo contrario de lo que pudiera hacer.

Miró a uno y a otro, como si esperase de alguno de ellos una réplica que no llegó.

—¿Eh? ¿Qué os parece? ¿Está bien razonado o no?

—Quizás lo esté —aceptó Maffei.

—Y cuando se quiera saber cómo era Montesecco, habrá que decir: es aquel que no quiso matar en la iglesia.

Llegó la réplica, en boca de Bagnone, que miró al sesgo al asesino.

—Aquel que tuvo miedo en la iglesia.

—Sí, aquel que tuvo miedo de matar en la iglesia.

Bagnone confirmó:

—Era miedo.

—¿Es miedo? —preguntó Maffei.

—No lo sé... Sólo sé que aquí no puedo matar.

Giró sobre sí mismo para llevar la mirada del coro a la columnata, al crucero, a los altares laterales, al presbiterio, al altar mayor, a los vitrales de luces coloreadas, con transparentes vírgenes y ángeles y santos.

—Todo esto infunde respeto.

—¿Respeto? Es natural que infunda respeto —dijo Maffei, ingenuamente convencido y con el propósito de ser convincente—. Pero no a vos. Ni a nosotros, cuando la causa es limpia. Lo que importa es el móvil, no la acción. Menos aún el sitio.

—No sé, no sé...

—¿No infunden respeto los hogares? ¿No lo infunden los ancianos? ¿Y las mujeres? Y el propio campo, ¿no debe infundir respeto? ¿No es todo obra de Dios? ¿Cuándo habéis respetado algo? Ni siquiera a una mujer...

—Sé por lo que habláis así, por la hazaña que os conté la noche de la tormenta, para entretener el camino, cuando estábamos a punto de llegar a la casa de vuestro padre. Pero a aquella que os dije, tampoco la habría matado aquí. No, aquí, con estas luces, con este olor, no habría podido hacerlo.

—¿Y qué pretendéis? —preguntó, sarcástico Bagnone—. ¿Que convenzamos a Lorenzo para que salga mañana por la noche de cacería?

—Ponedme, como se había tratado, en palacio a los postres de un banquete, cuando ha corrido el vino...

—Todos preferíamos eso, pero no pudo ser.

—Esperemos otra buena ocasión —dijo Montesecco.

—No hay tiempo —replicó Maffei.

—Ya os digo que no se trata de que no quiera hacerlo, de que retroceda ante los Médicis. Ponedme en una calleja oscura, que sólo se oigan las pisadas...

—En fin —interrumpió Bagnone—, en cualquier parte, menos donde se puede hacer.

Montesecco no le escuchó.

—Sí, ya sé, eso da respeto, decís. La calleja, el campo, los árboles, la luz de la luna, y hasta los manjares y el vino... No lo entiendo. No lo entiendo, perdonadme.

—Luego, según vos... —dijo despacio Maffei, hablando al par que reflexionaba—, las cosas que son de uno, las que le rodean, las que se tienen a diario, no merecen respeto.

Montesecco estaba desconcertado; sus propios pensamientos le desconcertaban.

—No sé... No sé... Pero aquella noche estábamos solos ella y yo. Mis hombres habían bebido, cantaban. Me dejaron allí solo con ella, cerca de la cueva. Ella se resistió, llegó a arañarme, a morderme. Pero lo decisivo fue que estábamos en el campo y era de noche.

—¿Y vos que no creéis en el pecado, o que despreciáis el castigo divino —preguntó Stefano—, cuando llega el momento de matar consideráis mejor el campo que la iglesia, la noche que el día?

—Así es.

—Escuchadme, Montesecco, empiezo a pensar lo mismo que el padre Bagnone: eso se llama miedo. No tiene otro nombre.

—No sé... Pero... Recordaréis esto. Es noche cerrada y amenaza tormenta. Un

clérigo va por el camino. Ha de regresar presto a Florencia, pero desea hacer una visita a su señor padre. Se encuentra solo en medio del bosque. No hay ni una luz. Ni un reflejo de la luna. Ni una estrella. Oye el rumor del torrente. ¿Qué le ocurre entonces al pobre clérigo?

—Tiene miedo —responde Maffei.

—¿A qué viene ese relato? —preguntó, totalmente desorientado, el padre Bagnone.

—Yo sé por qué lo dice. El clérigo era yo. Esa noche conocí a Montesecco.

—Sí, miedo. Sentíais miedo, padre Maffei. Referidle al padre Bagnone cómo era el pavor de aquel clérigo, cómo rezaba a gritos. Y no tenía que matar a nadie. El clérigo tenía miedo en el campo, en la noche cerrada. Yo tengo miedo aquí.

—Luego es miedo —insistió Bagnone.

—Sí; miedo a los cirios, a las imágenes, a los cánticos, al incienso...

Bagnone, escéptico y desconfiado, preguntó:

—¿Hemos de creerlo?

—Pensad lo que gustéis.

—No es fácil creer esto a un hombre como vos —dijo Maffei—. El cardenal Riario...

—¿Por qué no ha de creerme el cardenal? Yo le hablaré como a vosotros.

—No tenéis miedo a la justicia humana, no lo habéis tenido nunca, o, al menos, el temor nunca ha sido suficiente para detener vuestro brazo —dijo Bagnone—. ¿No es así?

—Así es.

—Ni siquiera habéis temido nunca a la cólera divina, a las llamas del infierno.

—He procurado no pensar en eso.

—Y pretendéis hacernos creer que os espantáis en una acción como ésta, ante unos cánticos, unas imágenes de madera, las llamas de unos cirios...

—Así es. Vos entendéis más de todo esto, al menos habéis consagrado vuestra vida a ello. Por eso teméis a Dios, a una fuerza que está por detrás de las cosas, por detrás de todo. Yo, en cambio, tengo miedo a las cosas. No llegan mis ojos a más.

—Tenéis miedo a unas cosas: a otras, no.

—Sí; y a vos os sucede igual. Veis a vuestro diablo tras unas cosas y tras otras no. Quizás le oyeráis en el rumor del torrente y el fragor de la tormenta. Y en la noche vierais las negruras de la condenación y en las exhalaciones el fuego del infierno. Hoy, aquí, yo he visto y escuchado a Dios. Y he sentido un punto que le temo como vosotros al diablo. He oído a Dios en esos cánticos, en los rumores de las beatas; le he visto en la luz de los vitrales y en las llamas de los hachones.

—Dios no es nada de eso —dijo Maffei.

Con obstinación, replicó el bandido:

—Para mí sí lo es. Sí lo es. Vosotros miráis hacia esa luz...

Señaló uno de los vitrales.

—... y veis sólo cristales de colores. Quizás penséis en la calidad del vidrio, en el precio del plomo, en la habilidad del artista, en si es trabajoso limpiarlo. Cuando escucháis el cántico, sentís si un sochantre desafina, y un cirio no puede significar para vosotros lo mismo que para la mujer que os lo entrega porque no la azote su marido.

—Son nuestras cosas familiares —dijo lentamente Maffei, con un asomo de perplejidad.

—Para mí todo eso es Dios. El Dios con el que queréis siempre amedrentarnos. Y lo habéis conseguido; aunque en mala ocasión para vosotros. Yo veo a Dios aquí, en la iglesia, y no mataré cuando lo tenga delante.

—¿Y vuestros hombres?

—Mis hombres sólo harán lo que yo haga. Y yo os digo y os repito que no lo haré. Decídselo así al cardenal. Que me ponga a los Médicis en su palacio, en una calleja oscura, en el campo... O si no, que los mate él. ¡Él no teme a los cirios, ni al incienso, ni a las imágenes...! ¿No es cierto?

Conforme hablaba, fruncidas las espesas cejas, ronca la voz, iba creciendo la exaltación del asesino.

—Sí, es cierto —reconoció sinceramente Maffei—. Ni el cardenal Riario ni nosotros tenemos por qué sentir temor en el templo. No más que en otro lugar.

—Es posible que tengáis razón, padre Maffei. Pero en ese caso, imaginad que lo hacéis vosotros, imaginadlo, y decidme luego qué pensaríais cuando en el momento de alzar, estando los hermanos Médicis de rodillas, con los ojos en tierra, empezaseis a sacar el puñal. ¡Decidme lo que pensaríais entonces!

Maffei respondió con serenidad, sin ponerse a la altura de la irritación del asesino:

—Nosotros, Montesecco, no pensamos cuando ya ha pensado la Santa Iglesia.

—No, no lo haré... Ni vosotros... Se os nublaría la vista, os temblaría el pulso, no os obedecerían vuestras piernas, el puñal se os caería al suelo... No lo haré. Tengo que oír el silbido de la hoja al salir de la vaina, tengo que oír mi grito al dar la cuchillada, y no oiré más que rezos de beatas, cánticos de iglesia y esa campanilla... Tengo que ver la nuca del Médicis y no veré más que los cirios, las luces de los vitrales, la hostia blanca en las manos del cura.

Se volvió con violencia. Dio la espalda a los dos padres dominicos.

—No lo haré, no lo haré. ¡Si no se lo decís vosotros, yo mismo se lo diré a los hermanos Pazzi!

El bandido Gian Batista Montesecco se marchó del templo a grandes zancadas, sin levantar la mirada del suelo, como si alguien le persiguiera.

Sus hombres surgieron de la sombra y le siguieron con tanta prisa que el padre Bagnone y el padre Maffei, aunque salieron tras ellos, no pudieron alcanzarlos.

Insistió Montesecco en no cumplir lo pactado. Así se lo dijo a Iacopo y a Francesco de Pazzi, cuyas razones y veladas amenazas no bastaron para hacerle retractarse de su decisión. No tenía ánimo suficiente para cometer el crimen en la iglesia, añadiendo a la traición el sacrilegio.

El tiempo apremiaba y, de acuerdo el cardenal Girolamo Riario con los hermanos Pazzi, y tras consultar con el arzobispo de Pisa, Salviati, tomaron la decisión de buscar sustitutos para Montesecco y Landi.

En este punto comenzó a peligrar la arriesgada empresa.

XIII

TÚ ERES TÚ

En el seminario conventual de Santo Marco, el padre Imbriani —cuerpo flaco, piel cerúlea, voz profunda— explica preferentemente la filosofía y la teología de Maestro Eckhart, un teólogo alemán del siglo anterior, al cual se siente adicto. No puede ocultar su admiración, a pesar de reconocer que los postulados de Eckhart estuvieron en entredicho.

Cita el padre Imbriani textualmente al teólogo alemán: «Permíteme que te diga: estar vacío de todo lo creado es tanto como estar lleno de Dios, y estar lleno de todo lo creado, tanto como estar vacío de Dios.»

Se esfuerza Stefano en prestar gran atención a las exégesis, a veces difusas, del dominico, y no le resulta fácil asimilar las especulaciones, los razonamientos, ni los propios textos de Maestro Eckhart.

Ha trabado amistad con otro novicio, Bruno Panelli, a pesar de que la regla prohíbe las amistades excluyentes.

Y en las horas de paseo o de meditación, discuten sobre temas filosóficos, teológicos y metafísicos, según lo escuchado en la clase. Pero lo hacen porque al otro, a Bruno, le atrae la filosofía como excusa para la controversia, para el intercambio de ideas.

—Siempre que no afecte a lo que yo considero mi vida real, o lo que podría ser no el mundo exterior, sino mi mundo interior.

Las propuestas del Maestro Eckhart, divulgadas o analizadas por el padre Imbriani, son buena materia para una discusión más o menos apasionada.

«Ciertamente, el espíritu liberado fuerza hacia sí en su retiro a Dios mismo; y si fuera capaz de permanecer sin modificación y sin ingrediente extraño alguno, haría suyo el modo de ser más propio de Dios.»

Y con palabras propias o de su maestro afirma el padre Imbriani:

—En este retiro inmovible ha estado Dios eternamente y todavía está.

Pero más que esta teoría sobre la calidad y la fuerza del retiro, lo que prende la atención de Stefano es el concepto de lo Uno tal como explica el padre Imbriani que lo desarrolló Eckhart partiendo del filósofo griego Parménides, quien fundó gran

parte de su doctrina de la Verdad en el concepto de lo Uno. En efecto, lo que es uno no puede ser múltiple, pues justamente lo Uno se opone a lo Múltiple, que es el reino de la ilusión y de la opinión. Lo Uno es la entidad pura, la pura simplicidad y la pura uniformidad. La cuestión de cómo es posible concebir lo Uno como absolutamente Uno, sin ninguna pluralidad, y a la vez concebir la posibilidad de que de lo Uno emane la pluralidad fue uno de los grandes problemas planteados ya por Platón.

Pasan los días lectivos, los meses. Al año siguiente el padre Imbriani se extiende en cuestiones apologéticas, pero vuelve y vuelve una vez y otra al Maestro Eckhart...

—... quien aconsejó no rechazar ascéticamente los bienes temporales, sino simplemente no dejarse atraer por ellos, tomarlos como vinieren. Se refirió también a «tener en uno la realidad de Dios», en tal forma que todo refleja a Dios y sabe de él. Al predicar el desinterés, el desprendimiento, el desasimiento lo consideró más eminente que el amor.

El padre Imbriani pide a sus alumnos —adolescentes propensos a distraerse— que extremen la atención, que graben en sus memorias y en sus corazones lo que van a oír: uno de los postulados por los que sus adictos admiraron más al Maestro Eckhart y por el que sus adversarios estuvieron a punto de conseguir su condena.

—Es el desinterés, el desprendimiento, decimos, más eminente que el amor. Una razón de ello es, aunque lo mejor del amor es que me fuerza a amar a Dios, que es mejor para mí mover a Dios hacia mí que yo moverme hacia Él, pues mi bienaventuranza eterna consiste en que yo y Dios seamos uno, y Él puede ajustarse y unificarse mejor conmigo que yo con Él.

—Difícil —diría después el amigo Bruno en una de sus controversias confidenciales.

—¿Difícil de conseguir? —pregunta el escolar Maffei.

—No; difícil de entender —se lamenta el escolar Bruno Panelli.

Algunos predecesores de Eckhart habían identificado a Dios con la materia prima; el Maestro Eckhart, sin llegar a tanto, fue acusado de panteísmo, teoría según la cual la realidad comprende un único ser del que todas las cosas son apariencias, variantes, reflejos, modos, fragmentos; el panteísmo era un concepto religioso que rechazaba el deísmo al afirmar la inmanencia esencial de Dios en las criaturas.

—Yo no sé si Dios es mi amigo y condiscípulo Stefano Maffei, no sé si tú eres Dios, si Dios está en ti, si tú eres un trozo de Dios, si eres una apariencia de Él. Pero, después de escuchar durante meses las explicaciones del padre Imbriani, hay algo de lo que estoy ahora más seguro que el día en que te conocí: tú eres tú.

No sabe Maffei si reír o asombrarse ante la afirmación, que le parece tan escasamente filosófica, de su amigo.

—¡Buena noticia! Eso es una certeza de primer grado. Para llegar a esa consecuencia no es necesario estudiar teología.

—Pues eso digo yo —resume Bruno, y deja que su mirada caiga al suelo, con melancolía.

—El Maestro Eckhart fue un místico —explica el padre Imbriani con su voz profunda, su parla monótona, inadecuadas ambas para público tan joven y temas tan áridos—, uno de los más destacados representantes de la mística alemana de su tiempo. Pero su misticismo fue, en su esencia, de raíz intelectual: no se refería a la unión con Dios por el amor, sino por el entendimiento. Dios es una realidad, no un producto de la imaginación del hombre, puesto que Dios es, necesariamente, anterior a la imaginación, y si existiera un numen posterior a la imaginación, ese numen no sería Dios.

A veces, los comentarios de los dos amigos sobre lo escuchado acaban en risas, no pueden evitarlo.

—¿El uno es Dios o el uno eres tú? ¿O soy yo?

—¿O eres tú uno y yo otro uno?

—Quizás no seamos dos, sino un uno y otro uno.

Y ríen como simples, como jóvenes que son. No ríen de las explicaciones del padre Imbriani, y mucho menos de los postulados del Maestro Eckhart, sino de ellos mismos, como si se vieran desde fuera y pudieran burlarse de su dificultad para comprender y de sus esfuerzos para lograrlo.

Pero todas estas disquisiciones, se pregunta con insistencia Stefano, por muy trascendentales que sean, ¿guardan alguna relación con su «pecado»?

El director espiritual, en confesión, le ha dicho que lo peor de su pecado es que ha sido contra la pureza; si hubiera sido un pecado de lujuria y no más, la penitencia habría sido más leve, pero, habiendo sido contra la pureza, contra la inocencia, puesto que inocente y pura es Claudia, la penitencia debe ser mucho mayor. Y el arrepentimiento y el propósito de enmienda, absolutamente rigurosos. Se empieza por un simple beso que puede parecer casto, puro, y se puede acabar en el infierno, pues no hay que olvidar que una de las máscaras que más utiliza el diablo es la de la inocencia.

Se siente inclinado Stefano a hacer confidencias a Bruno respecto a lo que le atormenta, pero su timidez, o su pudor, le frena.

Bruno tiene dudas. Está en el convento porque su madre hizo una promesa. A él le atrae del seminario la discusión filosófica, escolástica o no, siempre que esté alejadísima de la mística. A Stefano lo que más espacio de su cerebro le ocupa es el concepto del pecado, sobre todo de «su pecado». Pero no se atreve a comunicárselo a

su amigo, pues le han atemorizado las amenazas del confesor.

Y ante la sorpresa de Stefano, un día es su amigo Bruno quien le hace a él esa confidencia. Ha tenido relaciones carnales con una mujer de su pueblo, una mujer de malas costumbres. Él, Bruno, se sintió muy atraído por su propia hermana, dos años mayor que él, y, para desahogarse, para librarse de la amenaza de ese horrible pecado, fue con unos amigos en busca de la mujer de malas costumbres y copuló con ella. Él ya sabía que el pecado de lujuria era menor si no afectaba a la pureza y que también era menor la penitencia. Lo que le parece más difícil es que el arrepentimiento sea sincero.

A pesar de la prueba de confianza que le da su amigo con esta confidencia, Stefano no se atreve a corresponder con la misma sinceridad. En el fondo de su conciencia comprende que no le atemoriza referir su pecado, sino que sea tan venial.

De día en día las dudas atormentan más a Stefano; han hecho presa en él y no le abandonan, aunque el aterrizado joven las combate con el arma de la oración. Y quizás sea él el culpable de esas torturas. ¿No se está desgarrando a sí mismo al romper su unidad? ¿No ha partido, contra la Naturaleza y contra el mandato divino, su alma en dos? Jesús le ofrece el cáliz de la sagrada cena, de él beberá a diario dentro de pocos años. También el demonio le ofrece la copa dorada del placer, la tiene allí, al alcance de su mano. Pero Cristo no tolerará que beba en la copa del demonio, ni el demonio que beba en la de Cristo redentor. O el placer del momento o la redención por toda la eternidad. Se esfuerza en luchar contra la tentación, y él mismo al recordarla y combatirla la convoca, él mismo hace que de la oscuridad nocturna surja el rostro luminoso de Claudia y que encienda la noche su sonrisa oferente. A pesar de todos los textos bíblicos, no creyó nunca que el diablo pudiera ser tan hermoso.

Se ha convertido en lo más peligroso, en lo más propicio a caer en las redes del malo: es un hombre de dobles pensamientos. Muchas noches las pasa en vela; como se revuelve su alma se revuelve su cuerpo sobre el lecho, le pesa, siente que debería desprenderse de él, es una tara, un castigo, pero odiarlo, renunciar a él es el peor de los pecados. Dios le ha dado aquel cuerpo y, aunque el enemigo haya hecho de él su casa, no debe repugnarle.

¿Por qué Dios le desampara? ¿O es aquella una de las pruebas a las que somete a sus hijos predilectos, a los que han de formar la vanguardia de la Santa Iglesia? Debe escaparse antes de sufrir la derrota definitiva. Pero ¿qué es escaparse? No volver a su casa durante el descanso del verano. No exponerse a lo que en el convento llaman la «crisis». O, cuando menos, no volver a ver a Claudia durante aquellos días de descanso, de prueba. Pero ¿eso será suficiente? ¿Acaso Claudia, sus ojos, su boca ya inolvidable, su cuerpo no surge a cada momento del insomnio, de las entrañas de la noche?

Ilumina Tú, Señor, con luz más potente las tinieblas de mi espíritu. No me permitas ser Uno y Uno: ayúdame a ser sólo. Uno, sólo yo. Llévame a tu camino y haz que lo pise con firmeza, sin dudas, acógeme en tu Verdad.

El año anterior, días antes de concluir el tiempo del descanso, de la «prueba», salió de su casa antes del alba, sin decir nada, con la complicidad del fiel Vittorino, dejó una nota escrita a su padre para tranquilizarle y regresó al convento de Santo Marco antes de la fecha prevista.

Se escapó.

Creó que así se escapaba de sí mismo, o del demonio que había elegido su cuerpo como hospedaje. Tuvo miedo a ver de nuevo la luz del día en la casa Maffei, en su casa, en su campo, miedo a escuchar el canto de los pájaros como en su infancia, a ver los prados, los sembrados, la doble hilera de cipreses que bordeaba el camino, más allá los viñedos suavemente iluminados por el sol recién surgido tras la silueta oscura de la ciudad. Rafaello, el cochero, el carruaje... El riachuelo, el agua golpeando las palas, la rueda del molino... La escuálida hija del molinero...

La hermosa mujer que surgió de ella cuando el ángel de la guarda se descuidó y el demonio encontró libre el camino.

El torrente y las flores...

¡No tengo fuerzas para soportar este desgarramiento! Estoy a punto de enloquecer, me pierdo en un laberinto y yo soy el laberinto cuya salida no encuentro. Atisbo cerca una salida, pero es la boca del infierno. Tras ella no veo horrores, sino una terrenal belleza. Y los placeres de la carne que esa belleza anuncia.

Ayúdame Tú a renunciar al mundo, al saber, a la belleza, a la carne que me tienta con sus dulces, fragantes racimos, a todo lo que no sea Tu Voluntad, Señor.

Pero aquella falsa huida ha sido inútil. Ha pasado un año y ahí está Stefano, cerca del torrente, junto a Claudia.

No mintió a su padre cuando le dijo que lo que hacían Claudia y él allí era hablar de las modernas humanidades, y leer fragmentos de *La Divina Comedia* y sonetos de Petrarca. Y comentar si las nuevas representaciones teatrales podrían cambiar la forma de vivir, como muchos opinaban que la estaba cambiando el descubrimiento del arte y la filosofía de la antigüedad.

Cuando Stefano, junto al torrente, lee a Claudia los sonetos de Petrarca, advierte en su fuero interno que lo que le complace es la admiración con que ella le observa fijamente mientras lee, quizás porque en esa actitud cree adivinar una promesa de placer.

Se diría también que esta admiración aumenta la belleza del rostro de Claudia.

*Hirióme el corazón vuestra mirada
y al apartarla se abre más la herida.
¿Es verde o es azul o está teñida
de la luz de la tierna madrugada?*

Esta calurosa tarde de verano Stefano no lee el soneto de Petrarca como tantas otras tardes. No tiene el libro en las manos. Recita el soneto. Lo sabe de memoria.

*¿Acaricia, desprecia, o, enojada,
se aleja, de mirarme arrepentida?
Haced que vuelva a mí más mantenida,
aunque deje mi alma traspasada*

*del dolor de saber cuánto me miente.
Si vuestra voluntad os niega amarme,
herido estaré ya toda la vida.*

*Un pensamiento escondo tras mi frente:
que no dejéis, señora, de mirarme;
vuestra mirada sanará mi herida.*

Claudia, arrodillada frente a él, le ha escuchado arrobada. No llega a desentrañar el sentido final de los versos, pero se deja prender en el sonido de las palabras, en el ritmo y la rima, en la melodía, en la voz juvenil, pero ya grave, de Stefano. Como si aquello fuera un mérito extraordinario, Claudia dice, en pura admiración, con la mejor de sus sonrisas, con la más hiriente y sedante de sus miradas:

—Te sabes el soneto de memoria.

—Te he engañado, Claudia. Este soneto no es de Petrarca. Lo he compuesto yo. Lo he compuesto para ti.

—¿Para mí?

—Pensando en ti.

—¿Y eso que dice al principio...? ¿Cómo es, cómo empieza?

—¿Al principio? «Hirióme el corazón vuestra mirada.»

—Sí, eso. ¿Eso es verdad? ¿Lo escribiste pensando en mí? ¿Mi mirada te ha hecho daño?

—Sólo dice que tu mirada ha herido mi corazón.

—¿Significa que te has enamorado?

—Sí... No... No sé... Bueno, es un soneto. La poesía no es necesariamente la realidad. Es fruto de la imaginación...

—¿Por qué me engañaste? ¿Por qué me dijiste que era, como los otros, un soneto de Petrarca? ¿Por qué, antes de recitarlo, no me dijiste que lo habías hecho tú?

—Pues... no sé... Creo que me dio vergüenza.

Claudia se lleva las manos a la cara y se ríe, asombrada.

—¡Sí, es verdad, te daba vergüenza decir que habías escrito eso para mí! ¡No comprendo por qué tiene que darte vergüenza! ¡Todavía estás avergonzado! ¡Tienes las mejillas coloradas como tomates!

Extiende una mano hacia el rostro de Stefano. La pone en su mejilla sonrojada.

—¡Estás ardiendo! ¿Es por la herida que te he hecho en el corazón?

Stefano entreabre la boca pero no llega a hablar. Las yemas de los dedos de Claudia acarician la ardiente mejilla de Stefano, se pasean por ella, van hacia la otra mejilla, pero antes de llegar tropiezan con el hallazgo de los labios entreabiertos...

—También te arden los labios, Stefano... —musita Claudia, casi sin voz—. Como si tuvieras fiebre...

—Creo que la tengo —consigue decir, enronquecido, Stefano.

Han llegado los dedos de Claudia a la otra mejilla. La palma de la mano ha quedado frente a la boca de Stefano, que lenta, palpitante, suavemente, besa la palma de la mano de Claudia.

Claudia pregunta, casi no oye su propia voz:

—¿Yo también puedo decir: Hirióme el corazón vuestra mirada?

La mirada de Stefano se halla detenida, apresada, anegada en los claros ojos de Claudia. No consigue apartarse de ellos.

—No sé... Tú tienes que saberlo, Claudia...

No quiere reincidir Stefano en su pecado venial, aunque el demonio se presenta hermoso en la tarde de verano, en el rumor del agua, en el trino de los pájaros, en el muelle césped, en el colorido de las flores silvestres, en los ojos de Claudia, en la caricia de sus dedos, en sus labios, en su aliento.

Despacio, muy despacio, muy despacio, como una madre que va a besar al hijo cuando después de escuchar el cuento cae dormido y teme despertarle, Claudia lleva sus labios hasta los de Stefano y los besa, sin que él los retire ni los cierre. Siente Stefano que también tienen fiebre los labios de Claudia. Un instante Stefano piensa cerrar los ojos porque cree que así disfrutará más en sí mismo el deleite, pero no, los deja abiertos para ver con ellos el azul del cielo al tiempo que siente sobre sus labios el peso levísimo de los labios de Claudia.

Claudia está arrodillada junto a él, casi encima de él. Sin despegar sus labios toma las manos de Stefano con las suyas. Ahora sí, se yergue, se incorpora. Una de las manos de Stefano la lleva a una de sus tetas, la oprime.

A Stefano se le caen los párpados. No encuentra en la contemplación del cielo azul belleza suficiente. La belleza debe de estar allí, en lo que palpan las yemas de sus dedos. Claudia ha llevado la otra mano de Stefano a su otra teta y oprime las dos delicada pero firmemente. Como un ramalazo de viento, una pregunta plantea Stefano a su conciencia: ¿eso es el preludio de todo aquello a lo que ha de renunciar?

Verano, calor. Muy ligera es la tela que cubre las tetas de Claudia, pero la niña ya mujer, que no sabe si respira o gime, deshace con dedos nerviosos los lazos de la blusa y ofrece a los ojos y a las manos de Stefano la belleza irresistible, incitante, provocadora de sus tetas jóvenes y firmes, de sus pezones enhiestos.

No está Claudia arrodillada junto a Stefano: está sobre él. Ella le toma las manos y con ellas se acaricia. Ella lleva uno de sus pezones hasta la boca de él y allí lo

introduce, mientras musita:

—Niño, niño...

Stefano sigue paciente, que sea ella la que actúe. Pero que no deje de hacerlo. Ella, con las manos de él, se va acariciando el cuerpo, las tetas, la cintura, los abiertos muslos. Que no deje de acariciarse.

Es aquello el deseo, el deseo contra el que debe combatir, pero no quiere, su voluntad se niega a combatir. Tampoco quiere hablar a Claudia, preguntarle. Un claro egoísmo le lleva a no interrumpir lo que adivina que Claudia se dispone a hacer.

¿Lo ha hecho más veces Claudia? ¿Se inicia esta tarde como él, o ya no es pura? En el seminario, el director espiritual querrá conocer este pormenor.

Pero ¿qué importa eso ahora? Lo que importa es la satisfacción del deseo, del deseo de la carne, que un placer tan intenso promete, un placer que es al mismo tiempo que placer una necesidad.

Cuando poco después, o mucho después, o en otros momentos de su vida, recordó el novicio Stefano Maffei, o el padre dominico Stefano Maffei, aquella tarde, aquellos momentos, podría haber jurado no sólo que el tiempo se detuvo, sino que cesó el ruido del torrente, que dejaron de piar y de cantar los pájaros, de zumbar abejas y mosquitos, de soplar el viento en la fronda de la arboleda. El ardiente sol crepuscular dejó de hundirse tras las montañas. Todo dejó de existir, todo lo que no fuera la carne de Claudia en las manos de Stefano, su lengua en su lengua, sus entrañas oprimiendo, bañando la verga del escolar de los dominicos. Un breve grito desgarrador permanece en la memoria de Stefano, grito que en un primer momento creyó lanzado por un ave. Y el peso de la cabeza de ella cayendo sobre el pecho de él. Y cómo el grito, la queja, tras un reposo, se fue transformando en suspiros, en ayes gozosos, cuando ella volvió a incorporarse y se desprendió de la blusa que arrojó a un lado, de la falda, que lanzó al otro, y se mostró a Stefano, sobre él, en toda su belleza carnal, gozándole y haciéndole gozar abandonada a su instinto de mujer.

Como en la otra ocasión, cuando el «pecado venial», Stefano se arrepiente, y esta vez el dolor que le produce el arrepentimiento es más profundo, más desgarrador. Recurre para atenuarlo al sacramento de la penitencia. Pero el confesor, al escucharle, se comporta con gran rigidez, con dureza, sin palabras de consuelo, alejadísimo de la caridad cristiana. Desde luego, le otorga el perdón de Dios, pero la penitencia que le impone hace dudar a Stefano de sus fuerzas para cumplirla: aparte de la oración constante, ayunos, flagelaciones, noches en vela... Ha dado un triunfo al demonio. Ha causado a Dios un dolor enorme, que debe pagar con el propio dolor. Y el arrepentimiento y el propósito de enmienda deben ser sincerísimos, deben partir de lo más hondo del alma.

Así son el arrepentimiento y el propósito de enmienda del escolar, al menos, él lo cree.

El director espiritual se manifiesta ligeramente más benévolo que el confesor —es el mismo—: no impone sacrificios ni castigos; hace recomendaciones. Insiste en la necesidad de arrepentimiento y en el firmísimo propósito de no reincidir en aquel pecado, y recomienda evitar las ocasiones de cometerlo. También recomienda un doble examen de conciencia: uno para reconocer sus pecados y otro para interrogarse a sí mismo sobre la sinceridad de su vocación. Nada malo habría, en nada ofendería a Dios, si decidiese abandonar el seminario. Si persiste en la idea de profesar, la última recomendación que puede hacerle el director espiritual es que no vuelva a ver a aquella joven que le ha inducido al pecado.

Pero esta recomendación no es necesaria, pues ya Stefano, por segunda vez y ésta con más firmeza, lo ha decidido así.

XIV

UN PASEO POR EL HUERTO

Grave situación, padre Maffei. Porque todo lo que habéis hablado en la catedral con Gian Batista Montesecco es muy cierto. Lo que ha dicho Montesecco y lo que habéis dicho vosotros, tú, padre Maffei, y el padre Bagnone.

A la atardecida, paseaban el cardenal Riario y el dominico Stefano Maffei por el huerto del palacio Pazzi. Nadie los escuchaba. El tono en que hablaba Su Eminencia era confidencial, pero no por el temor de ser oído, sino por la naturaleza del tema.

—Es muy cierto. Y de esa certidumbre debemos extraer nuestra manera de obrar. Otra salida no nos queda. Porque hay que llevar a cabo esta acción aun en contra de todas las circunstancias.

—¿Tenéis ya algún proyecto, señor?

—Sí, el que te estoy exponiendo. El que se desprende de lo que el condotiero Montesecco, Bagnone y tú habéis razonado hace unas horas. Es como una parábola... El clérigo en la noche oscura, noche tormentosa, perdido en el bosque, junto al torrente, siente pavor... No es la circunstancia más adecuada para que al clérigo no le tiemble el pulso al empuñar un arma. Y el pulso no debe temblar. En un templo, ante las imágenes, entre la luz de los cirios y los vitrales, envuelto por los cánticos gregorianos, la mano del asesino tiembla más que la del clérigo. ¿Tú temblarías, Maffei?

¿Tan a deshora me hace el cardenal esta pregunta? Es tarde ya para preguntar eso. Ni yo mismo me lo pregunto. Sé que tengo que hacerlo y con eso me basta. Lo sé desde que empecé a razonar con el bandido. Esta era mi obra y no la suya. ¿Qué debo responder al cardenal?

—Es tarde ya para preguntar eso, Eminencia. Yo no me lo pregunto. Sé que tengo que hacerlo y con eso me basta. Lo sé desde que empecé a razonar con el bandido. Esta era mi obra y no la suya.

—Nuestra causa...

Se interrumpió el cardenal Riario porque desde el campanile llegó el anuncio del ángelus. Los dos religiosos se arrodillaron. Concluida la oración, Riario volvió a tomar la palabra.

—Nuestra causa es alta, como, en otra medida, lo es la de los Pazzi. Ellos hacen un servicio a Florencia y a la libertad. Nosotros se lo hacemos a la Iglesia de Dios. Montesecco lo hubiera hecho sólo por la bolsa. Y esa es una causa pequeña para una acción tan grande. Pero ¿temblarás, Maffei?

—Si tiemblo, no será por los cirios.

—No hay otra razón, hijo Stefano. Tu vida está salvaguardada. Y tu alma está al servicio de la Iglesia. Un religioso joven como tú está siempre a la espera de ser útil a Dios y a Roma.

—No soy un monje contemplativo, señor. Por mi libre albedrío he elegido este camino.

—El más duro.

—Sé que esta es una gran ocasión. Y aunque no lo fuera, no me negaría. Mi voluntad y mi pensamiento son del papa.

—Dios te lo premiará en la vida eterna. Y en ésta, Sixto IV y yo sabremos recompensarte.

—Agradezco vuestras palabras. Pero no es preciso que os dilatéis en convencerme. Sé que lo he de hacer.

—No he querido hablarte a solas para convencerte, sino porque en ti tengo menos seguridad que en Bagnone.

—Señor...

—Sí, el trance es difícil.

—Eminencia, ¿puedo preguntaros por qué no tenéis seguridad en mí?

—No he dicho eso. Sólo que tengo menos seguridad que en Bagnone. Él es más recio, más fuerte. Me lo imagino más diestro en el manejo de las armas.

—Yo haré un esfuerzo por recordar.

—Pulso firme, Maffei. Es preciso acertar a la primera. Cada segundo que los Médicis estén vivos es un siglo de peligro para la libertad de Florencia y para la gloria de la Iglesia.

—Lo sé, señor.

—Reposa esta noche cuanto puedas. Mañana deberás tener los músculos distendidos. Recuerda lo que te enseñó tu maestro de armas. Bagnone y tú os ocuparéis de Lorenzo. Francesco de Pazzi y Bernardo Bandini, de Giuliano, que es aún más diestro que su hermano. Aunque esta es una precaución innecesaria, pues el logro del plan reside en que en el lugar y en el momento elegidos ninguno de los dos tendrá tiempo de defenderse.

—Confiad en mí, señor. Como en Bagnone.

—Te veo dispuesto y confío, Stefano. Pero necesitaba verte así, a solas, frente a frente. Desde que tu padre te confió a mí he estado preparándote para una gran ocasión y me congratula ver que cuando ha llegado te muestras digno de ella.

—Os lo agradezco, señor.

—En cuanto los Médicis caigan se producirá un gran tumulto, pero los hombres

de los Pazzi estarán a vuestro lado. Vosotros iréis hacia la puerta de la Vía Tarentina. En fin, todo se producirá como antes de la traición de Montesecco. Dios le proteja. El error fue mío al escuchar a mi hermano. No era Montesecco un hombre digno de la ocasión. ¿Tú tienes alguna duda, alguna inquietud?

—No, señor.

—Francesco de Pazzi y Bernardo Bandini tampoco la tendrán. Ya, antes de la traición del asesino, me habían pedido sustituir a su secuaz, pero no lo consideré prudente; así como ahora considero prudente utilizar cuatro hombres en vez de dos para compensar con el número la falta de destreza. Bagnone tampoco tendrá dudas ni inquietudes. Pero tú...

Stefano estaba seguro de sí mismo al responder.

—Yo tampoco, señor, creedme... No dudéis de mis palabras ni de mi decisión. Siento ahora, en este momento, una gran serenidad. Me acompañará hasta mañana. Nunca como ahora había experimentado el infinito descanso que supone estar en el seno de la Iglesia y con qué confianza y seguridad puede actuar un hombre que se ve liberado del pensamiento.

—Celebro que lo comprendas así.

—Si los incrédulos, los que dudan, los que no han sabido emplear su razón como azada para desenterrar la fe, pudieran contemplar ahora el interior de mi ánimo, morirían de envidia. No puede haber mayor tranquilidad, mayor goce que éste de no sentirse criatura humana, hombre completo, sino un simple brazo de la voluntad de Dios.

—Así es, Stefano.

—Porque mañana en la catedral no estaré yo, no estará mi voluntad ni mi pensamiento —mi voluntad y yo estamos siempre en el seno de la Iglesia de Roma—, sino que estará sólo mi brazo.

—Recuerda, Maffei, lo que te enseñaron hace tiempo: los músculos distendidos, la fuerza en el puño.

—Sí, Eminencia.

—Ve a avisar en seguida al padre Bagnone, a Iacopo y a Francesco de Pazzi, a Bernardo Bandini, al obispo Salviati. Diles a todos que debemos reunimos ahora mismo.

—Sí, Eminencia.

—Yo aguardo aquí.

Stefano Maffei, obediente, se alejó a buen paso hacia el interior del palacio.

—Y que Dios bendiga tu brazo, hijo mío.

Los jefes de la conjuración habían decidido que, ante la defección repentina de Gian Batista Montesecco, Landi y él fueran sustituidos por los jóvenes dominicos Maffei y Bagnone, ya que ambos, en su adolescencia, habían aprendido el manejo de la espada

y la daga.

Pero... «quienes por su menester y su naturaleza eran ineptos para empresas de este cariz, porque si para alguna faena se buscan el ánimo grande y firme frente a la vida y frente a la muerte, y comprobado por muchas experiencias, más es necesario tenerlo en éstas en las que se ha visto bastantes veces a los hombres duchos en el empleo de las armas y habituados a la vista de la sangre faltarles el ánimo»^[2].

A la mañana siguiente, durante la misa mayor, en la gran nave de Santa María del Fiore, iluminada por miles de velas, cirios, hachones, y por la luz multicolor que se filtraba a través de los vitrales, adornada para la ocasión con tapices en los que destacaban las seis bolas de las armas de los Médicis y la cruz y el lirio dorado, las armas de Florencia, en el momento de alzar, cuando los hermanos Médicis estaban arrodillados, con la vista fija en el suelo, y los cuatro sicarios, saltando sobre los bancos se abalanzaron al presbiterio, a uno de ellos, el padre dominico Stefano Maffei, le tembló el pulso.

XV

LA BOTICA DE ANTONIO DE PRATO

Maese Antonio, el boticario, trabajaba, preparaba una fórmula magistral. Beppo, su joven mancebo, no: era domingo, y Beppo estaba vestido para la ocasión y no con el mandil de a diario. Pero tenía vocación, pensaba llegar a boticario, y si por ser domingo no ayudaba a su maestro, sí se creía con derecho a preguntarle.

—¿Esto qué es, maese Antonio?

Y alargaba un frasco de botica hacia su maestro.

—Beppo, tienes que aprender a leer.

—Si me vais diciendo los nombres, yo iré distinguiendo los frascos por los adornos.

—Sí, así empecé yo. Pero luego aprendí a leer.

—Mi padre dice que para ser boticario no hace falta saber leer.

—Tu padre es más viejo que yo —arguyó maese Antonio de Prato—. Es de otros tiempos. Ahora todo se ha puesto muy difícil. Y este arte, más que otros. ¿Por qué crees tú que sirvo yo a los Médicis y a los Strozzi y a los Pazzi y al obispo? Pues porque sé leer.

—Y porque sois el mejor —replicó, zalamero, Beppo.

—No, Beppo. Nadie es el mejor —filosofó el boticario sin dejar de remover la mezcla en el mortero—. O, por lo menos, nadie sabe quién lo es. Ni eso importa mucho. Pero sí importa trabajar bien. Y yo trabajo bien porque he leído.

—¿De veras? —preguntó, incrédulo, Beppo, abriendo mucho los ojos.

—Créeme, Beppo, en Florencia los boticarios que no sepan leer ya pueden dejar su oficio. Y tú, si no aprendes, tendrás que volver al campo, con tu padre.

A Beppo se le escapó una grotesca mueca de repugnancia.

—¡No, eso sí que no!

—Claro. Florencia es más bonita.

—El campo es para los viejos. Aquí, en la ciudad, las cosas cambian y uno también puede cambiar.

—Pues para empezar el cambio, esa cabeza llena de pelos llénatela también de letras.

—Alguien tendrá que enseñarme.

—Mi hija Isabela puede hacerlo.

—¡Ah! Si me enseña vuestra hija, ya lo creo que aprendo.

El maestro le dio un cariñoso pescozón.

—Para eso te crees muy listo, ¿eh? Anda, tráeme la salvia.

Iba Beppo por lo pedido, cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Voy a abrir, maestro?

Llegó Lucrecia, la boticaria, quiere decirse la mujer del boticario, de la cocina, limpiándose las manos en el delantal.

—Deja, voy yo. Es Beffone; le he visto desde la ventana.

El boticario advirtió, socarrón, a su mancebo:

—Ése te va a quitar la novia.

—Pues tampoco sabe leer.

—Para la ebanistería, ninguna falta hace.

Alegre y simpaticón, el recién llegado Beffone, pretendiente afortunado de Isabela, la hija del boticario, vestido muy de domingo, hizo como que olisqueaba el ambiente.

—¡Huy, qué sabroso *spezzatino* se va a comer hoy en esta casa!

Preguntó el ama Lucrecia:

—¿Sí? ¿De dónde sacas eso?

—Del olor que despide el ama.

Enmendó ésta, en lo que regresaba a la cocina:

—Sí que entiendes tú de guisos... No es *spezzatino*, sino judías con corteza.

Intervino maese Antonio para zanjar la cuestión; señaló su mortero.

—Lo que has oído es de aquí: orégano.

—Buenos días, maestro. ¿Trabajando en domingo?

—No trabajamos, Beffone. ¿No ves que Beppo está vestido de paje de corte? Esto que hago es estudiar. Hay que aprender siempre cosas nuevas.

El ebanista Beffone torció el morro.

—Andaos con cuidado, maese Antonio, con tantas cosas nuevas. Se cuenta de muchos brujos que han acabado mal.

—Nada tiene que ver esto con la brujería. Si quieres comparar, compáralo con la cocina.

—Prefiero mi arte —se defendió el ebanista—. No hay que inventar. Las sillas siempre han sido igual, y las mesas, y los arcones, y así seguirán por los siglos de los siglos.

—De eso no entiendo —se excusó el boticario.

—Aprendes lo que te enseña tu maestro, enseñas lo mismo a tu aprendiz, y así no hay peligro de morir en la hoguera.

—La botica es distinta, muchacho. Hay gente que no quiere morir ni en la cama. Si las medicinas son malas, hay que inventar otras mejores.

—¿Aunque os abrasen por ello? Prefiero las sillas. Los hombres también necesitan sentarse para no morirse, ¿no creéis, Antonio de Prato?

—También tu arte es bello y útil.

—Lorenzo de Médicis le va a regalar una villa a su cuñado Guglielmo de Pazzi. Han estado hablando en el taller con mi maestro. Le van a llenar las arcas de onzas de oro.

Antonio estaba todavía moliendo en el mortero cuando asomó Lucrecia, su mujer, con otro mortero en la mano.

—¿Tienes perejil? —preguntó la mujer.

—Sí, por aquí había —respondió el marido—. Toma.

Y le dio una ramita.

Beffone dio un codazo a Beppo.

—El mismo oficio. Vas para cocinera.

Se volvió hacia el ama, a punto ya de entrar en la cocina.

—¿Dónde está Isabela, ama Lucrecia?

—Salió a la plaza con Adriana y con Aldo —respondió el ama, y se marchó.

—Dijo que me esperaría aquí —se lamentó Beffone.

El boticario dio una explicación.

—Lorenzo y ese cardenal que ha venido de Roma iban a misa mayor y Lucrecia quería ver el cortejo.

De la calle llegaba un rumor que iba creciendo con rapidez.

—Y vos, maestro, ¿seguís cocinando? ¡Quitaos el mandil y vamos nosotros también! —dijo, impaciente, Beffone, y fue a observar la calle desde la ventana.

—Yo calculo que hace ya más de media hora que ha empezado la misa.

Beffone no se esforzaba en ocultar la inquietud que le causaba la ausencia de la hija de los boticarios.

—No sé si salir a encontrar a Isabela. ¿Qué os parece, maese Antonio?

—Estáte tranquilo, Beffone —dijo Beppo—. Apuesto a que no se ha ido para siempre.

—Tú atiende a ver si sale Satanás de una de las mezclas que hace tu amo —replicó el ebanista, sin abandonar su puesto en la ventana—. Esa es tu obligación, y no meterte en mis asuntos.

En la cocina, Lucrecia sintió que aumentaba el rumor que llegaba de la calle. Limpiándose las manos en el delantal, se asomó por la puerta del despacho.

—¿No habéis oído nada? —preguntó—. Desde la cocina me ha parecido oír voces, gritos.

Corrió hacia la ventana, en la que Beppo se esforzaba por ver algo hacia el fondo de la calle.

—¿Ves algo, Beppo?

—Desde aquí no.

Justo en ese momento sonaron golpes en la puerta. Alguien llamaba.

—Ve a abrir, Beppo —dijo el boticario, que interrumpió su labor para prestar atención a quien llamara.

Beppo corrió hacia la puerta, mientras gritaba, asustada, ama Lucrecia:

—¡Antonio, Isabela está en la calle! ¡Me dijo que quería ver la cabalgata y asistir a la misa mayor, por ver a los Médicis!

—¡Ya lo sé mujer, pero no es para que te pongas así! ¡No es la primera vez que va a misa!

Beppo abrió, y en el marco de la puerta apareció Isabela, que se adentró en el despacho fatigada, convulsa. Se llevaba la mano al pecho, como si le costara respirar y le fuera imposible pronunciar una palabra.

—¡Isabela! —exclamó, asustada, la madre. Y fue, precipitada, hacia ella.

Isabela gritó:

—¡Han matado a los Médicis! ¡Los han matado en la iglesia! ¡Lo he visto, lo he visto!

A maese Antonio se le cayó de la mano el recipiente que sostenía. Chocó con otro, y los dos se estrellaron en el suelo y se rompieron con estrépito.

—¿Qué es lo que dices, hija, Isabela? —preguntó, espantado, el boticario.

Los líquidos de los dos cacharros se mezclaron en el suelo. De la inesperada mezcla empezaron a surgir llamas, humo y burbujas de colores.

—¡Ten cuidado, Antonio, apártate de ahí! —advirtió, nerviosa, ama Lucrecia.

—¡Los han matado! —gritaba, desmelenada, la hija, Isabela—. ¡En la iglesia! ¡Yo lo he visto! ¡Lo he visto!

—¿Lo has visto tú? —preguntó el padre en lo que intentaba, con los pies, apagar el fuego—. ¿No te equivocas? ¿Estás segura de que los han matado?

—¡Sí, sí! ¡Sí, en la iglesia! —repetía, angustiada y escandalosa la hija.

—¡Sacrilegio! —exclamó, horrorizado, maese Antonio, al tiempo que hacía rápidamente la señal de la cruz.

—Serénate, hija mía, serénate —dijo la madre, yendo hacia Isabela—. Trae agua, Beppo.

Beppone, el ebanista, aterrorizado más que por los gritos por el fenómeno de química que ocurría en el suelo, no conseguía apartar la vista de las llamas y las burbujas de colores, que estallaban una tras otra. Cerraba los ojos para no ver lo que le parecía siniestro prodigio, pero no podía evitar volver a abrirlos, como si hubiese perdido el dominio de su voluntad.

—¡Apagad eso, apagadlo! —gritaba sin poderse dominar—. ¡El diablo está ahí!

—¡Ayúdame a apagarlo, Beppo, ven aquí! —ordenó el boticario, sin dejar de bailotear sobre las llamas—. No te quedes ahí quieto como un pasmarote.

—No, no... —dijo Beppo, amedrentado, sin acercarse—. ¡Ha sido por el sacrilegio!

—¡Pisa aquí! —insistió el maestro—. ¡Ven aquí a pisar conmigo, y no digas sandeces!

—No, no, maese Antonio. ¡No me pidáis que pise ahí! ¡Es Satanás..., Satanás...!

—¡Sí, sí, Satanás! —apoyó Beffone, el ebanista, pretendiente a la mano de Isabela, que, olvidado de que si aspiraba a conseguir algo de ella debía exhibir su hombría, su valor, como si no fuese dueño de sus movimientos, retrocedía con pasos de autómatas en dirección a la puerta.

—¡No digas sandeces, Beppo, cierra la boca! ¡El desgraciado Beffone no es más que un ignorante ebanista, y no entiende esto, nada sabe de la ciencia química, ni de ninguna otra! ¡Por eso cree en el diablo como una mujer pueblerina! ¡Pero tú eres algo más, eres boticario, Beppo! ¡Boticario! ¡Ven acá de una vez y patalea!

Beffone se sintió más inclinado a la amistad que a la rivalidad amorosa y aconsejó al mancebo:

—No, no te acerques. Es Satanás..., Satanás... Te lo digo yo, que soy buen creyente.

Se dejó caer de rodillas, y, a pesar del temblor de su mano, consiguió santiguarse.

Un hombre de los muchos que corrían por la calle, un vecino y tal vez cliente de maese Antonio de Prato, se acercó a la puerta de la botica y la entreabrió para gritar hacia adentro:

—¡Han matado a los Médicis!

Y siguió su carrera.

El boticario, ya exasperado, ordenó:

—¡Pareja de mentecatos, venid acá!

El ebanista Beffone no le obedeció. Ni durante un momento le pasó por la imaginación hacerlo, no sólo porque maese Antonio no era su amo, sino porque el indomable terror del más allá se lo impedía, pero Beppo, dócil aunque amedrentado, se acercó a las llamas, y sacando fuerzas del espanto, pataleó sobre ellas.

Ama Lucrecia regresó con el vaso de agua y se lo dio a su hija Isabela, que bebió a pequeños sorbitos, pues le era difícil tragar.

Comenzó a llegar de uno y otro lado de la ciudad el sonido de campanas que tocaban a rebato.

Ama Lucrecia, ya serena, dueña de la situación, sentó en una silla a Isabela, que decía entre hipoes incontenibles:

—¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡He visto cómo le saltaba la sangre del cuello!

—Toma, bebe, bebe... Serénate, hija mía.

Maese Antonio, escasamente ayudado por el mancebo Beppo, había conseguido con su bailoteo, que tuvo aires de danza ritual, extinguir la pequeña hoguera.

Hubo un momento de silencio en la botica.

Fuera tañían las campanas, continuaba el griterío, iba en aumento.

Maese Antonio se acercó a su hija Isabela. La abrazó tiernamente, le pasó la mano por el pelo.

Beffone, olvidado de su papel de enamorado pretendiente, seguía con la vista fija en el diabólico charco que habían formado los líquidos.

—Era Satanás... —murmuraba insistente, testarudo, recurriendo a sus fantasías en apoyo de su carencia de razón—. Lo he visto... Lo he visto...

—En el momento de alzar... En ese preciso momento... —repetía Isabela—. Estaba Giuliano de rodillas... Inclined la cabeza, la vista en el suelo...

La madre preguntó, asombrada:

—¿Y en ese momento...?

—Sacrilégio —repitió maese Antonio profundamente.

Isabela se tapó los oídos con las manos.

—¡Se me ha quedado dentro el sonido de la campanilla!

—Bebe, hija —y su madre le ofreció el vaso.

—Beppo, trae el láudano —ordenó maese Antonio.

—Un hombre que había cerca de él, un fraile... —decía, entre sollozos, Isabela—. Vi el resplandor de la daga en el aire, pero en aquel momento no comprendí lo que sucedía.

—¿Y Lorenzo? —preguntó el boticario.

—Yo he visto cómo aquel hombre se precipitaba sobre Giuliano. ¡Vi cómo le clavaba el puñal en la nuca! ¡Y vi saltar la sangre!

Lloraba y reía, abandonada al histerismo.

—¡Hija! —clamó Lucrecia.

Se acercó Beppo con el láudano.

—Tomad, maese Antonio.

—Bebe, hija, es láudano.

Isabela bebió. Su madre le sujetaba la temblorosa mano.

—¿La llevamos a su cuarto? —preguntó.

—Sí, ahora —respondió inquieto el boticario, y volvió a preguntar a Isabela—: ¿Y Lorenzo?

Pero la hija prosiguió, sin escucharle.

—He visto saltar la sangre de Giuliano. Recuerdo muy mal todo... Recuerdo las velas... No se veía muy bien. Pero a Lorenzo le daba en la nuca una luz blanca de un vitral. Recuerdo el olor del incienso, las velas, el murmullo de los rezos, el cántico del coro... La sangre de Giuliano de Médicis, brotando, salpicando al asesino... Casi no se oyó el grito ahogado del Médicis al caer. Cayó allí mismo, en el presbiterio, sobre su reclinatorio, mientras el otro, el asesino, huía apartando a la gente con la daga, que chorreaba sangre de Giuliano.

De nuevo la hija del boticario se abandonó a su incontenible llanto.

—¿Y Lorenzo de Médicis? —volvió a preguntar maese Antonio de Prato.

—¿Lorenzo? Yo lo que vi es que cuando todos corrían de un lado a otro, huían, gritaban, a él le arrastraban los suyos, entre ellos ese maestro, Poliziano, hacia la sacristía, empapado en sangre. Eso es lo que me pareció ver.

Vencida por la excitación y la fatiga, Isabela dejó caer la cabeza sobre el pecho de su madre, que la abrazaba, y lloró, blandamente.

En los rumores que llegaban de la calle, a cada momento más insistentes, se oía gritar:

—¡Han matado a Giuliano de Médicis!

—¡Los han matado! ¡Los han matado!

—¡Han asesinado a los Médicis!

—Lucrecia —dijo maese Antonio—, ve a la cocina y trae un paño humedecido.

Rápida, ama Lucrecia fue a la cocina a hacer lo que su marido le pedía.

Se abrió un instante la puerta de la calle; asomó una mujer y gritó:

—¡Ama Lucrecia, maese Antonio, han matado a Giuliano de Médicis!

XVI

EN EL QUE CLAUDIA CONOCE OTRA CLASE DE AMOR

Se acerca un año decisivo en la vida de Stefano. El año en que dejará de ser escolar para pasar a novicio. En lo que ese año crucial llega, Stefano disfruta una vez más de la pausa veraniega que autoriza la regla. Pausa para que el escolar descanse y también para que se acerque al mundo y ponga así a prueba la autenticidad de su vocación.

El molinero, el hombre blanco, no tan blanco como en los recuerdos de Stefano, ha venido a visitar al señor Adriano Maffei y a arreglar algunas cuentas. Le acompaña su hija, Claudia, granada ya en bella mujer. Ella se las arregla para hablar discretamente con Stefano, que no ha vuelto al molino a buscar a Claudia desde hace más de un año, desde la tarde en que se abandonó al pecado. Claudia quiere que Stefano vuelva a buscarla, quiere que hablen a solas, como siempre, como antes, porque tiene necesidad de prometerle algo muy seriamente. Vive atormentada, se siente culpable, y sólo Stefano puede librarla de esa tortura.

Amanece. Una tibia mañana de otoño, muy apacible, sin nubarrones en el horizonte. Los prados, los sembrados, la doble hilera de cipreses que bordea el camino desde la entrada principal hasta la primera aldea de apareceros, más allá de los viñedos, suavemente iluminados por un sol recién surgido tras la silueta oscura de la ciudad, rematada por las múltiples torres amenazantes de los palacios y la cúpula solemne del Duomo. El pequeño Stefano, que aguarda a su padre cerca del carruaje... Stefano está en el interior del molino. Se abre una puerta y en su marco aparece el hombre blanco, el molinero, que trae algo en los brazos. Un cuerpo. El cuerpo desnudo de Claudia. Avanza hacia Stefano. Son las últimas imágenes del sueño, las imágenes con las que se despierta.

Días después acude Stefano al molino, y los dos, Stefano y Claudia van al lugar de sus encuentros, al torrente. Allí Claudia le confiesa que le atormenta la culpa, que comprende por qué él, no Stefano el hijo del amo, sino Stefano el religioso, no ha

querido volver a verla: porque en ella ha sentido al diablo.

Sin duda el diablo había ocupado su cuerpo por algunas horas, quizás por un tiempo más demorado. Pero ella está arrepentida. Comprende que fue ella quien incitó a Stefano a hacer «aquello», y «aquello» se promete no volver a hacerlo nunca con Stefano. Pero le quiere, le ama, es su mejor amigo y no puede renunciar a verle, a estar junto a él, a hablar con él, incluso a estrecharle la mano. Aunque los dos sepan que nunca más volverán a hacer «aquello». El porque lo tiene prohibido; ella porque no quiere contribuir a la condena y a los padecimientos de él.

Tras escucharla con mucha atención, conmovido, Stefano revela a Claudia que todo eso que ella está proponiendo existe, puede existir entre un hombre y una mujer, o entre dos hombres o dos mujeres sin diferencias de sexo: son los fundamentos del amor platónico.

A partir de aquí, es Stefano quien habla, quien enhebra un párrafo en otro prendidos en el hilo del entusiasmo. Así fue el amor de Petrarca por Laura, platónico, y duró toda la vida. Ella le escucha, sin esforzarse en entenderle. Es el sonido de su voz lo que la prende. Y el brillo de sus ojos, en el que se abisma y se ciega. Sí, sí, ella quiere ser partícipe, y lo será siempre, de ese amor platónico cuyas premisas y cuyas consecuencias no ya se le escapan, sino que no le preocupan, porque el encantamiento le viene de la voz que habla, de los ojos que la miran y que ella ve. Nunca volverá a sentir a Stefano dentro de ella, tras el desgarrado dolor de la herida, pero le amará siempre con amor...

—¿Cómo?

—Amor platónico.

—Eso: nos amaremos siempre con amor platónico.

Llega el año del noviciado. Y en ese año, también el descanso veraniego, el encuentro del novicio Stefano Maffei con el mundo.

Una tarde Claudia dice a Stefano que, en vez de quedarse junto al torrente, en el claro del bosque, leyendo a Petrarca o entregados al amor platónico, se acerquen a Florencia. Alguien le ha dicho que unos cómicos han montado un tinglado en una de las plazas y representan farsas divertidísimas.

El novicio no se deja convencer con facilidad; sabe que esas farsas suelen ser perniciosas.

Desde años atrás, las farsas populares, que causan la indignación de Adriano Maffei, padre, y de otros muchos señores bien pensantes como él, han conquistado al pueblo llano de Florencia, y no sólo al de Toscana, sino al de toda Italia. Sobre los misterios tienen la gran ventaja de tratar asuntos, aunque triviales, más cercanos a la vida real de los espectadores, y sobre las lujosas representaciones del teatro de la antigüedad en los palacios, como la de *Amor y Psique*, inolvidable para Claudia, la de ser habladas en la lengua común, en cualquiera de los dialectos, no en el

incomprensible latín de los eruditos.

Es tanta su aceptación, que las representaciones de estas escenas bufas no pueden faltar en cualquier acontecimiento callejero, en las fiestas señaladas, en las ferias o los días de mercado. En plazas, en patios o corrales de tabernas y posadas, sobre barriles o cajones o improvisadas borriquetas, facilitadas por el carpintero más cercano, se alza un tinglado: cuatro palos y unas colchas o sábanas; muy escasas veces, algún repostero. Entre esos trapos, sobreponiéndose con sus gritos no muy bien templados al barullo del gentío, representan los nuevos comediantes cortas y divertidas estampas satíricas de la vida cotidiana, casi siempre groseras y en muchas ocasiones soeces.

Claudia ha arrastrado a Stefano a la plaza en día de mercado. Un charlatán sacamuelas, tocado con un gorro de piel de nutria y adornado con un collar de dientes humanos, habla a voz en cuello y lanza autoritarias miradas a los curiosos del corro que se ha formado ante él. Con habilidosa maña y unas tenazas arranca una muela a un también vociferante artesano, al que sujeta la cabeza firmemente entre sus rodillas.

Muy divertida ante el dolor y los lamentos del otro, Claudia le señala:

—¡Mira, Stefano, es Fabio, el vidriero! Muy amigo de mi padre. ¡Pobre hombre, qué gritos da! —no puede evitar las risas o no se esfuerza en evitarlas, como otros muchos de los del corro—. ¿No le conoces?

—No, creo que no, o, por lo menos, no le recuerdo.

Un rapazuelo, ayudante del sacamuelas, acerca una palangana con agua al doliente, para que escupa la sangre, y Claudia y Stefano se alejan de allí, abriéndose paso entre la muchedumbre, porque, a pesar de lo divertido que ha resultado, no es ese espectáculo el que buscan.

Claudia se empina para mirar por encima de los hombros y las cabezas de los demás, y ver si encuentra el tablado en que, según le han dicho, cómicos trashumantes van a representar unas farsas, y en la lengua toscana que entiende todo el mundo, no en el latín de *Amor y Psique*, que vio hace dos años y que sí, mucho lujo, mucho relumbrón, pero si no hubiera sido por la explicación de Stefano no habría entendido ni palabra.

Mas por ningún lado se ven histriones, ni cómicos aficionados, ni otros tablados que los de los lenceros y los cacharreros, a nivel del suelo, y no en alto, como sin la menor duda estaría el tinglado de los cómicos.

Dos matronas, mientras otras las separan o las azuzan, se tiran de las greñas, sabe Dios por qué. Si las matronas no son conocidas en Florencia, muy posiblemente hayan armado la camorra para distraer al personal y que uno de sus hombres, o los dos, trabajen en lo suyo: cortar bolsas.

No es eso lo que buscan Claudia y Stefano. Ni lo que ocurre a pocos pasos: un marido que, al tiempo que le lanza insultos soeces, abofetea a su mujer. Mejor dicho, intenta abofetearla; porque ella sabe colocar los brazos de manera muy estratégica para que las manos del marido no le lleguen a la cara. Que son matrimonio, se sabe

perfectamente, porque el agresor no lo oculta.

—¡Puedo pegarle! ¡Puedo pegarle! —repite con insistencia—. ¡Si es mi mujer!
¡Puedo pegarle! ¡Puedo pegarle!

La gente va abriendo corro. Por suerte, los golpes no llegan al rostro de la víctima, que a saber lo que habrá hecho, según dice uno de los curiosos. Sin saber a santo de qué viene aquello, dos espectadores están a punto de llegar a las manos por haber tomado partido.

—¡Puedo pegarle! ¡Es mi mujer! ¡Puedo pegarle!

Tres o cuatro chiquillos desarrapados, luciendo cándidas y desdentadas sonrisas infantiles, gritan a coro:

—¡Puede pegar... le! ¡Puede pegar... le! ¡Puede pegar... le!

—¡Callaos, críos! ¡Respetad a las personas mayores! —ha ordenado con voz agudísima y desentonada una persona mayor, una dama a la que acompaña su ama.

El lujoso y enjoyado atuendo de la dama, su autoridad o su desagradabilísima voz, o las tres cosas al unísono, han hecho enmudecer al encantador coro infantil.

Y al mismo tiempo, en el conyugal combate se han cambiado las tornas. De no se sabe dónde, la agredida esposa ha sacado unas enormes tijeras —quizás de pescadería— y con ellas amenaza a su marido, que ha pasado súbitamente de agresor a atemorizado, del puedo pegarle, puedo pegarle al no me cortes, no me cortes.

Retrocede el desvalido esposo; ataca la hembra armada. Pero cuando, en tres zancadas, se planta, enarboladas las tijeras, junto a su indefensa víctima, ante la sorpresa de los neutrales, no le raja la cara ni le acuchilla los hombros, sino que con sorprendente habilidad de sastre, como si ya lo hubiera hecho muchas otras veces, mientras él grita ay, ay, ay, sin saber cómo protegerse, tris, tras, tris, tras, tris, tras, le corta el cinturón. Como es natural, los calzones se le caen al desdichado. El intenta sujetárselos con las manos. Y, ¡zas!, golpe de tijera a las manos.

Los primeros en reírse son los dos o tres chiquillos desarrapados, que ahora ya son ocho o nueve.

El marido echa a correr, mientras los calzones se le caen, se le traban en las piernas, y dejan ver sus carnes, no muy apetitosas. Las carcajadas se propagan por todo el corro y más gente acude al lugar de los hechos.

Tras el marido corre la mujer. La gente les abre calle.

—¡Conque yo no puedo hablar con mi paisano —se lamenta a gritos ella— y tú sí puedes gastarte todos los días el salario en la taberna!

Sigue él huyendo dificultosamente, apartando a empujones a los curiosos. Sigue ella, amenazadora, tras él.

—¡Soy un hombre que trabaja, y tengo derecho a un esparcimiento!

—¡Y yo soy una mujer que friega la casa, hace la comida, limpia el culo a tus hijos y tengo derecho a mi paisano!

Una gran carcajada acoge esta última réplica de la antes agredida y ahora agresora. Los calzones del perseguido dejan ya al descubierto lo que no deberían

dejar.

Claudia detiene a Stefano, pues, siguiendo la riada de curiosos, iban tras los contendientes.

—A ese hombre le conozco yo —dice—. Es Marcello, el carretero. Cientos de veces le he visto en el molino.

—¿Y qué quieres decirme con eso? —pregunta Stefano.

—Nada importante. Pero... pero es soltero.

—Entonces..., ¿ésa no es su mujer?

—No puede serlo —remata Claudia—. ¿No has notado que es mucho mayor que él?

—No, no lo había notado. Pero ahora noto algo mucho peor...

La supuesta esposa, en persecución del presunto esposo, sube una corta escalerilla de madera que conduce a un tablado.

—¿Qué notas, Stefano?

—Que no sólo es mucho mayor, ¡es un hombre!

Sin necesidad ya de falsas apariencias, pues han conseguido su propósito de acumular curiosos, los dos contendientes, en lo alto del tablado, se entregan a los chocarreros lances de la farsa. No han cesado, mientras subían, en sus mutuos denuestos.

Al verlos arriba, y cómo la mujer, cuya apariencia a cada momento es más hombruna, lo cual provoca más carcajadas en los espectadores, persigue al lloroso marido dando vueltas alrededor del tablado, la gente comprende en qué consiste el sucedido y empieza a transformarse en auditorio teatral. Abuchean a los cómicos, se atreven a insultar al marido, aplauden a la mujer cuando consigue alcanzarle con sus golpes.

Aparece un tercer personaje, la hija del matrimonio, en este caso interpretada por una auténtica jovencita, quizás familia o amante de alguno de los cómicos, lo que no solía verse en los misterios ni en las representaciones del palacio Fonghi.

Llora la hija desconsolada y exageradamente al ver el trato que da su madre a su infeliz padre.

Pero la madre se arranca a bailar y a cantar unas coplillas en las que recuerda el trato que desde hace siglos los maridos vienen dando a sus esposas y convence súbitamente a la hija, hace que cambie su actitud hacia el sexo fuerte.

Entre la madre y la hija sujetan al padre, le bajan los pantalones y, ante las carcajadas y los alaridos de los espectadores, le dan una soberana paliza.

Claudia no se esfuerza en contener las carcajadas. Stefano también participa de buen grado en el general alborozo.

Al espectáculo se han sumado dos músicos, uno con una mandolina y otro con una pandereta, lo cual da más alegría a la miserable escena familiar.

Aparecen los otros dos cómicos que faltaban y bailan todos sobre el tablado.

También se lanzan al baile algunas parejas de espectadores.

Claudia se obstina en llevar a Stefano a la taberna que está a unos pasos del tinglado, y en donde supone que se aposentan los cómicos mientras dura su actuación, o incluso para pasar la noche, porque quiere saludar a su amigo, el carretero.

Tras la débil resistencia del novicio, Claudia logra su propósito, y allí, efectivamente, encuentra al carretero, que al instante la reconoce y la saluda, alborozado. También reconoce, a pesar de la nueva vestimenta, a Stefano, nada menos que el hijo del señor Adriano Maffei.

Así que con gran alharaca y ampulosos aspavientos —el carretero ya es un cómico consumado y tiene deformación profesional— les presenta a los otros cuatro o cinco compañeros de farándula, que saludan con buenas maneras a los recién llegados, y sobre todo con mucho respeto al novicio.

Generosos —también el público ha sido generoso con ellos esa tarde—, piden una garrafa de chianti para celebrar el nuevo conocimiento.

Charlan de lo suyo, de las dos farsas que han representado, de cómo las ha acogido el público del mercado, de que habían estado en Arezzo y al día siguiente, tras actuar de nuevo en Florencia, irán a Pisa. Comentan algún lance jocoso que les ha ocurrido en uno de los últimos sitios en que han trabajado...

No escucha con atención Stefano la parla de los cómicos, aunque por cortesía simula hacerlo. Su atención está pendiente, no sin sorpresa, del interés con que Claudia escucha a unos y a otros, como si lo que contaban fuese una serie de emocionantes o divertidísimas aventuras.

Ante la actitud de Claudia le viene a Stefano el recuerdo de cuando, tras la representación de *Amor y Psique* en el palacio del señor Fonghi, ella dijo que habría preferido estar entre los de arriba, los del tablado, los que no eran lo que eran.

Y recordó también su lamento: «Lástima no saber latín.»

XVII

CLAUDIA, LOS CÓMICOS Y EL DOMINICO MAFFEI

Al día siguiente Claudia insiste en volver a la plaza. Es el tercer día de mercado, el último. Stefano reconoce que se divirtió con la actuación de los histriones aficionados, aunque no tanto como para que le apetezca ver lo mismo al día siguiente. Pero quizás representen otra farsa, no van a estar haciendo lo mismo todos los días. Stefano piensa que, aunque sea otra, se parecerá mucho a la que ya han visto.

—Si es la misma —dice Claudia, no a la defensiva, sino al ataque— o muy parecida, nos volvemos.

—Y con ir y venir se nos habrá ido la tarde.

—Tenemos más tardes; aún no regresas al convento.

Prevalece la opinión de Claudia, como era de suponer, y acierta en sus temores Stefano. La farsa es la misma. Cuando llegan a la plaza y se meten entre el bullicio es justo el momento en que el marido vocifera: «¡Puedo pegarle, puedo pegarle!»

—¿Lo estás viendo, Claudia? Es la misma —dice Stefano, satisfecho, pletórico de razón varonil.

Y hace intención de alejarse del tumulto. Pero Claudia observa que hoy no están aquellos críos que gritaban a coro: ¡Puede pegar... le! ¡Puede pegar... le!

—¿Por qué van a estar? Ellos no eran de la tropa.

—Tienes razón —reconoce Claudia, pero sin ánimo de secundarle en su intento de alejarse—. Tampoco lo era aquella dama que gritó pidiendo respeto para las personas mayores.

—Tampoco. Por eso hoy no está.

Stefano agarra de una mano a Claudia y tira de ella para separarla del corro que empieza a formarse. Pero ella se resiste y muy alegre, interesadísima, exclama:

—¡Ahora saca las tijeras, las tijeras!

En efecto, como era no sólo previsible, sino sabido, el hombre disfrazado de mujer, saca las enormes tijeras. Alguno de los curiosos que están cerca lanza una mirada de admiración a Claudia.

—¡Las tijeras las llevaba escondidas bajo la sobrefalda! ¡Ayer no lo vi!

Ante el asombro de Stefano, Claudia no se siente decepcionada por el hecho de

que los cómicos representen la misma farsa del día anterior, sino que el conocer todos los lances y el observar las variantes que se producen despierta en ella una especial emoción, una emoción hasta ahora desconocida.

Ya no es posible alejar a Claudia del corro ni evitar que llegue a acercarse al tablado. Ni impedir la visita a Marcello, el carretero, en la taberna cercana. Ni rechazar los tragos de chianti que ofrecen los generosos cómicos. Piensa Stefano para su colete: «Menos mal que se van mañana.»

Un año ha transcurrido desde que Claudia, no resignada, sino entusiasmada, aceptó entregarse al amor platónico, compartirlo con su amigo Stefano. En ese año ha tenido tiempo suficiente para comprender, no gracias a explicaciones sucintas o prolijas, sino por la práctica, qué es, en qué consiste, cuál es su esencia, su sustancia, y qué deleites puede proporcionar.

Aunque de manera muy transitoria, también tuvo Claudia ocasión de comprobar los deleites del otro amor, el amor carnal. Claudia es una mujer sincera, sin que esto signifique que sea incapaz de mentir a los demás, sino que procura no engañarse a sí misma. Y a sí misma se ha dicho, después de meditarlo durante todo ese año de noviciado de Stefano, que para ella el amor platónico, agradable, muy hermoso, conmovedor, no es suficiente.

Esta reflexión, suma de las reflexiones de todo el año, más extensa, pormenorizada, se la transmite a su amigo Stefano en su sitio de siempre, junto al torrente, en una de sus tardes de amor, de amor platónico. Están los dos amantes sentados sobre la hierba, como tantas otras veces. Para atenuar la impresión, tal vez dolorosa, que la confianza de Claudia puede causar al novicio, Claudia ha tomado una de las manos de Stefano y la estrecha con ternura entre las suyas. Cuando la confianza llega a su punto más alto, cuando Claudia dice que en noches y noches de desasosiego ha comprendido que no puede pasarse toda la vida entregada al amor platónico, que su cuerpo no ha venido al mundo para gastarse así, que eso es casi peor que meterse monja, mientras lo dice acaricia lenta, suavemente las mejillas sonrojadas de Stefano, como lo hizo en otra ocasión.

—¿Todo esto es para decirme —pregunta el novicio con ronca voz entrecortada— que en los meses que hemos estado sin vernos has conocido a otro hombre, que amas a otro hombre?

—No, Stefano. Te he hablado con total claridad. Sólo quiero decir lo que he dicho. Y te amo a ti, sólo a ti. Pero no con amor platónico.

—Pero, Claudia..., está terminando el verano... Y yo... yo profeso en otoño.

—Profesas porque tú quieres. Es tu voluntad.

Le recuerda sus dudas. Lo poco firme que es su vocación. Y también lo que en el convento le dijo su director espiritual: que examinara su conciencia para saber si era sincera su vocación y que en nada ofendería a Dios si decidiese abandonar el seminario. Propone a Stefano que se escape de casa. Ella también se escapará. Se irán los dos con los cómicos.

Claudia le ha insinuado a su padre la idea de marcharse con los cómicos, no más lejos de Siena y Pisa. Se lo ha dicho al padre después de saber que a éste le gustaban mucho las farsas que representaban los cómicos trashumantes; en cuanto se enteraba de que estaban alzando un tinglado, enganchaba la mula al carricoche ¡y a Florencia! La única respuesta del padre a la descabellada proposición de Claudia ha sido sacudirle un tremendo bofetón.

Claudia ha buscado refugio en la madre, pero ha sido inútil. Tampoco a ella le parece bien la idea de su hija. Tiene, además, Claudia dos hermanos pequeños. ¿Qué dirían ellos cuando fueran mayores y se enteraran de que tenían una hermana que andaba por los caminos de concubina de cualquier cómico vagabundo?

Por ello no encuentra Claudia más solución que escaparse de casa.

Marcello, el carretero que también actúa en las farsas, una de las veces que ha ido al molino a llevar cargas de trigo para la molienda, le ha propuesto que se vaya con ellos, con los cómicos. No tienen más que una mujer joven y les convendría tener dos, no sólo porque hay farsas que así lo requieren, sino porque el público agradece, y casi exige, la presencia de mujeres en el tablado. Ha pintado el carretero con gran riqueza de colorido el encanto de la vida de los faranduleros: libertad, alegría, amor, aventura...

La hija de los molineros se ha sentido prendida en la elocuente descripción, ha creído por unos instantes estar viviendo ya esa vida. Pero Claudia, con ese cómico, aunque le tiene afecto y sabe que es hombre cabal, no se marcharía; con Stefano, sí.

Cree saber con certeza que Stefano no tiene vocación religiosa y que le costará mucho renunciar al mundo y a la carne. Si renuncia, lo hará por amor a su padre y por el tenebroso arrepentimiento que sigue infundiéndole la muerte de su madre, no porque le atraiga la vida sacerdotal.

Elogia la bella voz de Stefano, sobre todo cuando recita los sonetos de Petrarca. En las representaciones de las sociedades de cómicos no todo son chocarrerías, también son necesarios actores con buena planta y que sepan decir bien las loas.

Stefano sabe que el hombre que vive en el mundo y afronta sus peligros a cambio de gozar sus placeres, puede tolerar que su alma transite por dos caminos diferentes. El que ha entregado su vida a la Santa Iglesia, el que ha elegido el «retiro», no. Su alma debe transitar por un solo camino. Ha comprendido el novicio, al que ya apenas le falta un mes escaso para profesar, el sentido de la parábola del Evangelio: «El hombre de dobles pensamientos no es firme en todos sus designios.»

Satisface a Adriano Maffei, el padre, la serenidad que cree advertir en su hijo menor, aunque no llegue a percibir el significado último de sus palabras, pues los años de escolar seminarista y sobre todo el último, el de novicio, han transformado el modo de ser de su hijo, y también su modo de hablar, que ya no es el de su padre y su hermano mayor, dos honrados y laboriosos agricultores, y nada más.

Pero este cambio enorgullece y alimenta las esperanzas del viejo Adriano Maffei. No ve en él un simple cambio, sino un ascenso. Su hijo Stefano se eleva, despega de los sembradíos, los labrantíos, los barbechos y añojales, se libra del miedo al pedrisco, a los malos vientos, a las plagas... Habla así porque tiene ciencia; y pronto llegará a tener poder.

Ha conseguido Stefano llevar la conversación al terreno que le conviene, al que había elegido de antemano. Se habla de la vocación religiosa, de la auténtica y la fingida. Puede haber también una vocación errónea.

Tiene lugar el cambio de impresiones durante el almuerzo, a la sombra del emparrado, protegidos del calor de agosto. Median en el diálogo solamente Stefano y su padre, aunque como testigos asisten el hermano mayor, Adriano, y Taddeo, el capataz, que no intervienen por considerar la cuestión delicada o por estar faltos de conocimientos, o tal vez por las dos cosas.

Pero no le resulta fácil a Stefano traer a su terreno al viejo Maffei, que se va por las ramas, o a lo suyo. Habla Stefano de las dificultades de la vocación auténtica, de las torturas de la duda, de si es mejor no profesar que hacerlo si la vocación no es firme.

—Tienes razón, hijo, Stefano; una vocación firme como la tuya es un don de Dios.

Y de ahí pasa a la protección del cardenal Riario, que disfrutará Stefano. Se refiere a cómo con la protección de Stefano, convertido en el padre dominico Maffei, el día de mañana los hijos de Adriano, el hermano mayor, dejarán de ser simples agricultores. De que los Pazzi deben la mayor parte de su fortuna a que son y han sido banqueros de los papas.

En cambio, Stefano habla de los padecimientos de sus compañeros de noviciado que no están seguros de su vocación. Se creen abandonados de Dios. Algunos están a punto de enloquecer. Los hay que se arman de valor y durante la pausa veraniega dicen en su casa que no han soportado la «prueba» de enfrentarse al mundo y no regresan al seminario escolar. Otros, por diversos motivos, temerosos de sus padres, de su familia, en la noche se escapan del convento y no se vuelve a saber nada de ellos.

—Desgraciados... —dice el padre.

—Esa es la palabra: desgraciados —corroboraba el hijo—. Les ha faltado la gracia del Señor.

Y se extiende en una explicación sobre lo que es la gracia y lo difícil que es obtenerla y lo escasas que son las personas a quienes les llega. Y habla de lo Uno y del retiro y del padre Imbriani y del Maestro Eckhart. Adriano Maffei, padre, habla de las posibilidades que tiene el cardenal Della Rovere de llegar al papado y recuerda que la familia Della Rovere y la Riario están unidas por lazos matrimoniales.

Recuerda Stefano que su director espiritual le reiteró que Dios prefiere a los que renuncian a profesar a quienes acaban siendo sacerdotes corruptos.

Pero amar a Dios y alejarse de él es difícil, duele, se siente un desgarramiento del alma.

—¡Dichoso tú, hijo mío, que, ayudado por tu santa madre desde el cielo, no estás atormentado por la duda!

Así, tal como ha sido, esforzándose en recordarla con precisión, le refiere Stefano a Claudia la conversación con su padre. Había entre los dos una muralla invisible, pero firme, inexpugnable. Con un mismo idioma, con las mismas palabras, expresaban ideas, opiniones, creencias totalmente distintas. Durante la conversación, que se prolongó bastante, percibió Stefano que cuanto él decía, sus preocupaciones, sus temores, incluso sus esperanzas pertenecían a un mundo lejanísimo del mundo de su padre, del mundo en que su padre le había educado.

¿No pensaría lo mismo el viejo agricultor Adriano Maffei? Mientras hablaba, ¿pensaría que sus opiniones sobre el rendimiento de las tierras, sobre los créditos, sobre el apoyo económico y social de la poderosa familia Riario, sobre las posibilidades de alcanzar el favor del papa y devolver a la familia Maffei el prestigio y el poder que tuvo antaño no llegaban a penetrar en la conciencia de su hijo?

Había conseguido Stefano llevar la conversación al que creía terreno propicio, pero entre su padre y él no se había producido la comunicación deseada. Su plan parecía bien trazado, pero el resultado había sido nulo.

Claudia se impacienta. Lo que ella desea saber es si por fin Stefano se ha atrevido a decirle a su padre sin subterfugios, sin medias palabras ni aplazamientos inútiles que no tiene confianza en su vocación, que no es sincera, que no está dispuesto a renunciar al mundo, a su vida de hombre, que ha decidido no profesar.

No; nada de eso le ha dicho Stefano a su padre. Ni en presencia de su hermano Adriano y de Taddeo, ni más adelante, cuando durante más de una hora estuvo escuchando sus planes, sus ilusiones, algunos de ellos peligrosamente cercanos a la fantasía.

Pero en los días de verano que aún restan, en los días de la «prueba», ya la última, la esperanza no abandona a Claudia; al contrario, aumenta. Claudia advierte que Stefano está atravesando la «crisis», cuanto más se acerca el día en que ha de regresar al convento de Santo Marco, esta vez para profesar, más aumentan sus dudas, más atormentado se muestra, más largos son sus silencios reconcentrados. Hay días en los que parece acongojado por el miedo, por el terror.

No volverá a hablar de la cuestión con su padre, le falta valor para hacerlo de manera más explícita, y andarse con rodeos ha comprobado que es un camino sin final. Pero ha decidido no regresar al convento y explicarle a su padre los motivos de tal decisión en una extensa misiva en la que además le reiteraría su amor y le solicitaría el perdón.

Aguarda Claudia en el claro del bosque, junto al torrente. Ya Stefano y ella no se

reúnen antes, como hace tiempo, en la explanada del molino. Es allí, en su sitio, junto al torrente, donde se esperan, donde se estrechan las manos, donde se sientan en la hierba. La impaciencia de Claudia mientras aguarda es más intensa que otras veces. Es el último día de este verano, de esta «prueba». Y la mirada de Claudia no va hacia el torrente para entretener la espera, como otras tardes, con los brincos del agua en las peñas, sino hacia el camino de los cipreses, el que viene de casa Maffei.

Y siente Claudia un ahogo. Se lleva una mano al corazón. Aquella sombra que ve a lo lejos, entre la doble fila de árboles, no es la de Stefano. Un hombre se acerca, sí, pero su andar es lento, su silueta, recortada en contraluz, no es la de Stefano, sino la de un hombre más bajo, o encorvado. Quizás un anciano. Sí, es Vittorino, el viejo criado de los Maffei. Claudia le conoce, le ha visto en la casa y alguna vez en el molino, y Stefano le ha hablado de él con frecuencia, es su confidente. Claudia respira con dificultad. No es preciso que el hombre llegue junto a ella. Trae un papel en la mano. Claudia no necesita leerlo.

Cuando Vittorino llega junto a ella, los dos tienen los ojos empañados.

Cuando a la caída del verano el novicio Stefano Maffei llega al convento de Santo Marco está impaciente por hablar con alguien, precisa desahogarse, abrir a alguien su corazón y su conciencia, compartir con otro hombre su desgarramiento, pero no con su confesor y director espiritual, sino con otro hombre que no haya renunciado a serlo. No bien llega al convento, busca a su amigo Bruno Panelli. Aún no ha llegado. ¿Le esperan? No, Bruno Panelli ha renunciado, no ha conseguido superar la «prueba» del último año. No ha remontado la «crisis». La promesa de su madre quedará incumplida, pero no es una promesa que hubiera hecho él.

A la solemne ceremonia han acudido Adriano Maffei, padre, y el hijo mayor, Adriano, y también, porque lo ha suplicado entre lágrimas, el viejo criado Vittorino.

El misacantano se ha mostrado imperturbable, impenetrable, y su padre, el agricultor Maffei, feliz, resplandeciente. La inexpresiva actitud de su hijo Stefano la entiende como la serenidad que proporciona la fe auténtica, inquebrantable.

Serenidad le falta a Stefano durante todo el año. Le domina la impaciencia. El tiempo, que, según todos, vuela, a él se le antoja lentísimo. No pasan los meses. Nunca concluyen las estaciones. El invierno dura una eternidad y amenaza con no florecer la primavera. Stefano acumula pecado sobre pecado, porque llega a mentir en sus confesiones. Ni al confesor ni a su doble, el director espiritual, les comunica sus noches en vela, en las que lo que hace es tirar del tiempo, azuzarlo, espolearlo, para que corra, galope, vuele como es su obligación, y estalle de repente el verano.

Porque Stefano, aunque sea acumular un pecado más sobre pecado y pecado, necesita ver a Claudia, estar con ella, justificarse, pedirle perdón arrodillado sobre la hierba, allí, en su sitio, donde siempre.

Y llega el verano. Y es el criado Vittorino quien, tras pedir disculpa, sin acertar a llamar padre al que siempre ha considerado hijo, le dice algo que cree necesario que Stefano sepa cuanto antes: Claudia, la hija de los molineros, y Vittorino vuelve a pedir perdón una y otra vez por mencionarla, se ha escapado de casa hace unos meses. Su madre estuvo al borde de la muerte. El molinero vino a ver al señor Adriano y se despachó a gusto blasfemando durante toda una tarde.

No, no se ha ido con Marcello, el carretero, que sigue por ahí, trabajando de comediante, y conduce la carreta, ahora la de los cómicos. Ya no lleva trigo a la molienda ni hortalizas y frutas al mercado. Pero la hija de los molineros no se ha ido con él, sino con otra sociedad de farsantes, de las muchas que recorren la Toscana. El bordador Corbollo la ha visto actuar en Siena y dice que estaba hermosa y parecía muy alegre.

XVIII

EN EL QUE EL DOMINICO STEFANO MAFFEI CREE QUE NO EXISTE

Taladraba el aire el sonido de todas las campanas de la iglesia de Florencia, que tocaban a rebato.

Por callejas y callejones, procurando solaparse en las aceras de sombra, dos hombres fugitivos recorrían el camino entre el Duomo y la calle de los boticarios.

De las otras calles llegaba un griterío a cada momento más creciente. El griterío humano y el tañido de las campanas eran perros que mordían los talones de los fugitivos.

—¡No ha muerto! ¡No ha... muerto! ¡No ha... muerto! —clamaba, sudoroso y casi sin aliento, Stefano Maffei—. ¡Os digo que no, que no ha muerto! ¡Él no ha muerto..., y nosotros, Iacopo de Pazzi, no hemos conseguido... nada!

Stefano, aterrorizado, al borde del desmayo, sin reducir la marcha, pero apoyándose en las paredes, hablaba a Iacopo de Pazzi, que le acompañaba, pero más que acompañarle, le arrastraba para obligarle a caminar.

—Ha muerto... el otro, su hermano..., su hermano Giuliano, pero él no —insistía el dominico.

El acompañante y guía, Iacopo de Pazzi, no parecía prestar mucha atención a las palabras de Maffei, ni las escuchaba, eran sólo quejidos de un bicho atemorizado. Llevaba al mísero clérigo prendido de un brazo y tiraba de él al tiempo que le azuzaba para forzarle a correr.

—A él, aunque con paso no muy firme... buscando apoyo en los reclinatorios... le vi andar hacia la sacristía. Estoy seguro de que le vi pasar la puerta.

—¿Seguro? ¿Era él?

—Creedme, señor de Pazzi, creedme... Tengo miedo, es verdad..., pero no penséis que el miedo me ofusca... Corremos peligro, un gran peligro... No tratéis de engañarme, porque será inútil. Estoy cierto de lo que os digo. Lo vi..., lo vi...

El estruendoso tañido de las campanas y el vocerío creciente sacaban a muchos vecinos de sus casas; corrían hacia el Duomo. Otros se asomaban a las ventanas.

Maffei y De Pazzi, cuando alguien venía en dirección contraria, se refugiaban en algún portal y después seguían su marcha.

Iacopo de Pazzi, hombre por demás pusilánime, en aquella grave circunstancia se sentía crecido ante la manifiesta cobardía del dominico. Cuando salieron de la catedral era su acompañante, pero en seguida se convirtió en su guía, que le indicaba la dirección que debían seguir cuando se encontraban en un cruce de callejas, y muy pronto pasó a ser su amo, pues le llevaba como quien lleva a una bestia del roncal.

—Pero ¿cómo, en vuestro estado, podéis estar cierto de lo que decís?

Maffei encontró aliento para responder.

—Aunque... aunque el rojo estallido de la sangre en la herida, porque acerté a herirle, me nubló... la vista, os digo que tuve fuerzas para verle entrar en la sacristía.

—No me convencéis, padre.

Quizás Iacopo de Pazzi no quiera engañarme. Tal vez no sea ése su propósito. Quizás haya visto lo sucedido mejor que yo, al no hallarse perturbado por el horror del momento. No estaba muy lejos, pero no tan cerca como yo. Además, se formó tanto revuelo en aquel momento, que quizás yo...

—O, decidme, Maffei, ¿es que creéis haberlo visto mejor que yo? ¿Estabais en mejores condiciones? ¿Podéis asegurármelo? Pero quiero engañarme a mí mismo, busco un consuelo inútil. Sois un guiñapo y no podéis asegurarme nada.

—Es verdad, no os contradigo. Nada puedo aseguraros. Pero no es eso ahora lo importante, ¿verdad, señor de Pazzi?, sino ponernos en refugio seguro.

—Venid, venid, Maffei.

Stefano se detuvo para tomar aliento y desperdiciarlo en palabrería inútil.

—Todos vosotros lo sabéis, todos los que habéis participado. Lo sabéis mejor que nadie. Y lo sabe el obispo Salviati. Y el cardenal Riario también sabe que yo no he sido.

Volvió Pazzi a tirar del clérigo sin ningún respeto.

—¿Decís que no habéis sido? ¿Y me lo decís a mí?

—No he sido yo, no he sido...

—Estáis ofuscado, padre Maffei. Perdéis el dominio de vuestras palabras.

Hace años que no vivo en Florencia, muchos años. Me marché de estos campos casi de niño, cuando entré en el noviciado. Soy ajeno a la gente de esta ciudad, a sus luchas, incluso a sus costumbres. No conozco a los Médicis, ni conocía, hasta ahora, a los Pazzi. ¿Cómo iba a haber hecho nada yo? ¿Por qué?

—¿Tenía alguna razón, algún motivo?

—No habléis tanto, padre. Reservad vuestro aliento para llegar a la botica. Ya falta poco.

Pero Stefano no era capaz de obedecer a su cómplice, ni siquiera de escucharle.

—¿Quién soy yo para hacer esto? ¿Quién, decidme?

Se había detenido Stefano para hacer estas preguntas a De Pazzi, quien, sin mirarle volvió a tirar de su brazo para ayudarle a seguir el camino.

—Lo habéis hecho, padre. No lo dudéis. Y la impresión que os ha producido el hacerlo os obnubila. Quizás habría sido mejor idea, como propuso el obispo Salviati, sustituir a Montesecco por un hombre de armas.

El clérigo no atendía las razones del señor, como si sus palabras fueran de otro idioma y no le llegasen al cerebro. Cuando él, Stefano, hablaba no lo hacía para sí mismo, sino para el otro; pero lo que el otro decía no le llegaba a él, como si el otro no tuviera razones ni voz para expresarlas.

Es necesario explicarles cuanto antes a todos, a los jueces, a la familia Médicis, a los hombres de Florencia y de toda Toscana que yo no soy nadie. Que no es nadie el padre dominico Stefano Maffei. Pero a mí no me creerán, aunque se lo diga a gritos y entre lágrimas, aunque lo jure por Dios Santo, aunque me hinque de rodillas y me rasgue el pecho para hablarles con el corazón en la mano. Han enloquecido y lo único que quieren es un culpable. Deben decirlo ellos, los Pazzi, el cardenal Riario, el papa Sixto IV...

—Vos, Iacopo de Pazzi, sabéis que el culpable que buscan no soy yo. Explicadles a todos que yo no soy nadie. A mí esa turba enloquecida no me creería si les digo que no soy nadie. Pensarían que el loco soy yo, no ellos. ¡Tenéis que explicárselo vos antes de que sea demasiado tarde! No podéis abandonarme ahora.

Quizás no he debido hablar así. De Pazzi piensa que estoy loco o que lo finjo, que busco una coartada para el crimen. A él puede serle conveniente.

Al entender que el diálogo era inútil o imposible, el señor Iacopo de Pazzi decidió no escuchar las protestas de Maffei y limitarse a conducirlo, sin abandonar su brazo, a donde tenían previsto el escondite.

—Tenéis que decirles a todos —insistía el aterrorizado dominico— que yo no he sido, que no estaba allí, en Santa María del Fiore, ni estaba en ningún lado, en ningún lado... ¡Lo sabéis, lo sabéis, Iacopo de Pazzi!

Iacopo de Pazzi le soltó el brazo un instante, para dar unas discretas palmadas.

—¡No, esperad, esperad, no os marchéis! ¡No os vayáis solo, no me dejéis!

Iacopo de Pazzi se detuvo, sorprendido. No era su intención alejarse del dominico.

—¡Yo no sé el camino..., no lo sé, señor Iacopo! ¿Por dónde, por dónde es? Yo no sé... en dónde está la botica de Antonio de Prato, vuestro amigo.

—Venid, venid.

Iacopo de Pazzi volvió a tomar del brazo al tembloroso Maffei y, pasando por delante de la puerta cerrada de la botica, los dos entraron en un estrecho callejón.

Allí se detuvo De Pazzi, ante dos o tres escalones de bajada que conducían a una puerta de no más de un metro de altura.

—¿La puerta trasera? —preguntó Maffei.

Y retrocedió, como para advertir que no estaba dispuesto a entrar.

—Esperad un momento..., esperad. No pienso entrar ahí todavía... Decidme antes lo que vais a hacer, lo que vais a hacer conmigo, decídmelo de verdad.

En el vocerío que llegaba de las otras calles se oía a veces claramente: «¡Han matado a los Médicis! ¡Han matado a Lorenzo! ¡Han matado a Giuliano de Médicis!»

De Pazzi se disponía ya a dar unos golpes en la puerta, pero la actitud del clérigo le hizo detenerse. Gruesas gotas de sudor empapaban su frente, tenía los ojos desorbitados, los labios temblorosos, le faltaba el aliento y le costaba pronunciar las palabras, parecía a punto de enloquecer.

—No pensaréis acusarme a mí, no pensaréis echar sobre mí la culpa y decir que lo he hecho yo.

—Aquí, en la botica... —intentó decir De Pazzi.

Pero Maffei le interrumpió.

—Sí, ya sé que el boticario es hombre de vuestra confianza, que os lo debe todo, me lo habéis dicho. Os debe muchos favores, pero os los debe a vosotros. A mí, ¿qué me debe? Vos tendréis que valerme ante él, porque yo para él no soy nadie. Nadie... Ni siquiera soy de aquí, de Florencia. Me fui tan joven...

Iacopo de Pazzi dio tres golpes con los nudillos en la puerta y luego, tras un breve silencio, uno más.

—¡No, no entréis solo, no entréis!

Le sujetó el puño, pero tarde, ya había sonado el tercer golpe. Y el tañido incesante de las campanas, como el alboroto que llegaba de las otras calles, no habrían apagado el sonido.

—¡No me abandonéis ahora!

—No pienso entrar solo.

Pero Stefano no escuchaba.

—¡Vos sabéis que yo no he sido, que yo no he alzado la mano contra nadie! ¡Ni he salido de Roma ni de casa de mi padre! ¡No he salido aún del vientre de mi madre! ¡No estoy aquí, en Florencia!

La puerta empezó a abrirse lentamente, con precaución. Quien la abría deseaba cerciorarse de si el que había llamado era efectivamente el que se esperaba. De Pazzi volvió a tomar el brazo a Maffei, que, furioso, intentó soltarse.

—¡No me toquéis, soltad! ¿Por qué, por qué me sujetáis así? ¿Soy la garantía de vuestra inocencia?

—Ayudadme... —pidió De Pazzi al hombre que abría la puerta, Beppo, el mancebo de botica, apenas una sombra borrosa en la oscuridad.

Entre los dos consiguieron que Stefano entrara en una especie de cueva.

—Sí, ahora lo comprendo, he caído en una celada: el cardenal Riario y vosotros, los Pazzi, me necesitáis como víctima expiatoria...

De Pazzi murmuró al oído del que había abierto y que ahora cerraba sigiloso la puerta:

—Está a punto de perder el juicio.

—Si la jugada hubiese salido bien, bien para todos. Pero al salir mal, yo pagaré por vosotros, y vosotros seguiréis como siempre. ¡Decidme que no, que no es eso! No me dejéis perdido... Perdido como estoy desde que me trajisteis aquí.

—Seguidme, señor Iacopo —dijo Beppo—. Por aquí. Cuando oímos vuestra llamada, maese Antonio me dijo que bajara a abriros, pero que no trajera ninguna luz. Cuidado, aquí hay una escalera muy estrecha que va a la cocina. Subid.

Por aquella escalera de crujientes peldaños subieron los tres, y de la cocina pasaron al despacho. Con un leve saludo Iacopo de Pazzi se presentó al boticario.

—Soy yo, maese Antonio de Prato.

—¿Vos, señor Iacopo de Pazzi? —y fue solícito hacia el recién llegado—. Ya sé lo sucedido. Mi hija lo ha presenciado. ¿Se puede hacer algo aún? ¿Me necesitáis?

—Ya nada se puede hacer.

—Lo suponía.

—Pero yo sí os necesito.

Stefano llevaba la mirada de uno a otro. Le resultaba difícil entender la situación en que se encontraba. Preguntó al boticario:

—¿Decís que vuestra hija lo ha visto? —no se esforzó en ocultar su terror.

—Estaba en la iglesia —respondió maese Antonio.

—¿Y... sabéis quién lo hizo?

—Yo vi al hombre cuando mataba a Lorenzo —dijo Isabela.

Stefano giró bruscamente para mirar a la muchacha que había hablado.

—Pero no sé quién era —prosiguió Isabela—; no le reconocí. No pude verle la cara.

Autoritario, Iacopo de Pazzi cortó el diálogo.

—Maese Antonio, el tiempo apremia, y preciso hablar con vos a solas.

No quiso enfrentarse el boticario con Iacopo de Pazzi, sino defender su terreno, cuando dijo:

—Señor Iacopo, estos que veis aquí son como mi familia.

—Pero ¿puede considerarlos como de la mía?

Maese Antonio exageró la modestia y la sumisión al responder:

—Todo cuanto hay aquí es de los Pazzi. A vos y a vuestra familia le debemos todo.

—Maese Antonio, los Médicis acaban de morir. Dentro de unos minutos esas voces que gritan gritarán sólo: «¡Libertad!» Y Florencia será de nuevo la Florencia republicana.

—Sí, señor.

—¿Entendéis lo que os digo?

—Creo que sí, señor.

—Todo volverá a ser como antes.

—Lo entiendo, señor Iacopo.

—Pero ahora, en este momento de excitación, alguien ha corrido la voz de que nosotros, la familia Pazzi, tenemos que ver en esta muerte, y nos persiguen.

—Señor Iacopo...

—No creeréis que yo puedo haber matado a Lorenzo o a Giuliano.

Iba a responder el boticario cuando se lo impidió la voz estentórea de su hija, que, iracunda, se abalanzaba hacia Iacopo de Pazzi.

—¡No, tú no! —vociferaba, perdido el dominio de sí misma—. ¡Pero tu maldita familia...!

Lucrecia se precipitó sobre su hija para contenerla.

—¡Hija!

Iacopo de Pazzi permaneció quieto, impasible. Quizás, con esfuerzo, conseguiría dominar su orgullo. Necesitaba a aquella gente.

—Disculpadla, señor —suplicó el boticario—. Es presa de un ataque. Siempre ha respetado a la familia Pazzi. Sabe, como yo mismo, que sin los Pazzi no seríamos nada.

—Os tengo por hombre agradecido, maese Antonio.

—Creo serlo. Pero comprended y disculpad a mi hija Isabela. Sabéis que Giuliano era el ídolo de todas las muchachas de Florencia...

—Lo sé.

—Y acaba de verle morir apuñalado.

Llorosa, intervino la madre.

—No sabe aún lo que dice.

Antonio de Prato se volvió hacia su hija.

—Isabela, la familia Pazzi y la familia Médicis son una misma familia. Nadie ha dicho aquí que los unos hayan hecho nada contra los otros, sino que son infundios que corren.

Alguien golpeó la puerta con violencia. Lo hacía para dar la noticia al boticario, con voz desgarrada, sin duda fatigada ya de tanto gritar.

—¡Han matado a Giuliano de Médicis!

Sin mirarle a los ojos, preguntó maese Antonio de Prato a su benefactor:

—¿Qué pretendéis de mí, señor Iacopo?

Los golpes de la puerta habían aumentado la nerviosidad de Iacopo de Pazzi.

—El tiempo apremia, maese Antonio. Se han formado patrullas. Y pronto andarán por esta calle.

—¿Qué deseáis que haga por vos? Contad conmigo, y con todos los de esta casa.

Miró a su hija al decir esto último, pero ella le hurtó la mirada.

—Escondednos en la cueva. Y, a la anocheada, llevadnos a vuestro huerto de San Giovanni. Aunque es seguro que, con la ayuda de Dios, para esa hora ya habremos salido a la luz y estaremos en nuestra casa o en la Señoría, reunidos con vosotros, con los gremios, como antaño, para ordenar las libertades de Florencia.

—No tenéis que darme seguridades, señor.

Pero Iacopo de Pazzi insistió en hacerlo.

—El padre Maffei ha llegado, enviado de Roma.

Miró a Maffei que se había dejado caer, exhausto, en una banqueta, como pidiendo su colaboración. Stefano entendió que algo debía decir.

—Las tropas de Rocalta... se acercan a Florencia... enviadas por el papa... para contribuir a restablecer el orden republicano.

—Nunca he querido mezclarme en estos asuntos, padre —dijo el boticario, y se volvió hacia Iacopo de Pazzi—. Pero en esta ocasión, y siendo vos el perseguido...

Se oyeron unos golpes en la puerta de la calle.

—¡Llaman! —dijo con voz sorda, alarmado, sin disimular su temor, Iacopo de Pazzi.

—Volved a la cocina —dijo Lucrecia—. Os bajaremos a la cueva.

Salieron los tres hacia la cocina, y Beffone, que había permanecido en silencio, al igual que Beppo, se acercó al boticario y le preguntó en voz baja:

—¿Vais a esconderlos, maese Antonio? ¿Y si Lorenzo de Médicis no ha muerto?

XIX

EN EL QUE BIANCA DE MÉDICIS LLEGA A LA BOTICA DE ANTONIO DE PRATO

Maese Antonio no respondió a la pregunta del ebanista, se limitó a mantenerle la mirada, en lo que ama Lucrecia, Iacopo de Pazzi y el padre Stefano Maffei entraban en la cocina.

—¿Para qué nos escondemos? —preguntaba Stefano—. Las patrullas lo registrarán todo, también la calle de los boticarios, y esta botica. Esto será como una ratonera.

Ama Lucrecia, en silencio, sin pensar si debía responder o no a la pregunta del religioso, abrió la trampilla y dejó al descubierto la escalera que conducía a la cueva.

Stefano, en vez de bajar, miró fijamente a los ojos a Iacopo de Pazzi. Le preguntó: —¿Continuáis vuestro juego?

Iacopo de Pazzi, con la energía que le daba hallarse frente a un ser aún más débil que él, había vuelto a agarrarle del brazo con firmeza, como cuando, poco antes, le conducía por los tortuosos callejones.

—¡Soltadme, soltadme, señor Iacopo! ¡Que me soltéis os digo! ¡No quiero bajar ahí!

Pero, a pesar de su resistencia, entre Iacopo de Pazzi y ama Lucrecia casi le arrastraban.

—Sí, ya lo veo, no lo neguéis. Vais disponiendo todas las piezas para la jugada final.

—¿Qué jugada?

—¡Para entregarme a mí!

—Estáis obcecado, padre —le replicó Iacopo de Pazzi—. No sabéis lo que decís.

El padre Maffei no escuchaba.

—Y vos y vuestro hermano quedaréis libres, ¡claro, cómo no! Vosotros sois la gran familia —decía, entre ahogos, Stefano—. Los dueños de Florencia. Vuestro hijo Guglielmo está casado con una Médicis. Enemigos declarados, se dice, la gente cree saberlo así, pero todos de la misma familia. En cambio, a mí... a mí me dejaréis

solo... Porque mi familia ya no cuenta en Florencia... Los Maffei ya no somos nadie...

A la fuerza, había descendido ya varios escalones, pero se revolvió, resistiéndose a seguir bajando por la estrecha escalera y se encaró, suplicante, con Lucrecia.

—Y no he sido yo, debéis saberlo... Debéis saber que yo no he estado en el templo; creedme...

La sorpresa hizo que ama Lucrecia, sin quererlo, aflojase la presión de su brazo.

—No he estado en el templo —prosiguió Stefano—, ni siquiera he estado en Florencia.

Al oír esto, la boticaria, espantada, pensó que quizás se hallaba con un loco, y le soltó.

Pero Iacopo de Pazzi, para compensar la debilidad de la mujer, reunió sus escasas fuerzas, tiró más firmemente de él y siguió forzándole a bajar a la cueva.

—¡Soltadme, no quiero bajar!

Pero su resistencia ya era falsa, sólo palabras. Estaba entregado y se dejó llevar.

Desde lo alto de la escalera, Lucrecia, entre sorprendida y aterrorizada, escuchaba y observaba al loco.

—¡Habéis sido vos, Iacopo de Pazzi, vos lo habéis hecho! —volvió la cabeza hacia arriba, hacia lo alto de la escalera, hacia la cocina, donde se hallaba Lucrecia—. ¡Ha sido Iacopo de Pazzi, Iacopo de Pazzi ha sido!

Lucrecia se tapó la boca con las manos como si así fuera a conseguir que los gritos acusatorios de Stefano Maffei no llegaran a la calle.

En lo que, a duras penas, Iacopo de Pazzi y ama Lucrecia conseguían que el padre Maffei se ocultase en la cueva, el ebanista Beffone aguardaba la respuesta del boticario Antonio de Prato a su pregunta.

¿Qué les ocurriría a ellos si Lorenzo de Médicis no había muerto? ¿Si el poder seguía en las mismas manos y ellos eran los encubridores de los asesinos de Giuliano de Médicis?

—¿He hecho mal? —preguntaba a su vez el boticario—. ¿Qué habrías hecho tú, Beffone?

Beffone no había meditado la respuesta.

—No sé.

Volvían a oírse golpes de alguien que llamaba con insistencia a la puerta.

—Ve a abrir, Beppo —dijo Antonio de Prato.

Después se volvió hacia Beffone y su hija Isabela.

—Ni una palabra de lo que ha sucedido.

—Dios me guarde —aseguró el ebanista.

Al abrir Beppo la puerta, entró Bianca de Médicis fatigada, llorosa.

—¡Maese Antonio!

—¡Donna Bianca! —exclamó el boticario, sorprendidísimo—. ¿Vos aquí?

—¡Maese Antonio, quieren matar a Guglielmo! ¡Quieren matarle! ¡Todos

vosotros, los partidarios de los Pazzi, sabéis que él no ha entrado en esta conjura!

Bianca de Médicis no se dirigía sólo al boticario, sino a Beppo, a Beffone, a Isabela.

—¡Tenéis que ayudarme, maese Antonio!

Antonio de Prato era hombre muy precavido, algo casi imprescindible en la Florencia de aquel tiempo, más aún en el menester de boticario, y su precaución era todavía mayor tras los sucesos de aquella mañana de domingo, que estaban alborotando a toda la ciudad.

—Señora, con todos mis respetos, debo deciros que os confundís. No niego que de algo de lo que habéis dicho estoy informado por mi hija Isabela, a la que ya conocéis, pero podéis estar segura de que yo jamás habría intervenido en ninguna acción contra vuestra familia. Ni ninguno de la mía. Soy, como sabéis, un modesto artesano, y estos asuntos son cosas de señores.

Bianca de Médicis no disimulaba su preocupación, muy cercana a la angustia.

—No temáis nada, maese Antonio —dijo—. Nada puede ocurrirle al que me socorra.

—No es el temor lo que...

Bianca no le dejó continuar.

—Tenéis la palabra de los Médicis.

—Pero, señora, os digo...

Las palabras del boticario poco importaban a la dama.

—Busco a Iacopo de Pazzi. Pensé que este era uno de los sitios en que podían saber algo de él. Iacopo sabe que Guglielmo, mi esposo, no ha intervenido; tiene motivos para saberlo. Vos, Antonio de Prato, sois adicto a los Pazzi. He creído en vos, maese...

Bianca de Médicis dejó en suspenso la frase, la pregunta no era necesaria. Pero no sólo la precaución, sino la prudencia, la reserva, la simulación eran necesarias en aquella circunstancia. El boticario Antonio de Prato se tomó un tiempo para responder a la pregunta no formulada.

—Yo, donna Bianca, tampoco he intervenido en nada, si os referís a algo que pueda haber dado lugar a los tristes sucesos de esta mañana.

—A eso me refiero, bien lo sabéis.

—Mi hija ha tenido la desgracia de presenciar la muerte de Lorenzo y la de Giuliano.

Bianca de Médicis clavó una mirada tan intensa en los ojos del boticario que éste comprendió que debía dejar en suspenso lo que estaba diciendo. Tardó la dama un instante en replicar, durante el silencio de Antonio de Prato:

—¿Qué decís, maese Antonio? No estáis bien informado. Mi hermano Lorenzo no ha muerto.

El boticario empalideció. ¿Lorenzo de Médicis no había muerto? ¿Todo seguía como antes y en aquel juego trágico los Pazzi eran los perdedores, los vencidos? Su

hija Isabela que, tras dejarse caer en una banqueta, permanecía como ausente, alzó la mirada hacia Bianca de Médicis.

—Señora, yo le vi sangrante —dijo.

Antonio de Prato se acercó a su mancebo, Beppo, y le ordenó en voz baja:

—Haz subir a Iacopo de Pazzi.

Beppo, con presteza, se marchó hacia la cocina dispuesto a cumplir el encargo de su amo.

—Le vi, le vi... —repetía monocorde Isabela.

Bianca de Médicis afirmó con la cabeza indicando que no contradecía lo dicho por Isabela. Pero añadió:

—Le vieron llegar hasta la sacristía, muchos le vimos. Luego, el tumulto que se formó hizo que nada se viera bien. Los asesinos, dos hombres del cardenal Riario, dos frailes, le siguieron hasta allí, trataron de forzar la puerta. Mas no lograron entrar. Ahora, cuando yo vine, llevaban al palacio a Lorenzo.

Pero nada de esto era lo importante, lo fundamental para Bianca de Médicis.

—Repito mi pregunta, maese Antonio: ¿no sabéis nada del señor Iacopo de Pazzi? Si vos, maese Antonio, no sabéis nada, ¿a quién puedo preguntar?

Antonio de Prato la miró un momento en silencio. Luego, abrió la puerta de la cocina y salió por ella. Bianca llevó la mirada, anhelante, hacia la puerta y dio unos pasos hacia ella.

En la cocina, el boticario alzó la trampilla de la cueva. Habló hacia la escalera.

—Señor Iacopo de Pazzi, perdonadme; todo esto es demasiado para mí. No habría querido decidir por mi cuenta y no sé si me comporto bien. Bianca de Médicis quiere veros. Si no es contra vuestra voluntad, salid; ya Beppo os habrá prevenido.

Iacopo de Pazzi y Stefano Maffei volvieron a trepar por la estrecha escalerilla, ayudados por Beppo, cruzaron la cocina y llegaron al despacho de la botica.

Al instante, Bianca de Médicis, frenética, se abalanzó sobre Iacopo de Pazzi.

—¡Señor Iacopo, venid, venid conmigo!

—¡Donna Bianca!

—¡Van a matar a Guglielmo!

—Mi hijo Guglielmo no ha intervenido —dijo Iacopo de Pazzi casi con el aliento. Sus muchos años y el ajeteo de aquella mañana le impedían expresarse con mayor claridad.

—¡Vos lo sabéis! —exclamó Bianca—. ¡Vos tenéis que decirlo! ¡Es vuestro hijo! ¡La gente está enloquecida! ¡Sólo piensa en matar, en vengar la muerte de Giuliano!

No ha muerto, no ha muerto. Lorenzo de Médicis no ha muerto. Somos los vencidos. Hemos perdido toda defensa y hemos perdido también la justificación, la razón del crimen. Roma está lejos, el papa Sixto está lejos. Yo no soy nadie, soy sólo un trozo de Roma, un trozo desprendido de Roma, del papa, de la Iglesia; pero soy el trozo que está aquí, entre los perdedores, entre los vencidos. Y sin que esté aquí por mi causa, porque mi causa... ¿Cuál es mi causa? ¿Mi causa soy yo?

Bianca de Médicis se había detenido bruscamente. Permaneció unos instantes sin decir nada. Miraba con fijeza a Maffei. Se hizo un silencio sobrecogedor. Todos siguieron la mirada de Bianca.

—Éste... —dijo Bianca con voz trémula, señalando a Maffei—, éste es el asesino, el clérigo que hirió a Lorenzo.

Todas las miradas se clavaron en el dominico Stefano Maffei, que, tal como él mismo pensaba, daba la sensación de no existir. Era una estatua. Sólo sus ojos se movían imperceptiblemente, buscaban una salida imposible.

Maese Antonio, el boticario, se volvió despacio hacia Iacopo de Pazzi.

—Señor Iacopo de Pazzi —dijo lentamente, con una rara mezcla de tristeza y solemnidad—, me habéis mentido.

Nervioso, apremiante, a la vez que despectivo y autoritario, le replicó Iacopo de Pazzi, sin esforzarse en disimular que a él la clase social de los boticarios le parecía muy inferior a la de los banqueros.

—Maese Antonio, estos no son negocios vuestros, ni tenéis alcances para entrar en ellos. Contribuid en todo lo que podáis a que no se vierta más sangre en Florencia, es lo único que por el momento se os pide. Bianca de Médicis es hija mía, por esposa de mi hijo Guglielmo; no temáis que piense hacer nada contra nosotros, no lo hará. Vamos, volvamos a la cueva. Estad pendiente de todo y sacadnos más tarde, cuando anochezca, por detrás, por el callejón, con ropas vuestras.

Fue hacia la cocina, pero Bianca, con presteza, se interpuso entre él y la puerta.

—¿Y Guglielmo? —preguntó.

—Lorenzo le protegerá —respondió Iacopo—. Pero a nosotros, ¿quién?

Los demás callaron; comprendían el trance en que se hallaba Iacopo de Pazzi. Se intercambiaron miradas, que comprometían menos que las palabras.

Beffone, el ebanista pretendiente de Isabela, que tan temeroso había estado ante la supuesta aparición del diablo, fue hacia la puerta de la cocina, decidido y desafiante, en lo que los demás dudaban, la cerró y se plantó ante ella.

Al ruido de la puerta, Iacopo se volvió.

—Abrid —ordenó.

El ebanista dijo lentamente, sin apartar la mirada del señor Iacopo de Pazzi, en un alarde de serenidad y de dominio del que tal vez fue el primer sorprendido:

—Lorenzo de Médicis no ha muerto. Ya lo hemos oído todos, señor Iacopo: no ha muerto.

—¿Qué pensáis? —preguntó Iacopo de Pazzi, temeroso—. ¿Qué vais a hacer?

Un silencio profundo fue la respuesta.

Van a entregarnos... Sí, van a entregarnos... Lorenzo no ha muerto... Todo está como antes...

—¡No, no hagáis eso! —clamó Stefano en un grito desgarrado, involuntario.

Los demás permanecieron en silencio, con las miradas fijas en el dominico...

—¡Yo soy un hombre de la Iglesia, ya lo sabéis! ¡Y sabéis también que ya no os

pertenezco! ¡Ni pertenezco a nadie, ni siquiera me pertenezco a mí mismo! ¡Soy de la Iglesia! ¡Yo soy la Iglesia! ¡No lo hagáis! ¡No hagáis lo que estáis pensando! ¡Caería sobre vosotros el peso de la culpa por toda la eternidad!

Calló, esperó una respuesta, pero todos siguieron quietos y en silencio. Stefano fue de uno a otro, suplicante, lloroso, esforzándose en inventar una esperanza.

—¡Salvadme a mí, salvadme! ¡A mí no me ha movido interés alguno! ¡Ellos son los Pazzi, los Médicis! Pero yo no soy nadie... Ni siquiera soy uno de los Maffei desde que la Iglesia me acogió... No soy nadie. Nada he pensado. No tengo pensamiento ni bueno ni malo.

Iba de uno a otro de aquellos seres impasibles, que no entendían su discurso, sus razones, que para ellos eran sólo gritos, sonidos sin ningún significado, salvo el del terror.

—Soy sólo un siervo, un esclavo de la Iglesia de Roma, de la Santa Iglesia. Soy sólo un brazo que se ha movido cuando otro cerebro ha pensado. Otro cerebro, digo, ¡otro!, no el mío. Yo he obrado sin mi cerebro y sin mi corazón. Yo estoy libre de culpa. ¡Salvadme a mí! ¡Yo no soy un asesino! Soy sólo una cosa, un arma esta vez, pero no mía, ¡un arma de la Iglesia! ¡De la Santa Iglesia de Dios!

Se le acababa el aliento. Su voz moría antes de salir de la garganta. El silencio se hizo aún más profundo. Habían dejado de sonar las campanas y no llegaban rumores de afuera.

De repente, Isabela se lanzó hacia la puerta, la abrió y gritó hacia la calle.

—¡Aquí están los asesinos! ¡Aquí están los asesinos de los Médicis!

XX

LA EXISTENCIA PERDIDA

Arrastrado por un grupo de gente del pueblo, recorría Stefano, en sentido inverso, aquellos mismos callejones que había recorrido al huir de la catedral en busca del escondite en la botica de Antonio de Prato, conducido por Iacopo de Pazzi, al que ahora arrastraba otro grupo de iracundos florentinos.

No, no me resisto... Llevadme a donde queráis... Sé que todo ha concluido para mí. Que ha concluido antes de empezar. ¿Sabéis a quién vais a ajusticiar? Si lo sabéis, decídmelo un instante antes de darme muerte, para que por lo menos pueda vivir ese instante. Hombres de Florencia, vosotros creéis que yo soy una voluntad que ha empuñado un arma, que todos los actos de mi vida, elegidos por mí, conducían a este desenlace. Pero preguntadles a ellos... A Claudia, que echaba flores en el torrente... A mi padre, que quería ahogar su resentimiento con mi victoria... A Gian Batista Montesecco, que sintió el terror a la hora de sentirlo... A los Pazzi, al cardenal Riario... Ellos os dirán que yo era sólo el arma. ¿Habéis comprendido? En vez de un hombre, era una cosa...

Nadie le respondía. Inútilmente se esforzaba Stefano en gritar para hacerse oír.

—¡Mi voluntad...!

Pero el vocerío ahogó sus palabras.

—¡A la horca con él! ¡Colguémosle de la torre!

—¡Piedad! ¡Piedad! ¡Soltadme!

Habían llegado a la plaza de la Señoría. ¿Vio algo Stefano en una de las calles que desembocan en la plaza? Allí se le quedó prendida la mirada. Silencio. No tañían hacía rato las campanas, pero ahora cesaron también las voces de la muchedumbre. El silencio descendía del alto cielo y lo cubría todo.

—¡Esperad! ¡Esperad un solo instante!

XXI

LA EDAD DE LA MELANCOLÍA

1478

El tiempo ha volado, como en otras ocasiones pedía, impaciente, angustiado, el escolar seminarista Stefano Maffei y poco después el novicio Stefano Maffei; «El tiempo huye», había dicho Petrarca, sin que a algunos les haya servido de mucho. Han pasado ya bastantes años desde que el hijo menor del agricultor Adriano Maffei cantó su primera misa. Y algunos más desde que murió Paulo II y fue elegido papa un Della Rovere con el nombre de Sixto IV, quien, aparte de por sus evidentes méritos, pasaría a la historia por sus numerosas muestras de nepotismo, entre ellas investir con la púrpura cardenalicia a su sobrino Girolamo Riario, según las malas lenguas o los que se presumían de bien informados^[3]...

Los años doblegaron las fuerzas del agricultor Adriano Maffei, pero las fuerzas físicas, no las espirituales ni las mentales, pues no abandonó la idea de que la familia Maffei recuperase el prestigio perdido, y un lugar honroso en la sociedad florentina, y el poder, y la fortuna.

En cuanto a las diversiones más o menos reconocidas como tales, aparte de los bailes y canciones, el teatro popular o populachero había derrotado definitivamente a los misterios. Muchos artesanos en todas las regiones de Italia habían abandonado sus trabajos manuales, en tantísimos casos venerable herencia, y, aunque muchas veces sin saber en qué consistía el humanismo, al sentirse influidos por esta innovadora corriente de pensamiento, se habían declarado descendientes del gran padre Tespis y, con entusiasmo irrefrenable y llenos de alegría de vivir, se habían arrojado en brazos de la resucitada musa Talía.

Por lo que se refiere a la política florentina, la cosa no tenía remedio. La ciudad era bella; el clima, benéfico; los habitantes, agradables y listos, aunque alborotadores. Los comerciantes de la lana y de la seda, apoyados en la especialidad de la tintorería, iban viento en popa. Pero, a pesar de los lazos familiares, los Pazzi no podían soportar a los Médicis y los Médicis no podían ver a los Pazzi.

Por esa razón, aunque ellos mismos todavía no supieran que esa era la causa, dos jóvenes sacerdotes, dos padres dominicos, de la orden de Predicadores, los padres Maffei y Bagnone, se dirigían a una reunión para la que habían sido convocados de manera un tanto confidencial.

La reunión estaba convocada para después del ángelus en uno de los numerosos palacios de Roma, y los dominicos acudían con mucho tiempo de sobra. Esa fue la razón de que uno de ellos, Stefano Maffei, propusiera atravesar la plaza de San Bernardo, donde, por ser día de mercado, se aglomeraba un gran gentío. Sorprendió al padre Bagnone esta elección del padre Maffei, pero no tenía con él la suficiente confianza para contradecirle. En los pocos días que llevaban de trato, no le parecía el temperamento del padre Maffei el más acorde con las diversiones que podían encontrar en el mercado. Pero era cierto que les sobraba tiempo y no importaba dar un rodeo para llegar al lugar de la reunión, aunque estuviera algo alejado de la plaza.

Allí el gentío se arremolinaba alrededor de los puestos de los vendedores. El griterío ensordecía. En una pandilla de chiquillos uno de ellos lanzaba el trompo repetidamente a las piernas de los transeúntes, con la intención de que las mujeres se remangaran las faldas. El más imaginativo o más travieso de ellos había llevado una ratonera con un ratón apresado; lo soltó, y entonces sí que se oyeron gritos y se vieron carreras y revolar de faldas.

En nada de esto reparaba Stefano, que se dirigía hacia el lado opuesto de la plaza, donde, sobre un tablado, unos cómicos representaban una farsa. La sorpresa del padre Bagnone iba en aumento al observar la atención con que el padre Maffei seguía los estúpidos lances.

Un hombre ridículo y con abultada tripa, que tartamudeaba y hacía el imbécil, llegaba a visitar a la mujer que le había proporcionado una casamentera, a la que, según decía, había pagado una fuerte suma. La tal mujer era fea, con enorme nariz rojiza y una pequeña corcova. El hombre imbécil y tartamudo no se atrevía a reprocharle su fealdad y enhebraba unas con otras razones a cuál más grotescas para deshacer el compromiso mientras ella le lanzaba frases amorosas, elogiaba su apostura y su bien timbrada voz y le perseguía obstinada en pringarle con sus besos y estrujarle con sus abrazos. Al fin rompía en cómico llanto el burlado tartamudo, conseguía librarse de su repentina enamorada y echaba a correr acompañado por las carcajadas, gritos y aplausos del auditorio.

Al verse sola, la mujer fea se quitaba la nariz postiza, se desembarazaba de la corcova y, transformada en hermosa mujer, corría a abrir un arcón del que surgía un joven fraile que, riendo feliz, se unía a ella en amoroso abrazo. Luego, avanzaban hacia los espectadores y, rebosantes de alegría y felicidad, bailoteaban y cantaban unos picantes estribillos.

El padre Bagnone, que más pendiente estaba del padre Maffei que de los zafios lances de la farsa, vio que una lágrima se deslizaba por la mejilla de su compañero.

—¿Conocéis a esa comedianta? —se atrevió a preguntar unos instantes después.

—Sí. Hace años que no la veía...

—¿Un amor de adolescencia?

—¡No, no!

Pero de nada valió la tímida negativa de Stefano. Poco después, cuando por su deseo entraron en la taberna para saludar a la comedianta, Claudia, nada más verle entrar, se arrojó a sus brazos, sin consideración a la túnica ni al escapulario. Estaba feliz, resplandeciente. Había visto a Stefano entre el gentío, le había reconocido en seguida. Entre el torrente de palabras de Claudia, el dominico casi no encontró hueco para decir nada. Claudia le presentó a sus compañeros, el bordador Giorgio, el vidriero Mascarello, los tintoreros Piero y Galeotto, a todos les explicó que aquel dominico había sido su novio hacía muchos, muchísimos años, antes de profesar, desde luego. ¡Qué bien declamaba los sonetos de Petrarca! Pero no quiso ser cómico. Para ser cómico y lanzarse a los caminos hacía falta valor, y él, que era apuesto —a la vista estaba— y muy listo, valor no tenía. Se veían por las tardes, en el claro de un bosque, junto a un torrente, y a él el torrente le daba miedo.

Claudia no paraba de reír. Hizo una presentación especial del tintorero Galeotto, su marido, porque estaban casados por la Iglesia, aunque la gente creyera que los cómicos siempre estaban amancebados, y aquella criatura, como de tres años escasos, que andaba a gatas debajo de la mesa, era su hija. Claudia la alzó y le comió las mejillas a besos. Se la acercó a su antiguo novio para que éste también la besara. Pero la niña decidió librarse entregándose a un aparatoso llanto, que no fue suficiente para apagar la risa de la madre. Se la veía dichosa, radiante...

—¿Tenéis, como yo, padre Maffei, la impresión de que en la reunión para la que nos han convocado va a tratarse algo muy importante?

—Sí.

Apretaban el paso los dos religiosos, porque en la taberna, con la charla de Claudia y las atenciones de sus compañeros, habían pasado demasiado tiempo.

—A mí me han recomendado —dijo Bagnone— la máxima discreción. Y que guardara el secreto.

—A mí también.

—Creo que estará en la reunión el arzobispo Salviati, que viene desde Pisa.

—Sí.

Tras mirar dos o tres veces en silencio a su acompañante, como si deseara hablar y no se atreviera a hacerlo, dijo el dominico padre Bagnone:

—¿Siempre habéis sido tan adusto, padre Maffei?

—¿Os lo parezco?

—Lo sois. ¿Sabéis lo que es la edad de la melancolía? ¿Lo que los antiguos llamaban la edad de la melancolía?

—Creo que sí. ¿No es la vejez?

—Así es. Y se refleja en el modo de ser, en los pensamientos, en lo que se dice, en la expresión del rostro, muy concretamente en la mirada, y en algún rictus de la boca. Que la melancolía sea propia de la vejez no quiere decir que no haya jóvenes, y aun hombres en la plenitud de sus años, melancólicos. Aristóteles observó que los hombres melancólicos por adustez podían ser muy distintos unos de otros. Los melancólicos por la edad, que es afección común a todos, se parecen más entre sí. Vos, padre Maffei, en la parquedad de vuestras palabras, en la tristeza de la mirada, en el rictus de la boca tenéis la melancolía de la edad proveya.

Sin conseguirlo, intentó sonreír Stefano al preguntar:

—¿Así me veis, padre Bagnone?

—Sí. Si me lo permitís, os haré una pregunta que quizás os parezca impertinente. Decidme, padre Maffei, ¿es esa mujer, la tal Claudia, a la que hemos visto actuar con tanto gracejo, quien os ha adelantado la edad de la melancolía?

Después de un largo silencio, sin mirar al padre Bagnone, respondió Maffei:

—Tenéis razón, padre Bagnone, la pregunta es impertinente.

XXII

¡PERDÓNAME, STEFANO MAFFEI!

Claudia

Solíamos pasar muchas tardes de verano en el bosque, recogiendo flores.

Stefano Maffei se desprendió con facilidad de los que le habían arrastrado hacia allí, que no ofrecieron ninguna resistencia, cruzó la plaza de la Señoría y fue hacia aquella calle.

—¿No la veis? —preguntó a nadie, al aire, a sus apresores, a la gente de Florencia—. Es Claudia, la hija de los molineros.

Lentamente, sin prisa, como si anduviese al margen del tiempo, llegó a la plaza Claudia, una niña como de unos doce años, con una brazada de flores. Stefano se acercó a ella.

Claudia, ¿has venido a hablarles, a defenderme? Explícales todo, Claudia... Diles algo, o dímelo a mí.

La niña Claudia habló con sencillez, con naturalidad, una naturalidad fría y convencida que, por contraste con la grave situación y con la tensión de Stefano, resultaba completamente lejana, ausente. Pero se percibía que la intención de sus palabras era de reproche, de suave y cariñoso reproche.

—No recogías las flores, Stefano; nunca. Nunca las recogías. Me querías, pero ni me lo decías a mí ni lo hablabas contigo. Tu padre se interponía entre nosotros. Y el recuerdo imaginado de tu madre. Y la Iglesia de Roma. Y nada menos que Dios. Y no recogías las flores. Yo elegía la más bella, la que más quería. O tejía una corona. Las echaba al torrente, y tú no las recogías. No las recogías nunca. Lo recuerdas, ¿verdad? Ni siquiera lo intentabas. Ni una sola vez.

Stefano, despacio, con miedo, sin dejar de mirarla, se fue alejando de Claudia.

Sólo por las tardes íbamos desde el molino hasta el bosque y llegábamos junto al torrente. Pero nunca había llegado hasta el torrente de noche. Nos marchábamos de allí a la atardecida. Nunca había estado allí de noche; nunca, hasta hace unos días, hasta la noche de la tormenta.

Pero también a la luz del día me daba espanto. Una mañana fui allí sin que ella me acompañase. Lo contemplé desde arriba. Arranqué unas flores del suelo. Las

arrojé. Ordené a mis piernas que avanzasen. Los pies se me clavaron al suelo y las piernas temblaron y entre lágrimas vi cómo el agua se llevaba las flores.

Hoy, en cambio, he conseguido por fin dar una prueba de mi valor.

El cardenal

Ya algo lejos de ella, Stefano dio la espalda a la niña Claudia, que se desvanecía envuelta en el sol de la mañana.

Al volverse, el dominico quedó frente al cardenal Riario, que completó la reflexión de Stefano con un tono de reproche parecido al que había utilizado Claudia.

—Pero te ha temblado el pulso, Maffei.

El dominico, precipitadamente, se acercó al cardenal.

—Eminencia... Eminencia... A tiempo llegáis; sólo Vuestra Eminencia puede ayudarme.

Riario, indiferente a la angustia del pobre clérigo, no le escuchaba.

—Te equivocas, Maffei. No has dado una prueba completa de tu valor. Tu pulso...

Decidles a éstos, a las gentes de Florencia que quieren colgarme, que yo...

—Stefano Maffei, ya nadie puede ayudarte. ¿Por qué te ha temblado el pulso?

Perdonadme, no conseguí dominarlo. Pero hice todo lo que pude, os lo aseguro. Hice todo lo que pude, en la medida de mis fuerzas, por Vuestra Eminencia, por la Iglesia. Ahora Vuestra Eminencia puede hacer algo por mí.

—¿Ahora dices, Maffei? No, desdichado. Ahora es ya demasiado tarde.

Es tarde, pero entendedme, Eminencia. Yo trabajaba para la eternidad y ahora sólo pido un poco de tiempo. Porque ahora lo siento por primera vez. Y sé que lo que necesito es tiempo, un poco más de tiempo para vivir.

—Yo no mando en el tiempo; déjate ahora de esas cosas. Si tu brazo, en aquel momento...

Estoy seguro de que si les convencéis de que me suelten... Vuestra Eminencia puede conseguirlo explicándoles que ahora es cuando empiezo a ser algo más. Si les convencéis de que me suelten, puedo vivir un tiempo más, un día, unas horas, podré pensar, elegir. Y quizás elija la gloria. La gloria, ¿me escucháis, Eminencia? La gloria en vez del infierno.

—Maffei, no desvaríes. ¿Tú qué sabes? Tú no sabes nada. ¿Cómo sabes que vas a ir al infierno?

Si ya estoy en él, ¿cómo no voy a saberlo?

—Te lo dije. ¿Recuerdas mi inseguridad? ¿Por qué no dominaste ese temblor? Si hubieras matado a Lorenzo, ahora Florencia sería republicana, la gente correría por las calles gritando ¡libertad!, tú serías un héroe y tendrías por delante mucho más tiempo del que ahora pides.

Yo estaba seguro de mí, Eminencia.

—Te conocías mal, Maffei, muy mal. Si te hubieras vuelto con frecuencia sobre ti mismo, si hubieras conseguido penetrar dentro de ti, sin temores hipócritas, sin falsedad, no habrías ignorado que la mano había de temblarte. Y me habrías dicho: «Cardenal, no puedo hacerlo, es esta una acción que está muy por encima de mis posibilidades.» ¿Por qué no lo dijiste? ¿Quién te obligaba a fingir? ¿A engañarnos a todos? Ya ves, por una desidia tuya, el plan ha sido un fracaso. ¡Con el trabajo que costó prepararlo, y con lo bien que se había logrado!

Maffei iba a replicar, aunque no estaba seguro de qué había de decir, pero ya no veía al cardenal frente a él: su sombra se había desvanecido.

El padre

Sí, ahora comprendo que yo no me conocía a mí mismo, no me conocía. Como tampoco se conocen las bestias. No me conocí por torpeza, o porque no me esforcé en hacerlo. Por eso os pido: dadme ahora un plazo para mi vida de hombre. No me dejéis solo en la noche, perdido en la tormenta.

Y se arrojó a los pies de su padre, casi en el centro de la plaza, mientras los demás iban formando un amplio corro.

¡Van a matarme, padre!

El padre, Adriano Maffei, agricultor, habló con seguridad, no turbado por la ternura, por el amor paternal.

—Hijo mío, pobre Stefano, ¿por qué no me dijiste cuando llegaste a casa que se trataba de una conjura? ¿No tenías confianza en mí? ¿Por qué no me dijiste que se trataba de algo tan ajeno a tu temperamento, tan superior a tu capacidad? Yo te habría aconsejado... O desaconsejado... ¿Qué será ahora de la familia Maffei? ¿Qué será de mí, de tu padre? ¿Qué de tu hermano Adriano? ¿Y de nuestro apellido? Tú ya sabías la otra noche lo que ibas a hacer, ¿verdad? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no se lo dijiste a tu padre?

¡No, padre, no lo sabía!

—Sí, lo sabías, lo sabías. O lo temías, si aún no te lo habían ordenado. Yo te habría dicho, Stefano, hijo mío: «No lo hagas, espera otra oportunidad de prestar tus servicios. Estas hazañas arriesgadas, de violencia, no son para ti, hijo mío. Tú tienes virtudes, buenas disposiciones, y puedes alcanzar grandes merecimientos. Pero no en eventos de índole tan azarosa y de tanto peligro.» Tú siempre has sido débil, inseguro...

¡Padre, van a matarme!

—Y contigo morirá mi esperanza. Tú eras su depositario; tu hermano Adriano no es más que un campesino, porque yo le hice así. Y eso, nada más que eso, serán ya los Maffei por muchísimos años. Quizás para siempre.

Padre, yo no soy culpable de nada. Acabo de nacer ahora, en el momento de mi muerte. Siempre he visto únicamente el mañana que tú me indicabas. Pero ahora soy

sólo una mirada que ve hacia adentro, hacia adentro de mí. Y allí estoy yo, que me devuelvo otra mirada acusadora. Padre, no me dejes...

Mas el padre ya no estaba allí, frente a él, y Stefano alzó los ojos al cielo.

El bandido

Dios mío, Dios mío... Dios mío, ¿esto que siento es amor, amor a Ti? ¿O es temor a tu castigo, o es arrepentimiento? Sólo Tú lo sabes. Yo soy el que lo siento, y Tú quien sabe lo que siento. Pero sé más generoso conmigo de lo que yo lo soy. No me juzgues, Dios mío, no me juzgues. No hagas más que perdonarme.

Me encuentro solo ahora y no he sabido estarlo. Ahora tengo conciencia de mi soledad, mi soledad de hombre, cuando ya es demasiado tarde.

¡Montesecco!

Sí, sombra, aparición, imaginación o realidad, allí veía el joven dominico al bandido Gian Batista de Montesecco, y estaba dispuesto a jurar que mientras le hablaba torcía su boca una sonrisa irónica, sarcástica; pero que también podía juzgarse paternal, como de un padre que se compadeciera de la debilidad de su hijo y estuviera dispuesto a perdonarla.

—Vamos, padre —decía el asesino—, no os muráis antes de tiempo, tened un poco de calma, no os precipitéis, que a estos que, por nuestra mala fortuna, nos han atrapado y vociferan no les divertirá colgar un cadáver. Si tuvierais voz, preguntaríais que por qué no. Porque los cadáveres no sufren, no patean, no lloran. Y a éstos lo que les gusta más son los gritos, los retorcimientos del cuerpo y ver cómo la lengua sale poco a poco hasta quedar colgando, como un pingajo de trapo.

Gritó Stefano desafortunadamente dirigiéndose a los que le cercaban amenazadores, al tiempo que señalaba con dedo tembloroso el lugar en que él veía a Montesecco.

—¡Ahí, mirad ahí! ¡Mirad a donde os señalo! ¡Ahí! ¡Ahí está! ¡Ése es! ¡Él, él tenía que hacerlo, y no yo! ¡Él, y no yo, él! ¡Él fue quien aceptó cometer el crimen! ¡Él vino a Florencia sólo para cometerlo! ¡Él sabe que yo...!

Una sonora y feroz carcajada de Montesecco le cortó la palabra.

—¡Él fue quien cometió el crimen —imitaba el asesino los ademanes y la voz gimoteante del dominico y su incontenible temblor— cuando yo, el bandido Montesecco, me negué a llevar a cabo un acto tan inicuo! ¡Cuando me negué a cometer sacrilegio! ¡Él empuñó el arma homicida! ¡Él llegó a unas alturas del mal a las que yo no podía llegar!

Con sus voces, lanzadas a todo el pueblo de Florencia, Stefano pretendió apagar, sin conseguirlo, las últimas palabras de Montesecco:

—¡Pero si el condotiero Montesecco en un principio no hubiera aceptado...!

Dentro de su cerebro escuchaba Stefano la voz de Montesecco sin que él dejara de hablar a gritos. Oía a un tiempo mismo su propia voz y, siempre haciéndole burla, la del asesino... *No, la del bandido: el asesino soy yo.*

—¡Nunca hay más que un culpable! ¡Sólo uno! —gritaba Montesecco.

—¡No se habría podido planear nada...! —gritaba Stefano.

—¡El que hunde el hierro en la carne! ¡El que derrama la sangre de la víctima!

—¡... y jamás yo habría tenido ocasión...!

El cerco de los perseguidores se estrechaba a cada momento.

Las carcajadas de Montesecco pusieron fin al alegato del padre Maffei:

—No os esforcéis, padre; nadie os escucha y aquí no se salva ninguno. Ninguno de nosotros. Ninguno de los enemigos de los Médicis. Ya se bambolea en la plaza vuestro amigo el padre Bagnone, en este momento están alzando a nuestro querido protector Francesco de Pazzi. No me sorprendería que el próximo fuera yo, porque, aunque me retiré a tiempo, los ánimos están muy exaltados. De cualquier modo, tuve un buen golpe de vista en la catedral, ¿verdad, Maffei? A propósito, padre, allí había un hombre sin conciencia. ¿Quién era?

Habían vuelto a tañer las campanas y arreció el griterío de la multitud. Montesecco huyó. Se desvaneció su apariencia.

El amigo

Pero en su lugar había ahora un hombre alto, enjuto, de ojos negros sumidos, edad muy aproximada a la de Stefano y que, a juzgar por su vestimenta, debía de ser leguleyo, o quizás dedicarse al comercio. Como viera que Stefano le miraba sin decirle nada, preguntó:

—¿No me reconoces, Maffei?

Sí, creo que sí, que le reconozco. Pero hace tanto tiempo que no le veía... Más de seis años... Encontrarle aquí, en Florencia, en la plaza de la Señoría es como si el tiempo hubiera vuelto hacia atrás.

El recién aparecido insistió:

—¿No me reconoces, Stefano Maffei? ¿Se te ha olvidado ya todo lo que aprendimos del Maestro Eckhart?

¡Sí, sí, te reconozco!

Desde luego que le reconozco. Es el tiempo pasado que vuelve; ese imposible, que en este momento se hace realidad. Pero ¿por qué vuelve? ¿Por qué vuelve ahora, si su retorno es ilusorio, si no es verdad, si ese tiempo ya es tiempo muerto, si es tiempo agonizante el tiempo que ahora piso, tiempo exiguo, tiempo del cual voy a despeñarme, como si estuviera al borde de una cortada, de un torrente?

Te reconozco, amigo, compañero, Bruno Panelli. Pero ¿a qué has vuelto? ¿Qué haces ahora aquí, en la plaza de la Señoría? Yo, ya lo ves, he venido a morir. Van a matarme.

—Yo he venido a traerte un mensaje...

¿Un mensaje para mí, Bruno?

—Sí, pero ya veo que el mensajero llega con demasiado retraso. Tú también te

retrasaste, amigo Maffei. ¿Por qué? ¿Por qué no te marchaste a tiempo? ¿Por qué no hiciste como yo? Yo soy cristiano, amigo Maffei, vivo del comercio, también presto dinero. Estoy casado con una mujer bella y cariñosa, tengo dos hijos. A veces pecho fuera del matrimonio, me arrepiento y vuelvo a pecar. En mis sueños he recibido la orden de venir a todo galope y traerte un mensaje. Pero no soy un jinete bastante veloz y, a juzgar por lo que veo, ya te encuentro condenado.

Sí, pero ¿cuál es...? ¿O cuál era el mensaje?

—Lo conoces, aunque quizás lo hayas olvidado. Escucha: «Estar vacío de todo lo creado es como estar lleno de Dios, y estar lleno de todo lo creado, tanto como estar vacío de Dios.»

Sí, lo recuerdo. El padre Imbriani nos obligó a aprendérselo de memoria. Pero nunca lo entendí bien del todo, ni supe cómo aplicarlo a la vida común.

—A mí me sucede lo propio. Pero esto otro lo recordarás y lo entenderás mejor. Y te habría sido más útil si lo hubieras tenido en cuenta: «Yo no sé si Dios es mi amigo y discípulo Stefano Maffei, no sé si tú eres Dios, si Dios está en ti, si tú eres un trozo de Dios, si eres una apariencia de Él. Pero, después de escuchar durante meses las explicaciones del padre Imbriani, hay algo de lo que estoy ahora más seguro que el día en que te conocí: tú eres tú.»

Los hombres de Florencia se precipitaron sobre el asesino Maffei, le agarraron de las vestiduras, de los brazos, de las piernas, del pelo.

—¡Soltadme! ¡Soltadme!

Le arrastraron sobre las losas de la calle.

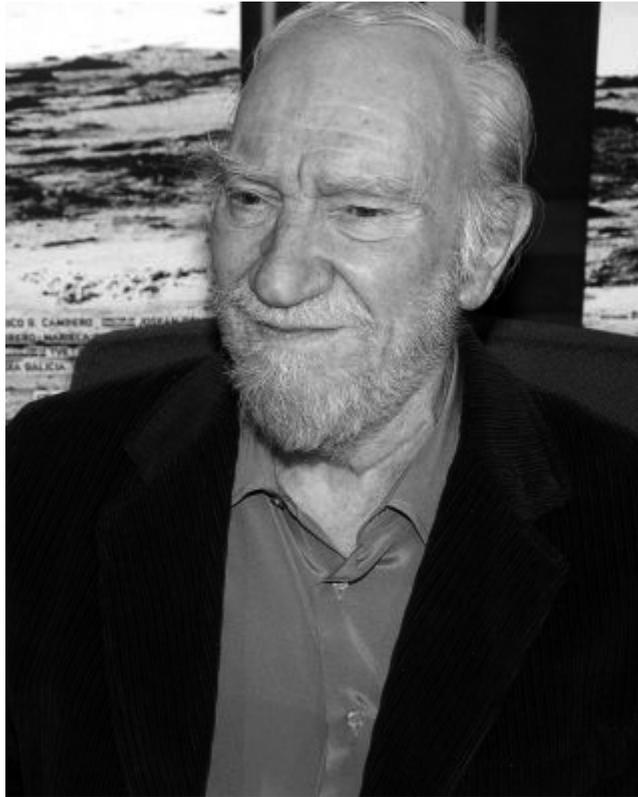
—¡Quiero tiempo! —gritaba enloquecido, fuera de sí, como se encontraba desde hacía muchos años—. ¡Quiero tiempo, tiempo para vivir de nuevo!

Las lágrimas rodaban por sus mejillas, le empapaban, se le metían en la boca y le impedían gritar como él hubiera querido, con voces que llegaran al cielo de Florencia, más allá de las torres de los palacios.

—¡Tiempo para pedir perdón a Dios! ¡He matado! ¡He matado a un hombre! ¡Perdóname, Stefano Maffei! ¡Perdóname tu muerte, Stefano Maffei!

EPÍLOGO

«Aquellos aterrorizados asesinos huyeron y se escondieron; mas, pronto descubiertos, fueron infamantemente muertos y arrastrados por toda la ciudad. Lorenzo, por su parte, protegido por los amigos que le rodeaban, se refugió en el sagrado del templo»^[4].



FERNANDO FERNÁN-GÓMEZ, Actor, director, guionista y escritor, es uno de los nombres esenciales del panorama cinematográfico y literario español, por la pluralidad de su talento, su extensa y variada trayectoria artística y su carácter acerbo e independiente.

Nacido en Lima (Perú) el 28 de agosto de 1921. A los tres años de edad Fernando viajó con su familia a Madrid después de residir en Argentina, país en el que fue registrado legalmente su nacimiento.

Inició la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid, pero pronto abandonaría la carrera para dedicarse al teatro. Durante la Guerra Civil, recibió clases en la Escuela de Actores de la CNT, debutando como profesional en 1938 en la compañía de Laura Pinillos; Jardiel Poncela le dio su primera oportunidad como actor de teatro cuando le contrató para *Los ladrones son gente honrada*, que se estrenó en el Teatro de la Comedia de Madrid en 1940.

Pronto le llegó su salto al cine, llegando a protagonizar casi 200 películas y dirigir más de una veintena. En su filmografía figuran títulos como *Botón de ancla*, *El inquilino*, *La venganza de Don Mendo*, *Ninette y un señor de Murcia*, *El espíritu de la colmena*, *Mamá cumple cien años*, *La colmena*, *Esquilache*, *Belle Époque*, *El abuelo*, *Todo sobre mi madre*, *La lengua de las mariposas* y *Tiovivo* c. 1950.

Por su trabajo de actor, director y autor teatral recibió los máximos galardones de las Artes Escénicas: Príncipe de Asturias de las Artes, Seis premios Goya, el Oso de honor del Festival de cine de Berlín, Premio Donostia a toda su trayectoria, o el

Premio Nacional de Teatro. Aunque fue más famoso entre el público como cómico, no por ello dejó de cosechar sonoros éxitos como escritor, y fue finalista al premio Planeta.

Pero paralelamente Fernando Fernán-Gómez se interesó por la escritura teatral y la adaptación de guiones, lo que lo llevó más adelante a escribir numerosas novelas. En esta vocación literaria fue fundamental su relación con la tertulia del café Gijón, a la que permaneció fiel durante décadas, llegando incluso a crear el Premio Café Gijón cuya dotación pagó él mismo.

A partir de 1984 se intensificó su vocación literaria, escribió varios volúmenes de ensayos y once novelas. Fue un gran éxito su autobiografía en dos volúmenes, *El tiempo amarillo* pero su éxito más clamoroso lo obtuvo con una pieza teatral prontamente llevada al cine, *Las bicicletas son para el verano*, sobre sus recuerdos infantiles de la Guerra Civil.

Fue elegido miembro de la Real Academia Española, y tomó posesión del sillón B el 30 de enero de 2000. También se dedicó a la tarea periodística como articulista, colaboró con *Diario 16* y el suplemento dominical de *El País* y *ABC*.

Falleció en Madrid el 21 de noviembre de 2007, a los 86 años de edad. Su despedida, al más puro estilo teatral, se realizó en el Teatro María Guerrero de Madrid, su féretro fue recubierto con una bandera rojinegra anarquista.

Notas

[1] Maquiavelo, *Historias florentinas*. <<

[2] Maquiavelo, *Historias florentinas*. <<

[3] Aveva intra la sua famiglia Piero e Girolamo, i quali, secondo che quiascuno credeva, era no suoi figlioli; nondimeno sotto altri più oneste nomi gli palliava. Maquiavelo, *Historias florentinas*. <<

[4] Maquiavelo, *Historias florentinas*. <<